



Joachim Fest

El hundimiento

**Hitler y el final
del Tercer Reich**



Lectulandia

Joachim Fest reconstruye en este impresionante ensayo, centrado en los últimos días de Hitler en el búnker, unos acontecimientos que significaron el completo hundimiento de una nación, en términos históricos, políticos y humanos. La caída del Tercer Reich en 1945 supuso la culminación de una catástrofe que acabó con innumerables vidas y convulsionó la historia de la humanidad, con una magnitud jamás alcanzada hasta entonces. Lo que sufrieron y soportaron quienes vivieron aquellos tiempos no fueron sólo los inevitables horrores de la derrota. Hitler se empeñó en que su fin conllevara la destrucción de todo el país, sentenciando: «Podemos hundirnos. Pero nos llevaremos a un mundo con nosotros».

Lectulandia

Joachim Fest

El hundimiento

Hitler y el final del Tercer Reich

ePub r1.0

Titivillus 12.04.2019

Título original: *Der Untergang. Hitler und das Ende des Dritten Reiches*

Joachim Fest, 2002

Traducción: Carmen Gauger

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

La historia contemporánea no conoce una catástrofe comparable al hundimiento de 1945. Nunca, antes de entonces, se extinguieron tantas vidas, fueron destruidas tantas ciudades y asoladas tantas regiones al derrumbarse un imperio. Harry L. Hopkins, consejero de los dos presidentes que tuvo Estados Unidos durante la guerra, al contemplar las masas de escombros de Berlín, acudió con razón a una imagen del crepúsculo de la historia y recordó la destruida Cartago.

Lo que sufrieron y soportaron quienes vivieron aquellos tiempos no fueron sólo los inevitables horrores de una derrota, agravada por el poder destructivo de las guerras modernas. Antes bien, en la agonía con la que se apagó el imperio de Hitler pareció actuar una fuerza motriz. Ésta puso todo de su parte para que no sólo terminara su propia dominación sino para que, literalmente, el país dejara de existir. Ya cuando tomó el poder y posteriormente en varias ocasiones, Hitler había declarado que él nunca capitularía, y a principios del año 1945 aseguró a su ayudante de la Luftwaffe, Nicolaus von Below: «Podemos hundirnos. Pero nos llevaremos a un mundo con nosotros».

Hitler sabía desde hacía tiempo que la guerra estaba perdida. Las primeras alusiones a este respecto las hizo ya en noviembre de 1941. Pero aún poseía suficiente fuerza de destrucción. Sobre la base de todas las proclamas por la resistencia y de todos los llamamientos a la defensa de los últimos meses no deja de percibirse cierto tono de júbilo, como el que se hace evidente en la exclamación de Robert Ley con ocasión de la destrucción de Dresde: «¡Casi exhalamos un suspiro de alivio! ¡Se acabó! Ahora ya no nos distraerán... los monumentos de la civilización alemana». Y Goebbels habló de los «muros de cárceles destruidos» que ahora estaban «hechos añicos». Ya en el otoño de 1944 y después, cuando impartió el 19 de marzo de 1945 la así llamada «orden de Nerón», Hitler había ordenado personalmente que se demoliera todo lo que era condición previa para que continuara la vida: fábricas y bases de abastecimiento, calles, puentes y sistemas de canalización, de forma que en manos del enemigo sólo cayera un «desierto civilizatorio».

Los meses del final de la guerra los pasó Hitler en el búnker que había hecho construir a comienzos de los años cuarenta. Desde allí, casi a diez metros bajo tierra, dirigía ejércitos que habían sido derrotados hacía tiempo y trababa batallas decisivas que nunca tendrían lugar. A Claus Schenk von Stauffenberg, el autor del atentado del 20 de julio de 1944, se le atribuye el comentario que hizo a la vista de los cuarteles generales de hormigón del Führer: «Hitler en el búnker: ¡ése es el verdadero Hitler!». En efecto, la mezcla de frialdad, de voluntad destructora ajena a la vida y de patetismo operístico que determinan las decisiones de última hora de Hitler dejan ver muchos de sus más destacados rasgos de carácter, y nada refleja con más exactitud lo que le impulsó a lo largo de su vida que su comportamiento de esas semanas, en las que se aisló del mundo más que nunca. Todo está allí otra vez, condensado y acrecentado: su odio al mundo, la rígida permanencia en esquemas mentales adquiridos en época temprana, la tendencia a no pensar las cosas hasta sus últimas consecuencias, lo que contribuyó a que fuera de éxito en éxito tanto tiempo, antes de que todo terminara. Pero todavía era posible organizar, y tal vez de modo más grandioso que nunca, uno de esos magnos espectáculos que le apasionaron durante toda su vida.

Para representarse y comprender lo ocurrido hay que tener presente la indiscutible autoridad que Hitler, pese a la fragilidad física que coinciden en describir todos los observadores, seguía poseyendo. A veces parece incluso que lo provecho de su persona y el visible esfuerzo con que se arrastraba por los pasillos aumentaba el carácter sugestivo de sus entradas en escena. En todo caso, casi nadie se atrevía a contradecirle. Acreditados generales y laureados oficiales le rodeaban, silenciosos y con semblantes forzosamente inexpresivos, durante las conferencias diarias. Inmóviles ejecutaban las órdenes recibidas, cuya naturaleza disparatada o carente de sentido no se les ocultaba.

La exposición que sigue ofrece numerosos y no pocas veces impresionantes ejemplos de todas estas circunstancias. Ellos han conferido un dramatismo singular a los hechos. Tanto más asombrosa es la «luz incierta» en la que están inmersos en especial los sucesos acaecidos en el búnker de Hitler. Esta expresión proviene del historiador británico Hugh R. Trevor-Roper, autor de la primera descripción fiable de los «últimos días de Hitler», como reza el título de su relación de los hechos, aparecida ya en 1946. Esa luz apenas ha ganado en nitidez hasta el día de hoy. Ya únicamente sobre la cuestión de cómo se suicidó Hitler existen por lo menos cuatro testimonios de su entorno inmediato. Y lo mismo ocurre con el paradero del cadáver del

dictador y de la mujer con quien se casó la noche antes, y con el «asalto» a la cancillería de que hablan las fuentes soviéticas.

Lo inseguro de los hechos se debe en parte a que la investigación crítica, incluido el trabajo de Trevor-Roper, no empezó hasta unos meses después de los acontecimientos, cuando muchos testigos importantes habían desaparecido en los desórdenes de la guerra o estaban prisioneros de los rusos, y era por tanto imposible acceder a ellos. Hasta 1955, a raíz del viaje a Moscú de Adenauer, no regresaron a Alemania numerosos oficiales de las SS que habían pertenecido a la guarnición de la cancillería, ni los militares de la Wehrmacht de la zona de operaciones de Berlín ni tampoco el personal del búnker y ni siquiera los dentistas de Hitler.

Fue entonces cuando inesperadamente se dispuso de una primera serie de personas que podía dar información sobre uno de los sucesos sin duda alguna más impresionantes y de más graves consecuencias de la historia alemana. Sin embargo, se dejó pasar la ocasión de recoger su testimonio. Ni el hecho mismo ni los que de una u otra manera estuvieron inmediatamente implicados en él lograron despertar el suficiente interés. Y eso por diversas razones.

Una de ellas fue, sin duda, que el desplome del Reich se sentía como una catástrofe nacional, pero la nación ya no existía, y el concepto de catástrofe, según aumentaba la distancia temporal, fue víctima de uno de los puntillosos debates alemanes. A muchos les sonaba demasiado a «fatalidad» y a rechazo de culpa, como si lo sucedido hubiera sido la descarga de un nubarrón de la historia aparecido como por encanto. Además, ese concepto no abarcaba la idea de liberación, que para entonces siempre había que tener en cuenta al considerar el año 1945.

Éste fue un primer haz de motivos que explican la extraña indiferencia ante la investigación y al aseguramiento de las fuentes de aquellos hechos. Sólo algunos reporteros versados en historia, por lo general de origen anglosajón, se dedicaron al tema desde los años sesenta e interrogaron a los testigos directos. También tuvo su importancia que, justamente en aquellos tiempos, la ciencia histórica empezara a descubrir la relevancia de las estructuras en el proceso histórico y, dicho de un modo simplificado, a dar más trascendencia a los condicionamientos sociales que a los hechos. Desde entonces, la elemental necesidad de recordar, que está en el inicio de toda observación histórica, fue tachada de «acientífica»; la técnica narrativa, también. Así, todo material histórico de cierto corte dramático quedó al mismo tiempo desacreditado, como si ponerlo a la vista viniera a ser forzosamente una especie de crónica de sucesos de la «prensa amarilla». En

general, la preferencia por lo breve y fragmentario que caracteriza a la actual generación de historiadores tiende a evitar los procesos de cierta amplitud, todavía más si éstos poseen una tensión dramática. Pero de vez en cuando el cronista debe dejar a un lado el prisma de aumento. Porque el cuadro de conjunto, en el que siempre está todo con todo, también tiene su importancia y ayuda a comprender más y mejor que ninguna observación detallada.

Con este ánimo ha sido escrita la presente exposición. La idea proviene del artículo sobre el «búnker del Führer» que escribí hace cosa de año y medio para la obra colectiva *Deutsche Erinnerungsorte* [Lugares alemanes de la memoria] editada por Etienne François y Hagen Schulze. El ensayo, forzosamente breve, que describe al mismo tiempo la historia del palacio de la cancillería de la Wilhelmstrasse, sólo presentaba el último día de la vida de Hitler, así como, en pocas y más bien difusas pinceladas, lo que sucedió después.

Tras la aparición de ese volumen varias personas quisieron saber con qué publicaciones se podía llegar a tener una imagen relativamente detallada del desplome del Reich. Sólo entonces me di cuenta de que, aparte de algunos trabajos, ya superados en muchos pormenores, apenas se disponía de una obra que juzgara con imparcialidad y partiendo del actual estado de la cuestión los atroces hechos de aquellas semanas. Lo mismo vale para la historia posterior, cuando ya había caído el telón y la sangrienta pieza, siguiendo los caprichos de la historia, continuó representándose en el proscenio a lo largo de varias escenas.

Los autores citados con sus trabajos y en parte comentados brevemente al final de este libro han ampliado, con frecuencia de modo considerable, la visión de cómo se desarrollaron los hechos. Pero falta, parece evidente, un cuadro de conjunto que consigne tanto la marcha de las cosas como aspectos importantes del correspondiente trasfondo. Esta exposición tampoco quiere ni puede dar más que un impulso. Se llama a sí misma «bosquejo histórico». En cuatro capítulos narrativos presenta los turbulentos hechos que se desarrollan, bajo la presión de la catástrofe inminente y fatal, tanto dentro del búnker como en una capital que se hunde con desesperación creciente en la vorágine de la destrucción. Entre esos capítulos van intercalados cuatro paréntesis más breves y de carácter reflexivo que recogen algún concepto clave que ha pasado a primer plano en el curso de la acción.

Tanto lo uno como lo otro es imprescindible para comprender aquellos terribles quince días. Si una de las misiones de la historiografía es poner a la vista un fragmento de vida vivida, deberá tratar de conseguir una perspectiva

lo más amplia posible del hundimiento puesto diligentemente en marcha por Hitler y llevado a cabo con solicitud por tantísimos otros. No tendría que pasar por alto ni las decisiones perfectamente irracionales del mando supremo —y su gestación— ni el miedo y el horror que resultaron de ellas. Tendría también que mostrar el laberinto mental y emocional en que se habían extraviado la mayoría de los actores, sin pasar por alto los toques de grotesca comicidad que se dan en ocasiones y que, durante un instante, llevan el horror a una especie de punto de congelación. Pero en particular, por muy someramente que sea, debería hacer percibir el desconuelo que produce tanto sinsentido, un desconuelo que surge siempre que se contempla el incesante acontecer destructivo en que consiste la historia.

Un país *in extremis*: de eso tratan las páginas que siguen. Y también, necesariamente, de las circunstancias que condujeron a ello y que permiten comprenderlo.

CAPÍTULO PRIMERO

El comienzo de la batalla

A las tres de la mañana, varios proyectiles luminosos atravesaron el cielo nocturno y sumergieron la cabeza de puente de Küstrin en una luz de bengala. Tras un instante de angustioso silencio estalló el trueno que hizo temblar las tierras bajas del Óder hasta más allá de Fráncfort. Como accionadas por mano fantasma, en muchos sitios, hasta incluso en Berlín, ulularon las sirenas, sonaron los teléfonos y cayeron libros de los estantes. Con veinte ejércitos y dos millones y medio de soldados, más de cuarenta mil lanzagranadas y piezas de campaña así como centenares de lanzacohetes múltiples, trescientos proyectiles por kilómetro, trabó batalla el Ejército Rojo aquel 16 de abril de 1945. En torno a los pueblos de Letschin, Seelow, Freidersdorf y Dolgeln se elevaron por doquier imponentes columnas de fuego, formando un telón de fogonazos, de trozos compactos de tierra que salían despedidos y de escombros que volaban por los aires. Bosques enteros quedaron envueltos en llamas, y algunos de los supervivientes recordaron después los abrasadores huracanes que azotaron la zona transformándolo todo en fuego, polvo y ceniza.

Al cabo de media hora, aquel ruido infernal cesó de golpe, y durante unos segundos reinó un silencio mortal, sólo animado por el crepitar del fuego y por el ulular del viento. Entonces, sobre las líneas soviéticas, se encendió verticalmente, contra el cielo, el foco de un reflector y dio la señal de entrada en acción a ciento cuarenta y tres reflectores colocados a doscientos metros de distancia unos de otros y dirigidos horizontalmente contra el campo de batalla. Las cegadoras franjas luminosas pusieron a la vista un paisaje surcado de profundos hoyos y no se desvanecieron hasta unos kilómetros más lejos, en las colinas de Seelow, que eran la meta operativa que se había propuesto para aquel día el general en jefe del primer frente de la Rusia Blanca, el mariscal Georgi K. Zhúkov. La orden con la que había iniciado la batalla era la siguiente: «Hay que derrotar al enemigo por la ruta más directa a Berlín. Hay

que tomar la capital de la Alemania fascista e izar sobre ella la bandera de la victoria».

Aquel teatral espectáculo de luces, que en los estados mayores soviéticos encargados del proyecto fue llamado «arma milagrosa», resultó un fracaso que se cobró muchas víctimas. Pese a que hubo opiniones contrarias, el mariscal perseveró en su propósito de «cegar» al enemigo, que, desorientado y desmoralizado por el previo fuego continuo, quedaría fuera de combate, y así podrían ser tomadas en el primer asalto las colinas del fondo, que sobresalían unos treinta metros y estaban llenas de hondonadas y de terraplenes. Sin embargo, la espesa cortina de humo y de neblina que el fuego graneado había hecho surgir sobre la llanura no sólo amortiguó la luz de los reflectores sino que obligó a los asaltantes a moverse a ciegas, cada vez más desorientados, en la penumbra opaca y blanquecina. Resultó también que el alto mando soviético se había hecho una idea totalmente equivocada de lo impracticable del terreno surcado de canales, de cienos aguanosos y de desagüaderos, y que en aquella época del año estaba además inundado por las crecidas de primavera. Vehículos llenos de soldados, tractores, material pesado de toda índole, todo quedaba detenido en aquel terreno pantanoso, se hundía y acababa por ser abandonado.



El mariscal Georgi K. Zhúkov, comandante en jefe soviético, en su puesto de mando al dar comienzo la batalla de Berlín.

Pero lo más grave fue que el comandante del grupo de ejércitos Vístula, capitán general Gotthard Heinrici, que conocía a fondo la táctica del mando ruso, poco antes del comienzo de la batalla había ordenado el retroceso de las posiciones defensivas delanteras, de manera que el fuego casi nunca encontraba un objetivo. Por eso, cuando las unidades de infantería enemigas, guiadas y acompañadas por un número masivo de carros de combate, salieron de estampía por entre la neblina, tremolando banderas y lanzando gritos estridentes, los defensores, mucho más débiles, reunidos aquí y allá en unidades que en muchos casos habían sido aniquiladas, sólo tuvieron que esperar a que se acercasen lo suficiente y entonces, casi sin apuntar, dispararon contra aquellas masas de sombras errantes. Al mismo tiempo, cientos de cañones antiaéreos fueron dirigidos a tierra y abrieron fuego tan pronto empezaron a recortarse en aquella luz difusa las siluetas de los carros que avanzaban en densas oleadas. Al despuntar el día, el ataque había sido rechazado con enormes pérdidas para los asaltantes.

Zhúkov cometió un segundo error después del primero. Frustrado y desesperado por su fracaso, acosado también por Stalin, que estaba visiblemente enojado, cambió el plan de operaciones acordado y ordenó adelantar la entrada en acción de los dos ejércitos acorazados que esperaban en posiciones de retaguardia. Preparados en un principio para intervenir en el momento en que se hubiese abierto una brecha considerable en el cinturón de defensa alemán, avanzaron entonces sobre el campo de batalla y aumentaron la confusión ya existente detrás de la tropa que combatía. Se abrían paso entre las desorientadas unidades por las abarrotadas carreteras, impedían los cambios de posición de la artillería y obstruían las rutas por donde habían de llegar las tropas de refuerzo y de abastecimiento. Además, como intervinieron en la batalla sin la menor coordinación, organizaron un formidable caos que pronto llevó a la paralización total de las operaciones soviéticas. Uno de los comandantes del ejército de Zhúkov, el teniente general Vassili I. Chuikov, anotó la noche del 16 de abril que las unidades soviéticas no habían cumplido su objetivo y en determinados puntos «no habían avanzado ni un paso». El plan de tomar Berlín a los cinco días de iniciada la ofensiva había fracasado.

En el cuartel general de Hitler, el búnker construido a gran profundidad en el terreno de la cancillería, hacía días que se esperaba el ataque con una mezcla de impaciencia, de fiebre y de resignación fatalista. Las noticias de los primeros éxitos efímeros de la defensa habían hecho revivir una vez más confusas esperanzas de victoria, que pronto tomaron un carácter quimérico. Pero en cualquier caso, Hitler ordenó preparar para la defensa el terreno en

torno a la cancillería, poner en posición cañones de defensa anticarro y lanzagranadas y abrir cañoneras por todas partes. Por la tarde dio una «orden del día a los combatientes del frente oriental» en la que recordaba la furia exterminadora del «mortal enemigo judeobolchevique» y manifestaba su convicción de que el asalto de Asia también «esta vez... se desangraría ante la capital del Reich alemán». «Vosotros, los soldados que habéis luchado en el este, sabéis», decía a continuación, «cuál es el destino que se cierne sobre las mujeres y los niños alemanes. Mientras que viejos, hombres y niños son asesinados, las mujeres y las jóvenes quedan rebajadas a la condición de ramerías de cuartel. El resto es deportado a Siberia».



De izquierda a derecha: capitán general Vassili Ivánovich Chuikov, capitán general Gotthard Heinrici y general Theodor Busse, que desempeñaron operativamente un papel relevante en la batalla.

Ya en el transcurso de la ofensiva de enero, el Ejército rojo había alcanzado el Óder y cruzado el río en varios puntos por la zona de Küstrin, a unos treinta kilómetros al norte de Fráncfort. En los combates que siguieron había conseguido formar una cabeza de puente de unos cuarenta kilómetros de longitud y, en ciertos puntos, de casi diez kilómetros de profundidad que hacía peligrar toda la «posición Nibelungos» hasta el río Neisse. Entonces, a principios de marzo, el bando alemán empezó a cavar trincheras en Berlín y en su entorno y a levantar barreras anticarro y posiciones fortificadas. Sin embargo, cuando los ejércitos soviéticos detuvieron al principio su marcha, inconcebiblemente quedó paralizada la construcción de un sistema de defensa, por provisional que fuese. El cese de las obras fue debido sobre todo a Hitler, que se empecinaba cada vez más en que la capital debía ser defendida en el Óder y en que ninguna unidad debía abandonar el sector del

frente que le había sido asignado. «¡Resistir o morir!» era la consigna repetida en un sinnúmero de órdenes y de llamamientos a la resistencia.

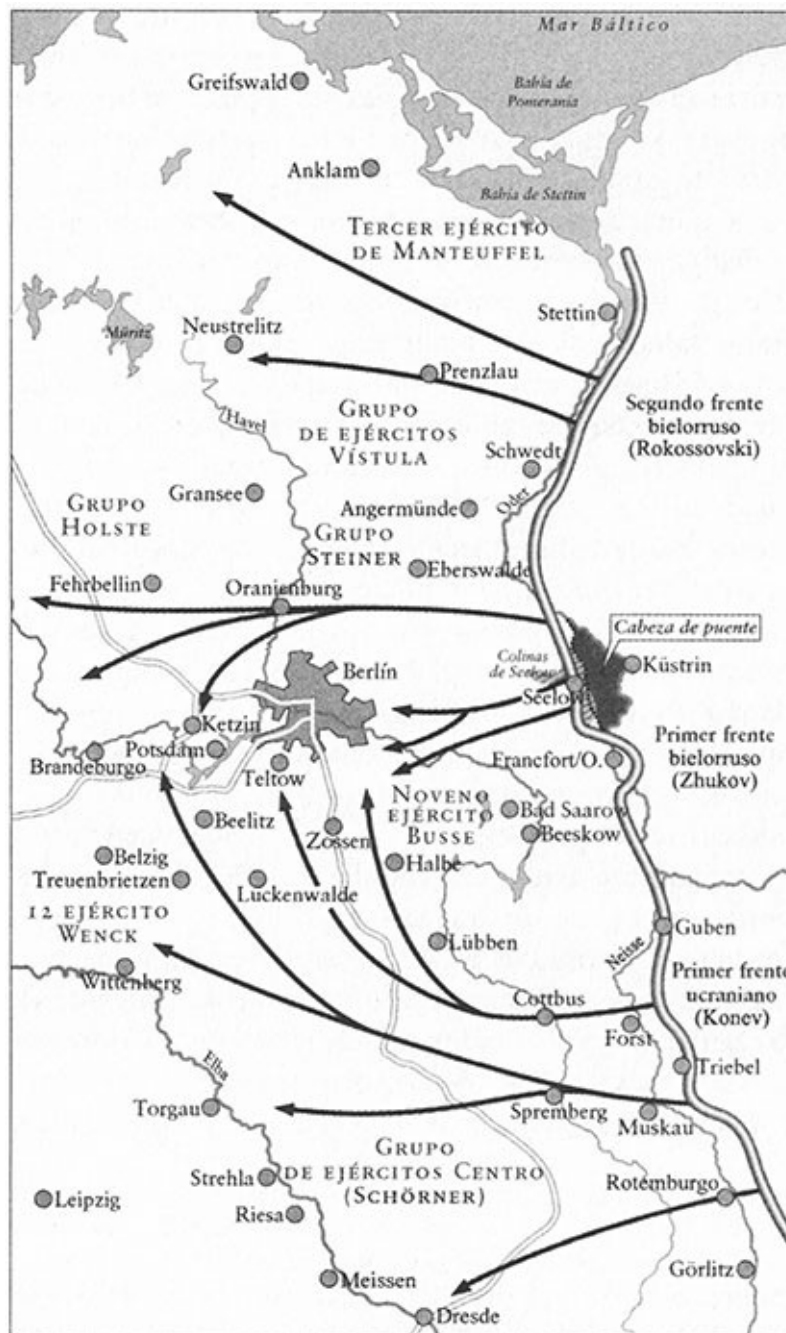
Ante el ejército soviético se encontraban en el bando alemán el 56 cuerpo acorazado del general Helmuth Weidling y, transferido algo más al sur, sobre todo el noveno ejército a las órdenes del general Theodor Busse. El general Heinrici, a cuyo grupo pertenecían las dos unidades alemanas, había llamado en vano la atención sobre el peligro inminente de quedar encerrados si Zhúkov conseguía abrir brecha, y advirtió repetidas veces que la resistencia se podría mantener poco tiempo; que después, la falta de un ejército con experiencia en combates de infantería, la falta de munición y de todo género de suministros así como también, sobre todo, el inmenso agotamiento de las tropas harían llegar el final. Pero la fe inquebrantable de Hitler en que la voluntad suple toda inferioridad material, unida a ciertas aparatosas promesas, nunca cumplidas, de Göring, Dönitz o Himmler hicieron renacer —al menos en determinados momentos— la confianza muerta y enterrada hacía tiempo y sólo mantenida artificialmente por Hitler. Al final fueron trasladados al frente en autobuses unos batallones del Volkssturm^[1], para detener los ejércitos y los cuerpos de ejército motorizados de Zhúkov. Mientras todavía anunciaba la radio que «miles de berlineses» habían marchado «al frente con sus unidades», para una parte de ellos había terminado toda la operación. Aviones de caza rusos que dominaban la totalidad del espacio aéreo que rodeaba la ciudad habían detectado a medio camino algunas de las filas de vehículos y las aniquilaron en pocos ataques a baja altura.

Las predicciones de Heinrici resultaron más que ciertas. Una vez que Zhúkov hubo reorganizado sus tropas, las lanzó al combate al caer la noche y las hizo luchar aún con más brutalidad, toda vez que entretanto se había enterado de que su rival en el sector meridional del frente, el mariscal Iván S. Kónev, parecía haber maniobrado con más éxito. Kónev no sólo había conseguido cruzar el Neisse por Lausitz en más de ciento treinta puntos y abrir así definitivamente brecha para la ofensiva, sino que desde entonces también creía tener motivos para su repetida demanda de tomar parte en la conquista de Berlín y arrebatárselo a Zhúkov en el último instante el prometido trofeo. Empezó así una silenciosa carrera, fomentada por Stalin con astutas insinuaciones contra Zhúkov, que para entonces ya no gozaba de su favor. Cuando en una de las conversaciones Kónev pidió permiso al dictador para, pasando por Lübben y Luckenwalde, dar un giro con su ala derecha hacia el norte, donde en pocos días llegaría a la zona de Zossen, ya contigua al término municipal de Berlín, Stalin le había preguntado si sabía el mariscal

que en Zossen se encontraba «el cuartel general de la Wehrmacht». Al conciso «¡Sí!» de Kónev, Stalin había dado esta respuesta: «Bien. Estoy de acuerdo. Haga avanzar hacia Berlín a los dos ejércitos acorazados».

Más al norte, en el sector central del frente oriental, las tropas de Zhúkov habían alcanzado por fin hacia medianoche las primeras casas de Seelow. El combate en torno a las colinas en forma de herradura estuvo indeciso durante algún tiempo. Después, las tropas de la Wehrmacht, en algunos puntos hasta diez veces inferiores en número y formadas en parte por reservas reunidas a toda prisa aquí y allá, perdieron definitivamente la moral y se fueron dispersando más y más. Por otra parte, a Heinrici le preocupaba de manera creciente la idea de que las tropas de Kónev, que avanzaban impetuosamente, aparecieran de pronto a sus espaldas y cercaran al noveno ejército. Cuando al día siguiente le llegó la noticia de que una de sus unidades de élite, la división de paracaidistas situada en las cimas de los montes de Seelow, se había dado a la fuga presa de pánico, solicitó contacto telefónico con el búnker del Führer.

Pero, como ya había ocurrido en otras ocasiones, no halló la menor comprensión para sus apremiantes propuestas. Cuando planteó sacar las tropas de Fráncfort del Óder, ciudad declarada plaza fuerte, y llevarlas a una de las brechas de varios kilómetros de longitud que carecían de defensa, la reacción fue de frío rechazo. Y cuando más tarde pidió al general Krebs, que acababa de ser nombrado jefe de estado mayor, que le permitiera retirar sus propias tropas, del otro extremo sólo llegó, claramente audible, la respiración dificultosa de quien está consternado. Al cabo, dijo Krebs: «Hitler nunca estará de acuerdo con eso. ¡Mantenga usted todas las posiciones!».



Situación inicial al comienzo de la ofensiva rusa contra Berlín el 16 de abril de 1945. En enero el Ejército Rojo había alcanzado el Óder y formado en Küstrin una cabeza de puente de unos cuarenta kilómetros de longitud y, en puntos aislados, de hasta diez kilómetros de profundidad.

El 19 de abril, la cadena de colinas entre Seelow y Wriezen estaba sin excepción en poder de los rusos, y la comarca que, apenas cien años atrás, a un viajero le había recordado «lejanos países de fábula... todo paz, color, perfume», así escribía, estaba transformada en un mundo sin rostro, en un paisaje de cráteres. Pieza por pieza, en combates de posición con muchas pérdidas, se fueron fracturando los restos del frente defensivo alemán. Según informes soviéticos, la batalla había causado más de treinta mil víctimas en el

bando de los asaltantes, según cálculos más fiables hubo setenta mil caídos frente a doce mil muertos en el bando alemán. Pero desde entonces Berlín estaba a menos de setenta kilómetros de distancia, y en el camino a la capital ya no había un frente ininterrumpido sino sólo algunas bases de apoyo así como pueblos, trozos de bosque o pequeñas elevaciones defendidas por tropas aisladas. Dos días más tarde ya caían en la Hermannplatz de Berlín los primeros proyectiles, disparados por obuses de largo alcance a los que se había hecho avanzar apresuradamente y que causaron un horrendo baño de sangre entre los desprevenidos transeúntes y los berlineses que hacían cola delante de los almacenes Karstadt.

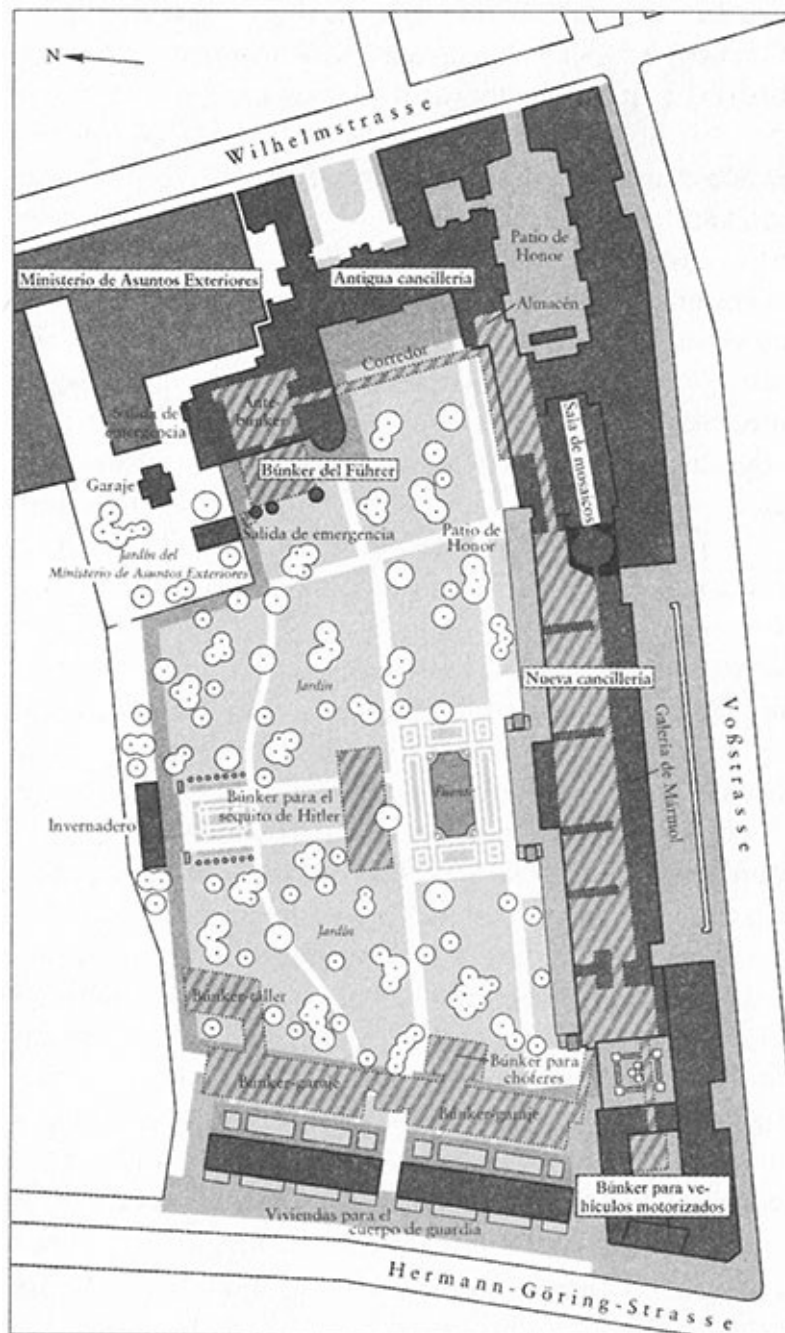
Casi una semana antes, tropas norteamericanas habían alcanzado el Elba junto a Barby y se detuvieron allí. «Berlín ya no es un objetivo militar», había declarado el comandante en jefe, general Eisenhower, a sus asombrados jefes de tropa; la ciudad pertenecía a los rusos, continuó diciendo, así había sido acordado, y por tanto la guerra en la parte norte del Reich había terminado. Al mismo tiempo, el mariscal Walter Model, tras recibir y declinar varias ofertas de capitulación, había suspendido la lucha en torno a la cuenca del Ruhr y disuelto su grupo de ejércitos. Más de trescientos mil soldados y de treinta generales fueron hechos prisioneros. «¿Hemos hecho todo», dijo Model dirigiéndose al jefe de su plana mayor «para justificar nuestro comportamiento ante la historia? ¿Queda aún algo por hacer?». Y tras una breve mirada al vacío, añadió: «Antes, los generales vencidos tomaban veneno». Poco después, Model seguía su ejemplo.

Desde hacía semanas Hitler se sentía perseguido por la desgracia, se le había ido desintegrando una línea defensiva tras otra, empezando por la gran ofensiva del Ejército Rojo en Hungría, el levantamiento de las tropas de partisanos de Tito, la caída de las fortalezas de Kolberg y Königsberg, y terminando con un sinfín de malas noticias de menor envergadura que llegaban a diario. A eso se habían sumado las discusiones con el jefe del estado mayor, Guderian, posteriormente relevado, y con Speer, que no daba su brazo a torcer y a finales de marzo incluso se negaba a creer que «la guerra proseguiría con éxito». «En medio de toda la traición que me rodea», había dicho Hitler entonces, «sólo me sigue siendo fiel la desgracia..., la desgracia y mi perro pastor, Blondi».

Esa cadena de malas noticias sólo pareció romperse en una ocasión, cuando Goebbels llamó la noche del 13 de abril y, jadeante, con la voz entrecortada, exclamó por el auricular: «¡*Mein Führer*, le felicito! Está escrito en las estrellas que la segunda mitad de abril nos traerá el cambio. Hoy es

viernes, 13 de abril». Entonces dio la noticia de que había muerto el presidente de Estados Unidos, Roosevelt, y en la reunión, convocada inmediatamente con generales, ministros y altos cargos del partido las esperanzas desaparecidas hacía tiempo revivieron con fuerza a base de conjunciones de planetas, de ascendentes y tránsitos en el cuadrado. Llevando un montón de papeles en la mano temblorosa, Hitler iba de uno a otro de los presentes, y, con énfasis senil y cierto aire de enajenación, les ponía delante los comunicados: «¡Mire! ¡Y usted no quería creerlo! ¿Quién tiene ahora razón?». Recordó el milagro de la dinastía de Brandeburgo que salvó en 1762 al gran Federico: el milagro, decía, vuelve otra vez. «La guerra no está perdida. ¡Lean! ¡Roosevelt ha muerto!».

Como había ocurrido tan a menudo en su vida, también esta vez pareció que la providencia se apiadaba de él y que, literalmente en el último instante, se ponía de su parte. Desde hacía muchísimo tiempo había tratado de convencer a su entorno de que el «repugnante concubinato» de las potencias enemigas se disolvería en un futuro próximo y de que, antes de que sucediera lo peor, Inglaterra y Estados Unidos le reconocerían como paladín de la común civilización contra los bárbaros del este. La muerte de Roosevelt, aseguraba ahora, era la anhelada señal para que hubiera un cambio de alianzas, en el oeste la guerra había terminado prácticamente, y durante unas horas reinó en el búnker un entusiasmo en el que la sensación de haberse salvado en el último momento iba acompañada de optimismo y, ya pronto, de nuevas esperanzas de victoria. Pero en el transcurso de la noche, cuando se había pasado revista a todas aquellas figuraciones, de nuevo salieron a la superficie las congojas reprimidas, toda vez que también llegó la noticia de que el Ejército Rojo había conquistado Viena. Al final, según cuenta uno de los testigos, Hitler estaba «sentado en su butaca, agotado, como liberado y aturdido al mismo tiempo; pero parecía haber perdido la esperanza». En efecto, la muerte del presidente no tuvo la menor influencia en el desarrollo de la guerra.



Plano general del vasto sistema de búnkeres en el área de la cancillería.

En enero, después de la fracasada ofensiva de las Ardenas, Hitler había regresado a Berlín y al principio se instaló en la nueva cancillería. Pero los constantes ataques aéreos pronto le obligaron a salir de allí y trasladarse al búnker, donde, en opinión de varios observadores, por fin había encontrado su lugar. Los miedos que tuvo toda su vida ya se habían puesto de manifiesto cuando en 1933, pocos meses después de haber sido nombrado canciller, dio orden de hacer una serie de reformas en la cancillería, exigiendo, como uno de los proyectos indispensables en el edificio, la construcción de un

subterráneo tipo búnker. Lo obsesivo de esa exigencia también se hace evidente en que, cuando conversaba sobre arquitectura con Albert Speer, siempre diseñaba «búnkeres, una y otra vez, búnkeres». El salón de actos que mandó construir al arquitecto Leonhard Gall en el jardín, a espaldas de la cancillería, ya estaba provisto de un refugio antiaéreo con un techo de unos dos metros y medio de espesor, que más tarde fue reforzado con un metro más. Y tres años después, con la construcción de la nueva cancillería de Albert Speer, vinieron a añadirse otras extensas salas subterráneas. En los pisos profundos del edificio había, a todo lo largo de la Vosstrasse, más de noventa células de hormigón. Estaban unidos al búnker de debajo del salón de actos por un corredor subterráneo de unos ochenta metros de largo.

Pero cuando la catástrofe invernal a las puertas de Moscú, a finales de 1941, hizo resurgir una vez más los miedos de Hitler, ni siquiera aquel dilatado sistema de búnkeres le pareció suficiente. Aunque por aquel entonces sus ejércitos mantenían ocupado el inmenso territorio que se extendía entre Stalingrado, Hammerfest y Trípolis, Hitler encargó a la oficina de Speer el proyecto de otras catacumbas con varios metros más de profundidad. Empalmaban directamente con el refugio de debajo del salón de actos, que desde entonces recibió el nombre de «antebúnker» y que contenía una cantina para los colaboradores más allegados de Hitler, varios dormitorios y cuartos de estar, la cocina y habitaciones para el personal de servicio, en total dieciséis piezas. El jardín a espaldas de la cancillería, con su vetusta arboleda y sus silenciosos senderos, desde donde Bettina von Arnim le había escrito a Goethe, pocas generaciones antes, que ella vivía allí «en un paraíso», se vio invadido una vez más por cuadrillas de obreros que talaron árboles, acarrear materiales de construcción, máquinas de mezclar cemento, armaduras y pilas de tablas de encofrado y pusieron manos a la obra. A comienzos de 1945, la construcción de hormigón del búnker profundo, el de Hitler, estaba casi completamente terminada, pero las obras, sobre todo en las trincheras y torres de vigilancia, continuaron bastante tiempo y aún no habían concluido en abril de 1945.



Hitler con su todopoderoso secretario Martin Bormann en el año 1943.

En los sótanos de la nueva cancillería se hallaban las habitaciones del séquito de Hitler: de su poderoso secretario Martin Bormann y del último jefe de estado mayor, Hans Krebs, y sus ayudantes, del general Burgdorf y del piloto jefe de Hitler, el general Hans Baur, del jefe de grupo de las SS, Hermann Fegelein, que estaba de servicio en el cuartel general del Führer como delegado de Himmler, y de un sinnúmero de oficiales; por último, vivían también allí las secretarías de Hitler, los equipos de vigilancia, los ordenanzas, radiotelegrafistas, cartógrafos y otros miembros del personal. En

una parte de las habitaciones había sido instalado un hospital de urgencia, otra servía de refugio para damnificados por los bombardeos, para mujeres embarazadas y para unos doscientos niños; su número aumentaba de día en día y el abarrotamiento fue pronto insoportable.

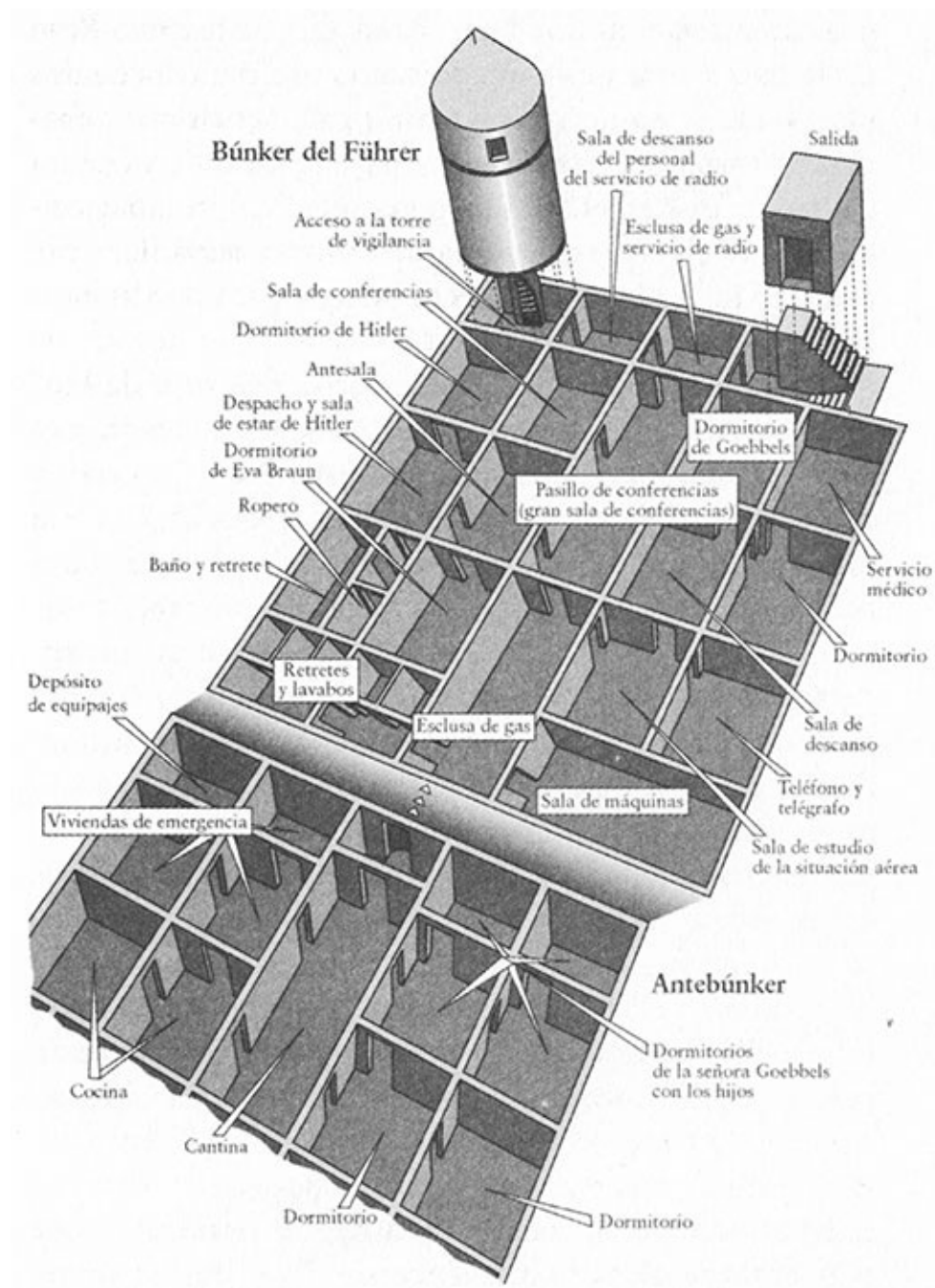
El llamado «antebúnker» estaba unido con el búnker del Führer por una escalera de caracol que bajaba a las profundidades. No se han conservado datos sobre las medidas, sobre todo de la capa de hormigón. Pero como el fondo de los cimientos, con una plancha de dos metros de espesor, estaba a unos doce metros por debajo de la superficie del jardín y hay que tener en cuenta los tramos intermedios para los servicios de abastecimiento, de unos tres metros de altura, probablemente es correcto el grosor de cuatro metros que ha sido indicado más de una vez. Ya al comienzo de la década de los treinta, Konrad Heiden, el primer biógrafo de Hitler, describió con una expresión inolvidable, «fanfarronadas en la huida», la íntima naturaleza del «Führer» y de su movimiento, la mezcla de patetismo, jactancia y agresividad. Ahora, con la retirada de Hitler al búnker y con las consignas de victoria que lanzaba desde allí, aquella observación que muchos consideraron absurda era acorde con la realidad.

El búnker del Führer constaba de unas veinte habitaciones, pequeñas y exigüamente amuebladas; sólo constituía una excepción el corredor previo a las habitaciones particulares de Hitler, provisto de algunos cuadros, de un banco tapizado y de unas butacas antiguas. Al lado se hallaba la sala de conferencias, donde se discutía la situación general, y se tiene una impresión de la estrechez que reinaba allí si se sabe que en aquel rectángulo de unos catorce metros cuadrados se apelotonaban ante la mesa de los mapas, varias veces al día y durante muchas horas, hasta veinte personas.

La decoración de las dos habitaciones particulares de Hitler también era exigua. Encima del sofá colgaba una naturaleza muerta de la escuela holandesa y encima del escritorio, en un marco oval, un retrato, pintado por Anton Graff, de Federico el Grande, ante el que se sentaba a menudo, ausente y ensimismado, como si dialogara mentalmente con el rey. A los pies de la cama estaba la caja fuerte en la que Hitler guardaba sus papeles personales, y en un rincón, como ya en el cuartel general de Rastenburg, había una botella de oxígeno para calmar lo que en él era una preocupación atroz y constante: que alguna vez le faltara aire para respirar, sobre todo si fallaban los motores diésel que proveían al búnker de luz, calor y aire fresco.

Del techo de cada pieza colgaban bombillas desnudas, que proyectaban sobre los rostros una luz fría y ponían aún más de relieve el mundo

fantasmagórico en el que todos se movían. Cuando en los días del inminente final faltó a veces el agua, tomó cuerpo, procedente sobre todo del antebúnker, un hedor casi insoportable, en el que los vapores de los grupos electrógenos diésel, el penetrante olor a orina y el sudor humano formaban una mezcla repugnante. En algunos de los pasillos que conducían al búnker profundo había charcos oleosos, y durante algún tiempo hubo que racionar el agua. Varios testigos han contado hasta qué punto aquel ambiente de estrechez, hormigón y luz artificial influía opresivamente en los ánimos, y Goebbels confió a su diario que en la medida de lo posible evitaba las habitaciones, para no ser víctima de «aquel ambiente opresivo». Por eso no carece de base sólida la idea de que ese escenario subterráneo y apartado del mundo contribuyó a que se tomaran aquellas decisiones irreales en las que ejércitos fantasmas marchaban en formación a operaciones de ataque que jamás se llevaron a cabo, y libraban batallas envolventes que eran producto exclusivo de la imaginación.



Plano del llamado antebúnker y del búnker del Führer, situado a más profundidad, en el jardín de la cancillería.

El que más parecía sufrir las consecuencias de aquella existencia cavernícola a diez metros de profundidad era el propio Hitler. Llamaban la atención, de modo cada vez más innegable, su piel pálida y porosa desde hacía ya años y sus facciones, abotargadas en los últimos tiempos, además de los lagrimales, gruesos y un poco negruzcos. Encorvado, balanceándose curiosamente y como buscando apoyo, se movía pegándose a las paredes del búnker, y más de un observador perspicaz tuvo la impresión de una fragilidad

fingida de forma teatral para hacer efecto. Por primera vez se apreciaban en él síntomas de descuido personal. Si hasta entonces iba vestido con extrema corrección, ahora la ropa estaba cubierta de manchas de comida, en las comisuras de los labios quedaban migas de bizcocho, y siempre que al exponer la situación general cogía en la mano izquierda las gafas, éstas chocaban, con leve tintineo, con el tablero de la mesa. De vez en cuando las ponía a un lado, como si lo hubieran pillado en falta, porque el temblor de los miembros no se avenía con su convicción de que una voluntad decidida es capaz de todo. «Aunque mi mano tiemble», había asegurado a una delegación de la vieja guardia, «y aunque también llegara a temblarme la cabeza, mi corazón nunca temblará». Un oficial del estado mayor ha descrito la apariencia de Hitler durante aquellas semanas de la manera siguiente:

Sabía que había perdido la partida y que ya no tenía fuerzas para ocultarlo. Físicamente ofrecía una imagen terrible. Iba de sus habitaciones particulares a la sala de conferencias a paso lento y trabajoso, inclinando hacia delante la parte superior del cuerpo y arrastrando los pies. Le faltaba el sentido del equilibrio; si alguien lo paraba durante el corto trayecto (veinte o treinta metros), tenía que sentarse en uno de los bancos colocados expresamente para ese fin en ambas paredes o agarrarse al interlocutor... Los ojos estaban inyectados de sangre; aunque todos los documentos destinados a él estaban escritos con máquinas especiales, «máquinas del Führer», con letras tres veces más grandes, él sólo podía leerlos con unas gafas de cristales muy potentes. De las comisuras de los labios goteaba a menudo la saliva...

También en lo psíquico decaía Hitler prácticamente con cada día que pasaba, según creían percibir muchos. Cuando volvía de la conferencia nocturna, por lo general hacia las seis de la mañana, se hundía en el sofá con el fin de dictar a una de las secretarias las instrucciones para el día siguiente. Nada más entrar la secretaria en la habitación, él se levantaba trabajosamente —cuenta una de ellas— «y después, agotado, se dejaba caer otra vez en el sofá, y entonces el sirviente le ponía los pies en alto. Allí se quedaba tumbado, completamente apático, poseído sólo de una idea:...chocolate y tarta. Su avidez de tartas y bizcochos era ya enfermiza. Mientras que antes tomaba un máximo de tres trozos, ahora hacía que le llenaran el plato tres veces». Y otra secretaria se quejaba de la monotonía, muchas veces evidente, de sus palabras: «Él, que antes hablaba animadamente de tantos temas, en las últimas semanas sólo hablaba de perros y de amaestramiento de perros, de cuestiones de alimentación y de la estupidez y la maldad del mundo».

Sólo cuando tenía visita salía de aquel estado depresivo y recobraba su poder sugestivo y su capacidad de persuasión. A menudo se servía de un recuerdo, del nombre de un experimentado jefe de tropa o de otra irrelevancia cargada de prestigio para animarse a sí mismo y a su visitante, y tomando como punto de partida alguna observación casual fantaseaba sobre ejércitos

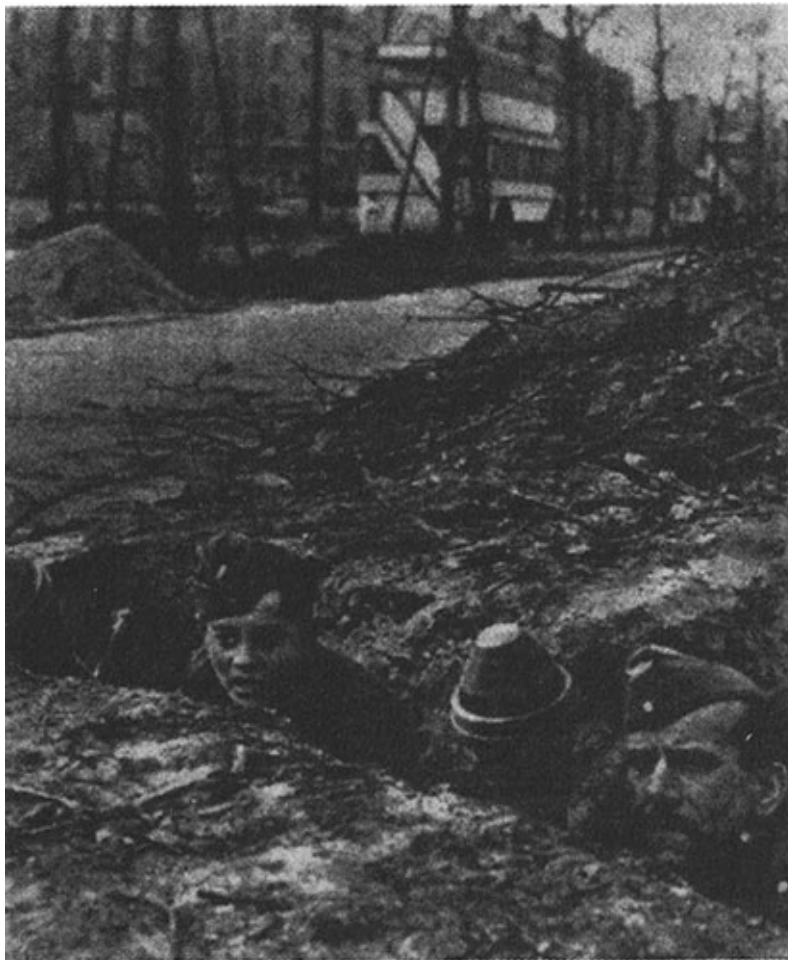
cada vez más poderosos que ya estaban de camino para dar ante las puertas de la ciudad la batalla que decidiría la guerra. Los rusos, de todos modos, sólo luchaban con «soldados del botín», comentaba entonces, su supuesta superioridad era «el *bluff* mayor desde Gengis Kan», y de vez en cuando volvía a las «armas milagrosas» que traerían el cambio y avergonzarían a todos los pusilánimes.

A pesar de su debilitamiento progresivo, Hitler ni siquiera entonces dejaba de la mano la dirección de las operaciones. Una mezcla de conciencia de elegido del destino y de fuerza de voluntad lo animaba una y otra vez, todo ello reforzado además por una desconfianza que le corroía y que le hacía suponer que sus generales querían ponerlo en evidencia o incluso narcotizarlo con ayuda de su médico de cabecera, el doctor Morell, y sacarlo de Berlín. Aunque en general sabía dominarse, a veces tenía explosiones de cólera, y en una ocasión bramó de furia, con los puños en alto y temblándole todo el cuerpo, delante de su jefe de estado mayor, Guderian, al que destituyó después en los últimos días de marzo.

Empezó a estar cada día más solo. Uno de los habitantes del búnker observó en alguna ocasión que Hitler se esforzaba por subir la estrecha escalera que llevaba a la salida al jardín, pero que a medio camino, agotado, dio media vuelta y, como hacía otras veces, entró en los lavabos que había junto al corredor central y en el que estaba el habitáculo de los perros. Allí jugó mucho tiempo y con expresión extrañamente ausente con su perra pastora y con los cinco cachorros nacidos en abril.

Fuera, más allá de las paredes de varios metros de hormigón, imperaba la arbitrariedad de la guerra, que se terminaba en medio del agotamiento, la penuria y el miedo a la venganza. Ninguna de las frases huecas y rimbombantes que el aparato de la propaganda del régimen soltaba incesantemente hacía justicia a la realidad de esa guerra, con la muerte y las atrocidades que no cesaban. Sin duda, todo aquel lenguaje trasnochado de fe, honor, lealtad, aún producía su efecto en una minoría, pero a la gran masa esa fraseología grandilocuente ya hacía mucho tiempo que le resultaba sospechosa. Quien siempre había conservado sus cinco sentidos o los había recobrado ante la inminencia del final ya no quería saber nada de consignas de resistencia ni de citas de baluartes en las que el Reich se veía elevado a la categoría de héroe solitario en lucha contra los nuevos jinetes del Apocalipsis formados por el judaísmo internacional, el bolchevismo y la plutocracia, y en las que se evocaba la dicha o el honor de la causa perdida y se ensalzaba una vez más ese idealizado desprecio a la vida que en el pasado había tenido tanta

y tan oscura capacidad de atracción para el alma alemana. Los frentes que se derrumbaban por todas partes, la insuficiencia de los medios de defensa, así como el horror cotidiano que nunca llegaba a su fin hacían percibir claramente el tono huero propio de tales comunicados oficiales. «¡Venganza, nuestra virtud! ¡Odio, nuestro deber!», decía uno de esos llamamientos a la defensa. «Valientes y leales, orgullosos y obstinados, transformaremos nuestras plazas fuertes en fosas comunes de las hordas soviéticas... Sabemos con vosotros que la hora antes del amanecer es la más oscura. Pensad en ello cuando en el combate os escurra la sangre hasta los ojos y os rodeen las tinieblas. Pase lo que pase, la victoria será nuestra. ¡Muerte a los bolcheviques! ¡Viva el Führer!».



Las últimas reservas: un adolescente de quince años y un hombre mayor, que debían detener en las calles de Berlín el ataque de las poderosísimas unidades de élite soviéticas.

Desde que Hitler ordenara, poco después de haber comenzado la gran ofensiva rusa, transferir al este todas las fuerzas disponibles y defender Berlín en el Óder, apenas había ni delante ni dentro de la ciudad tropas expertas y suficientemente equipadas. El comandante de las operaciones de la ciudad,

que ya el primero de febrero había sido declarada plaza fuerte, teniente general Hellmuth Reymann, repitió una y otra vez que necesitaba por lo menos doscientos mil soldados de probada experiencia. En lugar de eso no disponía ni de la mitad de ese número, gente heterogénea formada con lo que había quedado de un cuerpo acorazado, con el regimiento de guardia, con tropas de diferentes armas reunidas aquí y allá, y asimismo con unos cuarenta batallones del Volkssturm, que constaban en su mayor parte de pensionistas y de unos cuatro mil adolescentes de las Juventudes Hitlerianas. Había además varias unidades de zapadores así como los equipos encargados de la defensa antiaérea en el radio de la ciudad, mientras que las unidades, concentradas en Berlín, de las SS y de la policía no dependían de él. A las demandas de refuerzos de Reymann, Hitler respondió indicando que se disponía de tropas, tanques y munición en cantidad suficiente, caso de que hubiera que luchar en Berlín.

Más grave fue que no existiera en ningún momento un plan coordinado de defensa. Lo que habría necesitado una cooperación larga y a toda prueba tenía que ser improvisado apresuradamente según las circunstancias. Además, Reymann se veía involucrado en discusiones sobre a quién competía el mando. Una vez llegaban las instrucciones de la comandancia superior de la Wehrmacht, a las órdenes del mariscal general Keitel, otra vez, del jefe de estado mayor Krebs, así como también, en ocasiones, de Heinrici. Para colmo, Hitler interrumpía constantemente, y con ideas muchas veces extravagantes, la cadena de órdenes, de forma que el comandante encargado de la defensa de Berlín nunca sabía con absoluta claridad a qué atenerse.

El caos de la organización era aún mayor debido a Goebbels, que en su condición de Gauleiter^[2] de Berlín poseía al mismo tiempo funciones de comisario de la defensa. Desde que fracasara una y otra vez como promotor de la «guerra total», debido a la resistencia que encontró por todas partes, veía llegada la ocasión de llevar por fin a cabo sus planes, y recientemente había logrado el consentimiento de Hitler para formar batallones femeninos. En todas las deliberaciones relativas a edificar posiciones y distribuir fuerzas insistía afanosamente en que él era el único responsable de la defensa de la ciudad. Era significativo que considerase a Reymann como a su subordinado y que cuando había que tratar un asunto insistiera en que el comandante se presentara en su oficina. De todo aquel galimatías de competencias contradictorias, de continuos cambios en lo personal, del laberinto de órdenes y de la falta de claridad sobre las fuerzas y los medios disponibles, resultaba

un desbarajuste que en lugar de hacer posible la defensa de la ciudad más bien la impedía.

Venía a sumarse a todo ello que Goebbels, sin tener en cuenta las disposiciones de los oficiales del ejército, daba sus propias «órdenes de defensa» convocando, por ejemplo, cada lunes un «gran consejo de guerra» que reunía a todos los comandantes, a los altos cargos de las SS y de las SA, al alcalde mayor y al presidente de la policía de la capital del Reich e incluso a destacados representantes de la industria. Día tras día enviaba además a sus «grupos de enganche» con la misión de hacer una criba por las fábricas y las oficinas de la ciudad en busca de personas aptas para el frente. Pero los números que presentaba ya no causaban ninguna impresión, por mucho que convirtiera a aquellos grupitos de acongojados ciudadanos, que por fin había conseguido reunir, en regimientos de ardorosos combatientes que esperaban con impaciencia entrar en batalla «por el Führer y por la patria».

Había también, al mismo tiempo, falta de todo lo demás: de tanques, de cañones y armas individuales, de carburante y de útiles de zapador. En el Tiergarten, las unidades del Volkssturm se entrenaban para luchar en el frente avanzando cuerpo a tierra, mientras que, más apartados, escondidos en la maleza, sus camaradas golpeaban latas vacías con unos palos para imitar el fuego de ametralladora. En otro sitio se utilizaban rollos de cartón para aprender a manejar el bazuca o se levantaban toda clase de barreras a base de adoquines, vehículos destrozados por las bombas, armazones de camas y todo tipo de cachivaches. Finalmente, cada soldado del Volkssturm disponía de cinco cargas de munición, en la medida en que también disponía de fusil. Pero muchas veces eso le acarreaba aún más dificultades. Mientras que las armas eran casi todas de fabricación alemana o checa, los cartuchos provenían de Italia, Francia o de otros países que habían luchado con Alemania o contra Alemania. En conjunto había, además de las escopetas de caza o de deporte, que era obligatorio entregar, más de quince diferentes modelos de escopetas, así como un número casi incalculable de tipos de munición. Nada cuadraba con nada. Era como un reflejo de la cada vez mayor desorganización del bando alemán.

Y, en efecto, por algunas de las grandes arterias marchaban tropas del Volkssturm o de la Wehrmacht que salían a defender alguno de los barrios de extramuros, mientras que por la acera de enfrente les salían al encuentro otras tropas que tenían orden de encargarse de la seguridad del aeropuerto de Tempelhof o del puerto occidental, próximo al centro de la ciudad. Del general Reymann llegaba la consigna de que todos los no aptos para el

servicio militar podían abandonar la ciudad. Pero al mismo tiempo Goebbels mandaba fijar en todas las puertas de las casas un bando, según el cual «por orden del Führer..., todos los hombres entre quince y setenta años» estaban obligados a cumplir la orden de alistarse en el ejército, sin que se hiciesen excepciones. «Quien se esconda cobardemente en los refugios antiaéreos», decía el bando al final, «comparecerá ante un consejo de guerra y será condenado a muerte».

Los únicos que no mostraban síntomas de agotamiento eran los técnicos de la propaganda. Día tras día sacaban ante los intimidados alemanes el «mejor caballo que tenían en las cuadras», como decía Goebbels con frío cinismo: las atrocidades, pintadas detalladamente, que traería la «bolchevización de toda Europa», con montañas de personas muertas a golpes, de mujeres violadas, de niños masacrados. Y Bormann añadía que esa «pianola» podía «ser puesta en marcha cada vez con un tono diferente», pues esas imágenes de horror que se quedaban tan bien grabadas atizarían al máximo el ardor bélico y hasta lograrían deshacer tal vez la coalición enemiga.

Desde que a principios de la segunda mitad de abril los periódicos berlineses dejaron de salir, diversos rumores bien dirigidos eran los encargados de levantar la moral. Los éxitos de los aliados, dijeron una vez basándose en una fuente «bien informada», no eran sino una estratagema del Führer, que había atraído a los enemigos lo más adentro posible del país para aniquilarlos en el último momento de manera tanto más efectiva, «con hombre, corcel y carro». O se daba a entender aquí y allá que el general Krebs había tomado contacto con los rusos y recordado al dictador soviético la época en que fue agregado militar alemán en Moscú, cuando fue abrazado e incluso besado por él, a lo que Stalin había respondido «emocionado» evocando el espíritu de «compañeros de armas» de tiempos pasados. Luego corrió la voz de que un militar, al parecer «entendido en la materia», había opinado que esos bombardeos, soportados desde hacía años con tanta y tan impotente desesperación, en aquel momento decisivo eran una suerte y una oportunidad, porque en realidad habían preparado a Berlín para su «papel de lucha cuerpo a cuerpo»; en la lucha casa por casa, el que defendía, como lo demostraba la historia militar de todas las épocas, era claramente superior al que atacaba. También se hablaba de submarinos con «proyectiles estratosféricos» que destruirían por completo Nueva York, así como también de «granadas de hielo» con nieblas que todo lo corroían. La población reaccionaba a esas extrañas historias con un escepticismo creciente y, no

pocas veces, incisivo. La propaganda, decía una frase muy corriente entonces, es como la orquesta de un barco que se está hundiendo, que, cuando la vorágine ya lo está arrastrando al fondo del mar, aún sigue tocando alegres melodías... porque todas las demás partituras han sido requisadas.

Con mucha más precisión describían el verdadero estado de cosas y el ambiente general los tribunales militares motorizados que en aquellos días recorrían las calles y registraban incesantemente casas, fábricas y campos de ruinas en busca de desertores. A la menor sospecha, por mínima que fuese, fusilaban o colgaban inmediatamente a los «traidores». Además, el 15 de febrero de 1945 habían sido constituidos por orden de Hitler tribunales especiales competentes en toda clase de delitos «que hicieran peligrar la fuerza combativa o la tenacidad en el combate de los alemanes»; esos tribunales constaban de un juez de lo criminal, de un representante del partido y de un oficial de la Wehrmacht o de las Waffen-SS^[3]. Diez días después, Himmler había formado un cuerpo suplementario de «tribunales especiales de guerra», y un poco más tarde, el 9 de marzo, había sido establecido un «tribunal de guerra ambulante», bajo el mando del teniente general Rudolf Hübner, que recibía órdenes directas de Hitler. Parecía que lo que quedaba de esperanza sólo se mantenía con amenazas de castigo.

A su vez, los informantes del servicio de seguridad dieron parte a mediados de abril de que la confianza en el gobierno de amplísimos círculos de la población disminuía «de forma masiva». Cada vez más funcionarios, anotaba con irritación Goebbels, desaparecían sin más y «se evaporaban», el partido había «dejado prácticamente de funcionar». Tanto mayor fue la indignación de la gente al ver que desde mediados de marzo, en varios distritos de la ciudad, docenas de ajusticiados colgaban de árboles, farolas y, a veces, por su mayor fuerza intimidatoria, de barricadas y barreras contracarro. Es comprensible que no haya números exactos. Cálculos prudentes hablan de unas mil personas ejecutadas en los últimos tres meses. Algunos comandantes, como el general Hans Mummert, jefe de la división acorazada Müncheberg, estaban tan indignados por aquella actuación salvaje que dieron órdenes a sus tropas de enfrentarse a los tribunales especiales, si fuese necesario, arma en mano.

La derrota era a todas luces irreversible, y lo que siguió después fue una guerra más allá del final. A lo lejos brillaban como fuegos fatuos absurdas esperanzas. La situación le recordaba el «Ocaso de los dioses» de los *Edda*, escribía Gerda Bormann, la mujer de Martin Bormann, a su marido:

Los gigantes y los enanos, el lobo de Fenris y la serpiente de Mitgard, todos los poderes del mal... se lanzan al asalto por el puente de los dioses... El castillo de los dioses se tambalea, y todo parece estar perdido. Pero entonces se levanta de pronto otro castillo, más bello que todo lo anterior, y Baldur vuelve a la vida.

Gerda Bormann había tomado uno de los caminos de evasión más trillados: salir de la realidad y buscar refugio en la trivialidad de los mitos. Pero tales caminos terminaban pronto. No sorteaban los escenarios de ruinas de las ciudades incendiadas, ni las carreteras llenas de convoyes de fugitivos, ni el caos que aumentaba por todas partes. Ni tampoco la tenacidad y la fuerza incontenible con que los aliados conquistaban, por el este y por el oeste, zonas cada vez mayores del país. La resistencia se desmoronaba de manera visible. Aquí y allá se debatían cansinamente, ya en estado de disolución, unas tropas a las que no llegaba ninguna orden del Führer. Para entonces, Hitler sólo tenía autoridad sobre algunos puestos exteriores, fanáticamente adictos, y sobre un área que cada vez se cerraba más en torno a la capital.

Y, sin embargo, en todo lo que sucedió en aquellos días del final de la guerra parecía estar actuando una energía desesperada cuyo claro objetivo era dar a la derrota proporciones de catástrofe. Si no venciéramos, había dicho Hitler ya a principio de los años treinta en una de sus fantasías sobre la guerra aún por venir, «al hundirnos arrastraremos con nosotros a la mitad del mundo». Ahora estaba cumpliendo lo anunciado.

CAPÍTULO SEGUNDO

Consecuencia o catástrofe: Hitler en la historia de Alemania

Desde entonces no ha dejado de plantearse la cuestión de si ese final había sido previsible y si detrás del encanto de las viejas fachadas prusianas de los históricos palacios de la Wilhelmstrasse no se divisaba ya claramente aquel paisaje desolado y devastado, con los sillares de hormigón del búnker del Führer; es decir, si hay que considerar a Hitler el resultado casi forzoso de la historia del país, siendo entonces una consecuencia alemana en mucha mayor medida que, según la célebre expresión del historiador Friedrich Meinecke, una catástrofe alemana.

La formidable ola de entusiasmo que acompañó la toma del poder, aun si fue generada por una astuta puesta en escena y constantemente reavivada, invalida ya de entrada cualquier afirmación que pretenda ver en ella un accidente de la historia. No cabe duda de que en el júbilo, en los desfiles de antorchas, en las marchas multitudinarias y asambleas con fuegos nocturnos en las cumbres, en todo aquello que forma parte de la imagen de la primavera de 1933, podían percibirse sentimientos de inseguridad, y durante bastante tiempo la población se preguntaba si con aquellos hombres nuevos el país no se metía en una aventura descabellada o, cuando menos, poco convincente. Pero la fuerza imparable con que se apropiaban de las posiciones clave de la política tenía su particular y desconcertante poder de persuasión. Pronto, la República de Weimar no fue para muchos sino un simple episodio, y ningún recuerdo, ninguna brizna de piedad hizo difícil la despedida. Al cabo de tantos años de una estatalidad desacertada, apareció, como ante una consigna, la voluntad de atreverse a un nuevo comienzo, y esa voluntad barrió, en una mayoría de gente que iba rápidamente en aumento, todas las dudas. Al mismo tiempo, el orden nuevo que pronto fue perfilándose no sólo ganó partidarios y, pese a toda aquella bajeza y vulgaridad, motivos, sino que, tal como sus prohombres no cesaban de proclamar a los cuatro vientos, hasta se adueñó del porvenir.

Fueron esas circunstancias que acompañaron la toma de poder las que dieron pie a la opinión de que los alemanes, tras unos años de forzada adaptación a la democracia, al Estado de derecho y a valores «occidentales», volvieron entonces, por decirlo así, a su propio ser y con ello al escandaloso papel que por lo visto habían representado en Europa desde tiempos inmemoriales. Las primeras interpretaciones contemporáneas de aquellos acontecimientos construyeron a menudo largas listas de antepasados desde Arminio el Querusco, pasando por los emperadores medievales, continuando con Federico el Grande y llegando hasta Bismarck, y en todos ellos encontraron, a cada paso y ya mucho tiempo antes de Hitler, un latente hitlerismo. El resultado fue que, comoquiera que se observasen las cosas, en la historia alemana no había ni hechos ni figuras «inocentes». Incluso a través de la idílica honradez del Vormärz^[4] pululaban los fantasmas del servilismo y la estrechez de espíritu, y a ninguna mirada experta podía ocultársele que esa nación estaba íntimamente convencida de que tenía una vocación específica en el mundo y, si fuese necesario, contra el mundo. Visto así, el romanticismo alemán no fue otra cosa que una tendencia, recubierta por imágenes engañosamente delicadas, a la crueldad y al odio al mundo, un anhelo de retornar «a los bosques», que, como ahora parecía evidente, a ese extraño pueblo siempre le fueron más familiares que la civilización, la constitución y los derechos humanos. El jefe de las SS Reinhard Heydrich tocando el violín y emocionado por la magia de una sonata de Schubert vino a convertirse durante algún tiempo en una especie de cliché representativo del alemán.

Esa manera, sumaria por lo general, de presentar el carácter y la historia de los alemanes prácticamente ha desaparecido, en su conjunto. Porque en el fondo así se daba la razón *a posteriori* a la tesis nacionalsocialista según la cual Hitler no sólo era el heredero legítimo de Prusia y del Reich de Bismarck sino también quien llevó la historia alemana a su consumación. En cambio sí ha permanecido y ha sido analizada, en una ya inabarcable serie de estudios, la cuestión de las líneas de unión que pueden trazarse desde el pasado hasta Hitler y hasta la ideología que posibilitó o al menos favoreció su ascensión.

En la fundamentación de esas conexiones se han buscado huellas que se remontan hasta muy atrás, para perderse en algún lugar de la arena de la historia. Era, por ejemplo, el alejamiento de la realidad del pensamiento alemán unido a un insolente concepto de la cultura que había despreciado lo político o, en cualquier caso, no lo había asimilado. Estaban además los elementos antiliberales de las estructuras sociales, los reflejos del Estado absolutista así como también el carácter reaccionario, que no pocas veces

salía ferozmente a la superficie, de las élites que tenían el poder y cuya superioridad seguía siendo indiscutible, toda vez que la burguesía alemana no había desarrollado en ningún momento una conciencia de clase burguesa. Éste y muchos otros rasgos característicos, continuaban diciendo, habían llevado a una tradición de disciplina social que siempre había estado en una especie de espera pretotalitaria. Si a eso se añadía la fragilidad tradicional de las instituciones políticas del país, se comprendía la debilidad de los alemanes por los líderes carismáticos. Por otra parte, la condición previa siempre había sido que las órdenes que venían de ellos fuesen acordes con la tendencia prioritaria del pensamiento alemán: por un lado el espíritu del siglo, fomentado por las angustias del momento y por ciertos complejos de país cercado, y por otro, la tendencia básica a convertir cualquier cuestión de actualidad en una decisión de vida o muerte y a introducir en la política una carga de contenidos mitológicos.

Sin duda alguna, una buena parte de ésta y de otras consideraciones, que sobre todo en el debate sobre la llamada «vía especial alemana» han dado lugar a interminables discusiones, puede ser puesta en relación con la figura de Hitler. Sin embargo hay que pensar que la historia siempre tiene más posibilidades de evolución de lo que le parece a quien, rastreando sus huellas, emite un juicio *a posteriori*. Forzosamente, los conocimientos de esa persona están determinados en gran medida por las preguntas que nunca plantearía si no conociera el final. Por último, hay que tener en cuenta que situaciones parecidas, si bien con acentos muy diferentes, pueden encontrarse prácticamente en todas las naciones, al menos en las del continente europeo. Seguramente, de las circunstancias históricas alemanas no resulta una vinculación seria, establecida sin agudezas especulativas, con Hitler, y a lo sumo se podría decir que la capacidad de resistencia contra su ascensión estaba paralizada por la evolución específica del país. Y también queda sin responder la pregunta subsiguiente de por qué el nacionalsocialismo fue mucho más cruel y concentradamente inhumano que la mayoría de los movimientos extremistas afines de los años veinte y treinta.

Si se ahonda en esta cuestión, tratando de ver más claro y absteniéndose de interpretaciones demasiado plausibles, entre los hechos específicos alemanes en un sentido más estricto cuenta sin ninguna duda el choque, por completo inesperado, con la realidad de la derrota del otoño de 1918. La nación que, literalmente hasta los propios días del armisticio, había soñado el sueño de gran potencia de 1870-1871 y que caminaba hacia «tiempos de esplendor^[5]» se vio de pronto confrontada con un cambio súbito de todas sus

circunstancias vitales: una revolución, considerada por la inmensa mayoría de los alemanes mera «rebelión de la chusma» y con un «olor a carroña» que alteraba por completo todas las normas imperantes hasta el momento; el caos en las calles, largos periodos de hambre, un desempleo masivo desconocido hasta entonces y desórdenes de carácter social que afectaban a provincias enteras. Vino a sumarse a ello el Tratado de Versalles, puesto en escena con pomposa palabrería sobre la paz, pero dictado en realidad por la hipocresía, la sed de venganza y una hiriente cortedad de miras, con la humillación, intencionada y también entendida así, de la tesis del artículo 231 sobre la plena responsabilidad del estallido de la guerra. Más que todos los gravámenes materiales impuestos por las potencias vencedoras sublevó interiormente al país su expulsión del grupo de las naciones respetadas, y un observador ha comentado a este respecto que ya entonces se formó una «comunidad de los amargados» que sólo esperaba la llegada de un caudillo que dictara las consignas. La inflación, con el empobrecimiento de amplias capas de la sociedad, así como la crisis económica mundial que vino pocos años después, aumentaron aún más esa indignación, y cada una de estas debacles y tantas otras que no cesaron de añadirse se cargaron en cuenta a la República de Weimar, acosada por todas partes.

Hitler aprovechó para sus fines estas emociones y todo lo que daba pie a la indignación y que en el umbral de los años treinta la gente consignaba con furia creciente, y a lo largo y a lo ancho del país denunciaba la crisis que él agravaba al mismo tiempo con todos los medios de que disponía. Esa crisis era la promesa más segura de poder. Nunca podrá aclararse de forma definitiva la cuestión, planteada en innumerables ocasiones y hasta ahora sin una respuesta medianamente satisfactoria, de las causas de su éxito, si se prescinde de que su ascensión tuvo lugar en una nación quebrantada espiritualmente. Y además, la aceptación que tuvieron él y su movimiento fue, más que ninguna otra cosa, una desatinada huida de la desafortunada República de Weimar, el «Estado con el gorro de bufón», como la llamó uno de sus desesperados defensores: zarandeada por fuera, y por dentro objeto de escarnio para demasiados enemigos que sólo estaban unidos por el desprecio y el odio a lo establecido.

Éste fue uno de los factores que oscurecieron la visión de la honda fractura política que perciben numerosos observadores actuales, una vez conocidas las posteriores atrocidades del régimen de 1933. Los coetáneos no la percibieron o sólo raras veces. Pero para comprender con mayor exactitud lo que ocurrió es preciso saber que prácticamente ninguno de los que vivieron

entonces tenía una idea relativamente adecuada de la dictadura totalitaria que estaba fraguándose y de hasta qué punto la carencia de derechos, la arbitrariedad y la violencia podían funcionar en un país que pasaba por ser una de las civilizaciones de primera magnitud. La imaginación, ni siquiera la de los enemigos de los nuevos gobernantes, no llegaba muy lejos. La gran mayoría pensaba, a lo sumo, en un régimen autoritario, como la Italia de Mussolini, en la que, como todos sabían, los trenes volvían a ser puntuales. Después de los disturbios de la época de Weimar, casi todo el mundo deseaba, por así decir, que volvieran las numerosas «puntualidades» alemanas que se habían echado de menos durante casi catorce insoportables años.

Pero un elemento esencial, que nunca se valorará lo suficiente, de lo específicamente alemán es el propio Hitler. Toda la complicada búsqueda de orígenes históricos y sociales, llevada a cabo con tanta visión de conjunto y tanto discernimiento, al final tiene que retornar a su persona y no puede prescindir de la biografía personal que dio a los acontecimientos los impulsos decisivos. En ninguna otra parte, en cualquier caso en ninguno de los países de entreguerras que sufrieron turbulencias semejantes, hubo un caudillo de fuerza retórica comparable a la de Hitler, no hubo hombre de parecida capacidad de organización e ingenio táctico. Ni de igual radicalismo.

Sólo una vez dicho esto hay que añadir que Hitler partió, en cuanto a política de poder, de ciertos legados de origen más antiguo o más moderno: de la idea, por ejemplo, de que el este del continente era el espacio vital natural del Reich que estaba, por así decir, esperando la colonización, y, en efecto, el debate sobre el objetivo bélico durante la Primera Guerra Mundial ya había reclamado «concentración parcelaria étnica» con operaciones de traslado de población dentro de extensos territorios. Y asimismo, esa «alianza» ideal que Hitler había previsto, la estrecha unión con el Imperio Británico, para aparecer junto con el «pueblo primo hermano» germánico del otro lado del canal como las «potencias rectoras del mundo», ya estaba pensada anteriormente, al menos en esquema, así como algunas cosas más.

Sin embargo, la tarea más urgente con que se enfrentaba la política alemana era la superación del dictado de Versalles, y ese propósito constituyó al mismo tiempo el punto por el que Hitler, en sus esfuerzos por atraerse a las antiguas clases dominantes que no habían superado el dolor por el fracaso de sus ambiciones de gran potencia, pudo acceder a ellas. Un memorial de la Reichswehr del año 1926 para el Ministerio de Asuntos Exteriores formulaba, como una especie de línea directiva a medio plazo de la política exterior alemana, lo siguiente: primero la liberación de Renania y del territorio del

Sarre, después la eliminación del pasillo polaco que separaba el Reich de Prusia oriental, la recuperación de la Alta Silesia polaca, la anexión de Austria y finalmente la ocupación de la zona desmilitarizada; ése fue, si se prescinde del orden de factores, el programa de política exterior de Hitler durante los años treinta. Por muchos que fueran los reparos contra su extravagante tendencia a jugarse el todo por el todo y contra su idiosincrasia de bandido, esas clases dominantes reconocieron en el jefe del NSDAP al hombre que estaba en situación de realizar sus propósitos revisionistas. En cualquier caso él supo como ningún otro utilizar el Tratado de Versalles, junto con los generalizados sentimientos de humillación, como un método integrador por encima de todas las barreras y movilizar así a la nación.

Lo que sus protectores y cómplices no tuvieron en cuenta y quizá ni siquiera imaginaron era que Hitler estaba firmemente decidido a tomar al pie de la letra sus visiones, extraña mezcla de fantasía y frío cálculo. Sus peroratas sobre la guerra, sobre el nuevo orden del mundo y sobre un imperio gigantesco que llegaría hasta los Urales, y aún más allá, no eran debidas, como ellos pensaron equivocadamente, a las inspiraciones momentáneas de un temperamento impulsivo. Mientras que ellos querían superar el «oprobio» que les habían hecho sufrir las potencias vencedoras y recuperar las antiguas fronteras, aunque, eso sí, provistas de algunos aditamentos, él no apuntaba con su política ni a antiguas ni a nuevas fronteras. Lo que él quería ganar eran nuevos espacios, millones de kilómetros cuadrados de superficies conquistadas y, como comentó en alguna ocasión, despobladas mediante una «operación endiablada». En la base de eso había una sed de espacio que nunca tenía bastante y que consideraba cada nueva adquisición punto de partida para nuevos avances.

Hay quien sostiene la opinión de que ni siquiera esas ideas rompieron la continuidad. Porque básicamente ya habían sido desarrolladas por los pangermanistas o en las concepciones sobre el este expuestas por Ludendorff. Pero lo que en efecto rompió la línea de continuidad fue la carga de fermento ideológico que le añadió Hitler: aquel delirante conglomerado de ideas sobre enfermedad del mundo, envenenamiento de razas, exterminio y renovación de sangre para «salvar al universo». Con ello hizo irrupción algo que superaba en su base toda la hasta entonces, por así decir, ingenua codicia imperialista: una utopía racial que prometía el surgimiento de una nueva era cósmica. Ésta debía nacer gracias al esfuerzo y a la lucha de varios cientos de millones de hombres genéticamente conscientes y unidos, que cumplían impasibles su misión histórica, conquistaban espacios, exterminaban o mantenían en

situación de dependencia escalonada a todos los de «raza inferior»: el «hombre nuevo» que de modo incesante aplanaba, destruía, trasladaba, y en los hoteles de masas del KdF^[6] situados en las islas del canal, en los fiordos de Noruega o en Crimea, descansaba en alegre folclore comunitario de su misión histórica. Era romper con todo lo que había sido el mundo hasta entonces, y se sucumbe posteriormente a la propaganda del régimen si se atribuye a aquella revolución un origen que no tuvo. Aquel monstruoso proyecto sólo tenía su origen en él mismo. En cualquier caso, nadie había pensado nunca de modo tan radical y demente, y por eso no había línea de unión con ninguna parte, desde luego no con Bismarck, ni con Federico el Grande ni en absoluto con los emperadores medievales.

Era sobre todo la falta total de un sentido de la responsabilidad más allá de su persona, la ausencia de una ética de servicio desapasionada y altruista y la carencia de moral histórica lo que distinguió a Hitler de cualquier predecesor que pueda venir a las mientes. Con un egocentrismo que carece de precedentes históricos equiparó la existencia del país con la duración de su propia vida, como le reprochaba Albert Speer en una carta del 2.8 de marzo de 1945. Más aún que en las osadas empresas del comienzo, desde la ocupación de Renania en el año 1936, cuando durante veinticuatro horas estuvo temblando por su futuro político, hasta la ocupación de Praga en la primavera de 1939, fue al final cuando dio claramente a entender que sólo era un jugador que había ido a parar a la política, un osado tahúr que lo había apostado todo y había perdido. Después sólo estaba la nada.

Uno de los más radicales generales del partido, el ayudante en jefe de Hitler, Wilhelm Burgdorf, que hacía alarde de su «inmenso idealismo» para con «el Führer y el pueblo», se enzarzó en una discusión, en uno de los últimos días del búnker, con el secretario de Hitler, Martin Bormann. En el curso de la exaltada disputa, Burgdorf le dijo a voz en grito al todopoderoso hombre de la antecámara de Hitler que su entrega incondicional a la causa común le había valido el desprecio de los demás oficiales y que tuvo que aguantar que le llamaran «traidor»; pero que ahora comprendía que sus enemigos habían tenido razón, que su «idealismo» había sido falso, y él «un ingenuo y un necio». Cuando el general Krebs, militar adicto al Führer y testigo de aquella explosión, quiso mediar entre ambos, Burgdorf lo rechazó: «¡Déjame, por favor, Hans, una vez había que decir todo esto!». Los oficiales jóvenes, continuó Burgdorf, «han ido a la muerte por centenas de millares», pero él se preguntaba por qué causa. La respuesta era: ni por la patria ni por el futuro. Sólo ahora, continuó, lo había visto claramente: «Han muerto por

vosotros... Millones de personas inocentes [han] sido sacrificadas, mientras que vosotros, los líderes del partido, os enriquecáis con el patrimonio del pueblo. Vosotros habéis celebrado banquetes, acaparado inmensas riquezas, expoliado señoríos, construido palacios, habéis nadado en la abundancia y engañado y oprimido al pueblo. Habéis mancillado nuestros ideales, nuestra moral, nuestra fe, nuestra alma. El hombre no ha sido para vosotros sino el instrumento de vuestra insaciable ansia de poder. Habéis destruido nuestra civilización secular, al pueblo alemán. Ésta es vuestra terrible responsabilidad».



El ayudante en jefe de Hitler, Wilhelm Burgdorf, que a finales de abril, en el curso de un violento altercado con Bormann, alegó que su entrega incondicional a la causa común le había valido el desprecio de los demás oficiales.

Tras esas palabras, sigue diciendo el informe, se hizo un completo silencio en el búnker. Después, Bormann habló, «frío, superior y untuoso»: «¡Pero, querido, no tienes que personalizar! Si todos los demás también se han enriquecido, yo quedo libre de culpa... ¡A tu salud, amigo!».

Antes de que Wilhelm Burgdorf se suicidara unos días después, Hitler vino a darle la razón, por decirlo así. Después de una de las últimas conferencias, el 27 de abril de 1945, habló, aludiendo a una frase de Richelieu, de todo lo que tenía que dejar al morir, las grandes empresas y «los

más caros recuerdos». Pero después apareció de nuevo el jugador que había sido toda su vida, el tahúr fracasado, y también, y no en pequeña medida, el hombre venido de ninguna parte que estaba a punto de desaparecer en la nada dejando tras sí una gigantesca huella de ruinas de todo género. «¡Qué significa todo esto!», dijo con un gesto desdeñoso a los militares allí reunidos: «¡Alguna vez habrá que dejar atrás esta mamarrachada!».

CAPÍTULO TERCERO

«¡La guerra está perdida!»

El día 20 de abril, fecha en que Hitler cumplía cincuenta y seis años, vio reunidas por última vez a las autoridades supremas del régimen: Goebbels, Himmler y Bormann, Speer, Ley, Ribbentrop, a algunos Gauleiter y al alto mando de la Wehrmacht. Göring había llegado de Karinhall, su finca de caza, después de que aquella misma madrugada hubiera enviado por delante hacia el sur de Alemania veinticuatro camiones con las antigüedades, los cuadros y muebles acumulados durante aquellos años. Apenas partió la caravana, Göring se dirigió a la calle próxima a la entrada de vehículos, y sin emoción visible, con la ecuanimidad de quien está realizando una tarea profesional, examinó los dispositivos que estaban preparados para llevar a cabo la voladura de Karinhall. Con una mirada a la maraña de cables y mechas, le dijo al militar que lo acompañaba: «A veces hay que hacer algo así cuando se es príncipe heredero». Después se marchó a la fiesta de cumpleaños. Unos días antes, Eva Braun se había presentado inesperadamente en el búnker y se había instalado en las habitaciones posteriores del ala del Führer.

La celebración oficial del cumpleaños había sido trasladada a las salas más grandes y solemnes de la nueva cancillería, aunque, debido a los múltiples daños causados por las bombas y a que habían descolgado los cuadros y retirado los muebles, su aspecto era poco vistoso. Pero la llegada de tantos dignatarios uniformados trajo otra vez, al menos en el recuerdo, aquella sensación de esplendor y gran gala desaparecida hacía tanto tiempo, si bien el constante ulular de las sirenas seguía rebajando los ánimos, ya de por sí muy apagados. Tras unas breves palabras, Hitler había ido de grupo en grupo, había recibido con seriedad y a veces casi con un gesto de rechazo las felicitaciones, había exhortado, animado. Aunque al principio daba una impresión de enorme agotamiento y, como dijo uno de los asistentes al acto, se esforzaba más que otras veces por ocultar el temblor de su brazo izquierdo, parecía que el optimismo que intentaba transmitir a todos los que le rodeaban se le había contagiado a él mismo, de forma que a intervalos parecía

«galvanizado». Fuera, en la Wilhelmstrasse, tenía lugar una especie de parada militar en la que el «regimiento personal» desfilaba frente al jefe de grupo de las SS, Wilhelm Mohnke.

En el curso de la mañana había sido dada la consigna cifrada «Clausewitz», que ordenaba la alarma y que equivalía a declarar el estado de excepción. Al mismo tiempo se anunció que Hitler estaba dispuesto a poner en vigor la decisión tomada previsoramente unos días antes, según la cual los territorios que seguían en poder de los alemanes, en el caso de que se produjera una escisión por el avance de las tropas enemigas, quedarían divididos en una «zona norte» bajo el gran almirante Karl Dönitz y una «zona sur» bajo el mariscal de campo Albert Kesselring. Ese paso desesperado fue otra vez ocasión para que todos los visitantes alabaran el «genio militar» del Führer, que una y otra vez conseguía pasar de posiciones defensivas a la situación claramente más favorable del que ataca. Goebbels explicó y describió ambas «zonas de mando» como las alas de una «pinza estratégica» que depararía a los aliados, que aún no sospechaban nada, un «segundo Cannas».

Pero en secreto, por detrás de toda aquella descabellada fraseología sobre «genialidades» técnico-militares o sobre la, contra todas las apariencias, inminente victoria, la mayor parte de los allí reunidos esperaban con nerviosismo creciente que terminara el acto. Todos estaban al tanto de la operación del Ejército Rojo, que se encontraba cerrando el cerco en torno a la ciudad. Hacia el norte y hacia el sur sólo quedaba un pasillo cada vez más estrecho, y una vez Göring había recabado información, a través de un ordenanza, sobre cuánto tiempo, conforme a un criterio estricto, seguiría siendo posible escapar.

Como si adivinara la despreciativa impaciencia de la mayoría de los presentes y quisiera retenerlos allí, Hitler parecía prolongar la recepción por lo menos unos minutos. Durante el informe sobre la situación que tuvo lugar acto seguido en el pasillo de conferencias, ordenó rechazar con una violenta acción llevada a cabo sin miramientos y con la máxima energía el ataque de las unidades soviéticas que habían avanzado por el norte y el este hasta el cinturón exterior de defensa. Y para ello, de nuevo movilizó tropas que sólo marchaban por el mundo demente de su imaginación; como siempre que empezaba a hablar, se perdió en detalles tácticos, ya fuera sobre el lugar adecuado para colocar una pieza de artillería o sobre el sitio más apropiado para una posición de ametralladoras. Los oficiales seguían sus indicaciones en silencio y con rostros impasibles. Únicamente Göring, que había tomado

asiento, con su corpulenta humanidad, enfrente de Hitler, apenas podía ocultar su impaciencia y parecía contar los minutos, que transcurrían de forma inútil.

La noche anterior, Hitler había planteado la cuestión de si no sería más oportuno abandonar la capital, que prácticamente carecía de tropas y casi no tenía capacidad de defensa. Al mismo tiempo había dejado entrever su intención de hacerse cargo él de la «zona sur» y continuar el combate desde el Obersalzberg, frente por frente de la legendaria montaña de Untersberg. Aludiendo seguramente a su propia vida póstuma había vuelto a mencionar la tradición según la cual el emperador Barbarroja dormía en el interior de aquel monte el sueño de los siglos. Pero Goebbels le había instado con vehemencia a quedarse en Berlín y a buscar la muerte en las ruinas de la ciudad, caso de que su destino fuese morir: ésa era la fidelidad a su misión histórico-universal, a los antiguos juramentos y a su rango en la historia. El Führer, declaró Goebbels como ya en otras ocasiones, no debía poner término a su vida en su «casa de verano», y mucho habla en pro de que justamente ese argumento hizo mella en Hitler, que siempre se había visto a sí mismo en grandiosos escenarios. Sólo en Berlín, había aducido también Goebbels, era posible lograr moralmente un «éxito mundial».

Y ahora, Hitler aseguró que durante esa noche había visto las cosas claras y que se quedaría en la capital. Los asistentes a la reunión, cogidos por sorpresa, le pidieron con insistencia, tras un breve silencio, que abandonara Berlín, que pasadas unas horas ya podía estar cerrado el último camino de huida. Pero Hitler permaneció inmovible. «¡Cómo voy a mover a las tropas al combate decisivo», decía siempre, «si al mismo tiempo yo me pongo a salvo!». Para concluir la deliberación, dijo al final que la decisión relativa a su persona iba a dejarla en manos del «destino»; pero que no impediría a nadie que se marchara. Para subrayar la firmeza de su determinación ordenó, haciendo caso omiso de los correspondientes comandantes en jefe, Heinrici y Busse, trasladar a Berlín el 56 cuerpo acorazado a las órdenes del general Weidling, que desde la batalla de los montes de Seelow estaba implicado en fuertes luchas defensivas.

Inmediatamente después de que Hitler hubiera disuelto la reunión, Göring se despidió. Pálido y sudoroso habló de «urgentísimas tareas en el sur de Alemania». Pero Hitler pasó a su lado sin mirarlo ni decir una palabra, como si adivinara, cosa que ya venía haciendo mucho tiempo, los cálculos indignos del hombre que era su lugarteniente. Acompañado por Goebbels, Himmler, Speer y Bormann, se dirigió a continuación al jardín que había detrás de la cancillería.

Cerca de la salida, delante del terreno plagado de cráteres y de troncos de árboles caídos o partidos a media altura, esperaba en formación un tardío grupo de personas que habían venido a felicitarle: una delegación de la división, agotada por la lucha, de las SS Frundsberg y del ejército de Curlandia así como un puñado de adolescentes de las Juventudes Hitlerianas que luchaban en una «unidad destructora de tanques». Con la espalda encorvada y como encogido en su abrigo, Hitler pasó revista a las filas y dio la mano a cada uno de los soldados. Luego se dirigió a los adolescentes, dio unas palmaditas a algunos de ellos y les impuso condecoraciones. Haciendo acopio de todas sus fuerzas logró por fin decir unas palabras y que la batalla de Berlín había que ganarla a toda costa. Al final, exclamó con voz cansada: «*Heil!*». Pero nadie respondió. «Sólo se oía a lo lejos», consigna el informe del jefe de la juventud del Reich, Artur Axmann, «el fragor del frente, a apenas treinta kilómetros de distancia».



Durante la jornada de su 56.º aniversario, el 20 de abril de 1945, Hitler saludó a miembros de las Juventudes Hitlerianas destinados en Berlín y condecoró a algunos de ellos. Tras unas breves palabras gritó con voz fatigada entre el retumbar de los cañones: «*Heil!*». Pero nadie respondió.

Cuando Hitler regresó al búnker, empezó el gran éxodo. Ministros y jefes del partido se acercaban en larga fila, decían unas forzadas o inseguras

palabras de despedida y se marchaban seguidos de interminables filas de camiones. Hitler, «hondamente desengañado, sí, consternado, sólo les hacía un gesto con la cabeza», contó uno de sus ayudantes, y «sin decir palabra» dejó marcharse a los hombres «que antaño él había hecho poderosos».

Mientras unos se quitaban de en medio, otros, acompañados de los «votos fervientes» de la población, como decía la versión oficial, marchaban al frente. Hacia las diez de la noche Hitler notificó a uno de sus más íntimos colaboradores que pensaba «aligerar» su equipo y envió a dos de sus secretarías, a varios ayudantes, a los taquígrafos y a su médico de cabecera, el doctor Morell, al sur de Alemania. Quizá iría él después, añadió cuando se despidieron. Y a Morell le dijo: «A mí ya no puede ayudarme ninguna droga». Después se retiró, más temprano que de costumbre, a sus habitaciones. Acto seguido, algunos de los que se habían quedado se marcharon junto con Eva Braun y con Bormann a la residencia del Führer, medio vacía de muebles, en la nueva cancillería, para prolongar algún tiempo la fiesta. Ordenaron traer bebidas, trataron de olvidar el mundo espectral del búnker y bailaron una y otra vez al son de la melodía del único disco que encontraron, que hablaba de «rosas rojas como la sangre» y de la felicidad futura. Después, los impactos de la artillería los obligaron a regresar al búnker.

Apenas había corrido la voz de que los dirigentes del partido habían podido marcharse, solicitantes llegados de todas partes asediaron la comandancia, en las proximidades del palacio de Berlín, que era la encargada de dar los pases de salida. En el curso de pocas horas se extendieron más de dos mil permisos de viaje, aunque Goebbels había ordenado que no podía abandonar la ciudad ningún hombre apto para el frente. Aquella misma mañana, el secretario de Estado Otto Meissner, jefe de la cancillería de la presidencia, había comunicado por teléfono que para garantizar la libertad de acción de su oficina se había marchado a Mecklemburgo, y Goebbels le había respondido que lamentaba no poder cumplir ya lo que llevaba deseando doce largos años, a saber, escupirle en el rostro. En su discurso por el cumpleaños de Hitler, difundido por radio, Goebbels aseguró:

Alemania sigue siendo el país de la lealtad. En el peligro celebrará su mayor triunfo. La historia nunca podrá decir al hablar de esta época que un pueblo abandonó a su Führer o que un Führer abandonó a su pueblo. ¡Pero eso es la victoria! [Dios] volverá a lanzar a Lucifer al abismo del que llegó, como tantas otras veces en que estuvo a punto de lograr el poder sobre todos los pueblos.

No dominarán los infiernos este continente, continuó, «sino el orden, la paz y el bienestar». El Führer, sólo él constituía «el núcleo de la resistencia contra

la desintegración del mundo». Y con aquella vehemencia y aquel ímpetu de que disponía exigió dos días más tarde en su último editorial para el semanario *Das Reich* la «resistencia a toda costa», incluso, así escribió, «de niños y niñas», que para detener el asalto de Asia, «arrojan granadas de mano y minas de plato..., disparan desde las ventanas y desde los agujeros de los sótanos y no tienen en cuenta el peligro que corren en esa lucha».

A la mañana siguiente Hitler fue sacado del sueño a eso de las nueve y media, unas dos horas antes de lo habitual. Los impactos de la artillería rusa, le comunicaron, estaban llegando al centro de la ciudad, y un poco después resultó que habían caído obuses, en rápida sucesión, en la puerta de Brandeburgo, en el Reichstag e incluso en la estación de Friedrichstrasse. Cuando poco después Hitler, sin afeitarse y visiblemente consternado, entró en la antecámara, su primera pregunta fue: «¿Qué pasa? ¿De dónde vienen esos disparos?». Cuando Burgdorf le explicó que por lo visto estaban disparando contra el centro desde una posición al noroeste de Zossen, Hitler palideció: «¿Están ya tan cerca los rusos?». Luego se puso en comunicación con el general Koller, el jefe de estado mayor de la Luftwaffe. En unos apuntes de Koller, se lee:

Por la mañana temprano llama Hitler. «¿Sabe usted que Berlín está bajo fuego de artillería? El centro de la ciudad». «No». «¿No lo oye usted?». «No. Estoy en Wildparkwerder». Hitler: «Hay mucho nerviosismo en la ciudad, por ese fuego de artillería de gran alcance. Parece que es una batería sobre vía férrea de calibre pesado. Los rusos deben de tener un puente de ferrocarril sobre el Óder. La Luftwaffe tiene que encontrar y que atacar esa batería inmediatamente». Yo: «El enemigo no tiene ningún puente de ferrocarril sobre el Óder. Quizá haya podido tomar una batería pesada alemana y le haya cambiado la dirección. Pero probablemente se trata de cañones de calibre medio del Ejército de Tierra ruso, con los que el enemigo ya tiene que alcanzar el centro de la ciudad». Larga discusión sobre si es puente de ferrocarril sobre el Óder, si la artillería del Ejército de Tierra ruso puede o no puede disparar contra el centro de Berlín... Hitler sigue empeñado en que yo tengo que localizar y que atacar inmediatamente la batería. Quiere saber en un espacio de diez minutos dónde está esa batería...

Llamo [continúan diciendo los apuntes de Koller] al puesto de mando de la división de la artillería antiaérea, en el búnker del zoo. Recabo información y me entero de que se trata de un calibre de tan sólo diez o doce centímetros. La batería rusa que disparaba había tomado posición por la mañana, junto a Marzahn, observada por la defensa antiaérea, a unos doce kilómetros del centro de la ciudad... Hitler se muestra incrédulo cuando le comunico los hechos por teléfono.

No les falta razón a quienes consideran estos apuntes de la conversación de Koller un documento característico de los prejuicios de Hitler en su trato con la alta oficialidad y con la realidad en general, de las ideas ilusorias con que, sin conocer los pormenores, habla de un «fuego lejano» e improvisa imaginarias baterías de ferrocarril o puentes sobre el Óder. Sus palabras ponen sobre todo de manifiesto, más aún que su escasa información o su información deformada arbitrariamente, la falta de una línea directiva en el cuartel general. Los apuntes de Koller del 21 de abril continúan:

Poco después, Hitler de nuevo al aparato. Quiere números exactos sobre los aviones que están operando al sur de Berlín. Respondo que, como el intercambio de noticias con la tropa ya no funciona muy bien, no se puede recabar al momento ese género de informaciones. Que había que conformarse con las noticias de la mañana y de la tarde, que eran periódicas y llegaban automáticamente; eso lo enfureció muchísimo.

Poco después, Hitler estaba otra vez al teléfono, se lee en varias ocasiones. Una vez quería saber algo sobre los aviones de propulsión a chorro estacionados junto a Praga, otra vez sobre el «ejército privado» que por lo visto mantenía Göring, o se refiere a una carta del industrial Hermann Röchling, y de pronto, constata Koller, se pone a vociferar: «¡Habría que ahorcar al momento a todos los jefes de la Luftwaffe!». Y así continúa, incesantemente: preguntas, órdenes, anulación de órdenes y, entremedias, breves informes sobre la situación: «¡Que el diablo lo entienda!», se desahoga con un suspiro el desconcertado general.

Para recuperar cierta visión de conjunto, Koller intentó hablar por teléfono con Krebs. Cuando tras largos e inútiles intentos lo encuentra a las diez y media de la noche y le pide sobre todo que le informe sobre un ataque de descarga del general de las SS Steiner, ataque mencionado por Hitler pero del que él no sabía nada, Hitler interviene inesperadamente en la conversación. «De pronto», anota Koller, «suena en el aparato su voz excitada: “¿Es que duda usted de mis órdenes? Creo que me he expresado con suficiente claridad. Todas las fuerzas de la Luftwaffe que estén en la zona norte, y de las que se pueda disponer para que operen en tierra, tienen que pasar a Steiner inmediatamente. Todo aquel que retenga tropas será hombre muerto dentro de cinco horas. Usted mismo me responde con su cabeza”».

Un poco después, Hitler se indigna porque ninguno de los taquígrafos a los que él mismo ha dado permiso para marcharse unas horas antes se ha presentado para anotar el informe de un oficial, y como en todos los engaños de su vida, cualquier cosa que pase tiene para él una sola explicación: «¡Traición!». Cuando, ya mucho más avanzada la noche, Walther Hewel, el «delegado permanente ante el Führer del ministro de Asuntos Exteriores», por quien Hitler siente también una gran estima personal, quiere enterarse de las últimas instrucciones y recuerda que ése es, a todas luces, el último momento posible para una iniciativa política, Hitler se levanta y dice «en voz baja y completamente cambiada, mientras salía de la habitación despacio, arrastrando cansinamente los pies: “¿Política? Yo no hago más política. Me repugna. Cuando haya muerto, tendréis bastante política que hacer”».

Los nervios estaban ya a flor de piel, y cada vez con más frecuencia se rompía el dique de inexorabilidad y falsa confianza en la victoria. En el curso de la última conferencia de prensa que dio Goebbels en su residencia detrás de ventanas obturadas con cartones y a la luz de las velas, él atribuyó toda la culpa del fracaso de los grandes proyectos al cuerpo de oficiales y a la «reacción» con la que ellos se habían visto forzados a aliarse. Continuamente, explicaba en largas y prolijas declaraciones, la vieja casta sólo había cometido traición, empezando por el modo en que había descuidado en tiempos de paz los preparativos bélicos y por los fallos en las campañas contra Francia y la Unión Soviética, pasando por el fracaso durante la invasión de los aliados y terminando con el 2.0 de julio.

Cuando uno de sus funcionarios, Hans Fritzsche, jefe de sección en el ministerio, intervino diciendo que no había que olvidar la fidelidad, la fe y la capacidad de sacrificio del pueblo, el ministro, que por lo general solía sopesar sus palabras, explotó diciendo que también el pueblo había fallado. «¿Qué puedo hacer con un pueblo», se indignó, «cuyos hombres ni siquiera luchan cuando sus mujeres están siendo violadas?». En el este, exclamó «con el semblante rojo de ira», se daba a la fuga, y en el oeste recibía al enemigo con banderas blancas. Él no podía tener compasión, ya que ese pueblo había elegido él mismo su destino. En el referéndum sobre la salida de Alemania de la Sociedad de Naciones, en 1933, Alemania había votado libremente contra una política de sometimiento y a favor de una política de riesgo. Y la cosa había salido mal. Y levantándose, Goebbels añadió: «Sí, puede que sea una sorpresa para mucha gente... ¡No se hagan ustedes ilusiones! Yo no he obligado a nadie a ser mi colaborador, lo mismo que no hemos obligado al pueblo alemán. Él es quien ha delegado en nosotros... ¡Ahora les rebanarán a ustedes el pescuezo!». Y al marcharse, ya casi en la puerta, otra vez giró sobre sus talones y dijo a voz en grito: «¡Pero cuando nos marchemos, temblará el orbe terrestre!».

Entretanto, había llegado al búnker la noticia de que, además del mariscal Zhúkov en el sector central y del mariscal Kónev en el sur, también había abierto brecha en las líneas alemanas, junto a Stettin, el segundo frente de los bielorrusos a las órdenes del mariscal Konstantin K. Rokossovski y avanzaba hacia Berlín. Es significativo que Hitler no se decidiera acto seguido a volver a situar todas las fuerzas disponibles en el anillo defensivo en torno a la capital. Antes bien, entendió ese avance como una ocasión para contraatacar furiosamente. Las tropas necesarias para ello las tomó de un banderín que estaba clavado en el mapa estratégico, en la zona de Eberswalde, que llevaba

la indicación «Grupo Steiner». Junto con el noveno ejército del general Busse había de formarse de nuevo a toda prisa una unidad a las órdenes del general de las SS Felix Steiner, con el fin de abrir brecha en el flanco de ataque soviético situado en el sureste y rehacer hasta Cottbus el frente, cuya línea discurría por delante de la capital y ya tenía puntos débiles. «Está expresamente prohibido para todos», advirtió Hitler, «desviarse hacia el oeste. Los oficiales que no se avengan inmediatamente y sin condiciones a esta disposición serán detenidos y fusilados al momento. Usted», le dijo a Steiner, «responde con su cabeza del cumplimiento de esta orden».



El mariscal Ivan Stepanovich Kónev, rival de Zhúkov en la conquista de Berlín.

La dificultad estaba en que el ejército de Busse sólo constaba de grupos sueltos que se defendían desesperadamente contra el inminente cierre del cerco, mientras que el tal grupo Steiner no existía en absoluto. Aunque, para formar esa unidad, habían sido impartidas infinitas órdenes de modo conminatorio, éstas eran en parte contradictorias, en parte impracticables debido a la confusión que reinaba en el frente. Además se había omitido informar al respecto al correspondiente comandante en jefe, el general Heinrici, que al enterarse llamó por teléfono a Krebs.

La operación Steiner, explicó Heinrici, carecía por completo de perspectivas y ponía en peligro a sus unidades; él insistía en retirar por lo menos al noveno ejército, que corría inminente peligro de quedar encerrado, y caso de que no se cumpliera lo que pedía presentaría su dimisión: él prefería, dijo, luchar como soldado raso del Volkssturm a cumplir una orden cuyo único resultado sería un absurdo sacrificio de vidas humanas. Pero Krebs permaneció en sus trece, y ni siquiera sirvió de nada la advertencia de que ambos eran responsables de sus tropas. «Esa responsabilidad», aleccionó Krebs a su interlocutor, «le incumbe al Führer».

Al día siguiente se vio con cuánta más claridad había apreciado la situación Heinrici cuando éste, junto con el jefe de la plana mayor de la Wehrmacht, teniente general Alfred Jodl, se presentó en el puesto de mando de Steiner. Ya antes de empezar a discutir lo que había que hacer, el general de las SS planteó a sus visitantes esta pregunta: «¿Ha visto alguno de ustedes a mis unidades?». Al final de la conversación Heinrici mencionó la orden de atacar impartida por Hitler con esta frase final dirigida personalmente a Steiner: «¡Del éxito de su empresa depende el destino de la capital del Reich!». Cuando Heinrici, seguramente aludiendo al alto rango de su interlocutor en la jerarquía de las SS, añadió: «Usted tiene que atacar, Steiner: ¡por amor a su Führer!», Steiner, fuera de sí, clavó en él la vista un instante y estalló: «¡También es su Führer!».

La confusión aumentaba por horas. El 22 de abril por la mañana fue relevado de su cargo el teniente general Hellmuth Reymann, que, nombrado comandante de la ciudad a finales de febrero, había sido criticado por Hitler y sobre todo por Goebbels debido a su falta de decisión. El coronel Ernst Kaether, que hasta entonces, como oficial nacionalsocialista, tenía a su cargo la instrucción y el control ideológico de la tropa, fue nombrado su sucesor y, saltando dos grados en el escalafón, ascendido excepcionalmente a teniente general. Como Kaether pasó el resto del día haciendo saber a todo el mundo su glorioso ascenso, y de todos modos no respondió a las grandes esperanzas puestas en él, por la noche se vio destituido de su cargo y degradado a coronel.

Al mismo tiempo, corrió la voz de que el general Weidling había trasladado su puesto de mando del sureste de Berlín a Döberitz, al oeste de la ciudad. Cuando Busse y Hitler se enteraron del acto arbitrario del general, ordenaron, independientemente el uno del otro, relevar de inmediato a Weidling, ponerlo ante un tribunal de guerra y fusilarlo. Pero el general, en lugar de someterse, se dirigió directamente al búnker de debajo de la

cancillería. En uno de los pasillos subterráneos se tropezó enseguida con Krebs y Burgdorf y les preguntó sin más por qué lo iban a fusilar. Después de describir la situación de su sector del frente y sobre todo, después de demostrar que su puesto de mando seguía estando en el sureste de Berlín, «alejado sólo uno o dos kilómetros de la primera línea de combate», ambos generales fueron «bastante más amables» y poco después lo acompañaron al búnker de Hitler.

Hitler lo recibió «con el rostro abotargado» y los «ojos de un enfermo en estado febril», recordaría Weidling, y cuando tomaron asiento observó espantado que la pierna izquierda del Führer, incluso estando sentado, «no cesaba de moverse, como un péndulo pero un poco más deprisa». Apenas había empezado a exponer Weidling las relaciones de fuerza en su ámbito de defensa, Hitler empezó a hablar, continúa el informe. Weidling escuchó con «asombro creciente» lo que contaba sobre la defensa de Berlín, sobre cómo las unidades rusas primero habían sido «derrotadas» en el sur de la ciudad y a continuación «aniquiladas», después de haberse visto obligadas a presentar batalla a las unidades de Steiner, de Busse y a otras que habían quedado disponibles. Al mismo tiempo, «otras fuerzas» detendrían al Ejército Rojo por el norte, y al final, en una acción combinada se daría la batalla decisiva. Todavía desde el búnker Weidling informó a su estado mayor sobre la entrevista y dio algunas instrucciones tácticas. Pero al día siguiente, Krebs comunicó al estupefacto general que Hitler lo había nombrado «comandante de la zona de defensa de Berlín». «Habría sido mejor que hubiera ordenado usted mi fusilamiento», respondió secamente Weidling, «así no habría tenido que beber de este cáliz».



El general Helmuth Weidling había participado en la batalla de las colinas de Seelow. El 22 de abril, Hitler dio orden de fusilarlo por un acto arbitrario, pero un día después lo nombraba comandante encargado de la defensa de Berlín.

Pero con eso acabaron las sorpresas. En las conferencias de los días anteriores había surgido varias veces un nombre que, a medida que conversaban, iba adquiriendo importancia creciente y muy pronto despertó las esperanzas más desmesuradas. A primera hora de la tarde, el general Krebs llamó a Heinrici y le informó de que el 12 ejército estacionado en Magdeburgo daría media vuelta y, a las órdenes del general Walther Wenck, marcharía sin demora hacia Berlín; esa decisión, añadió Krebs, había parecido tanto más indicada cuanto que las tropas norteamericanas por lo visto consideraban el Elba como línea de demarcación y no parecían querer atravesar el río.

Como el 12 ejército constaba en una parte considerable de unidades acreditadas en la lucha, completadas además por fuerzas de refresco, no carecían por completo de base las esperanzas que suscitaba. Pero también había que tener en cuenta que esa unidad, que aún no estaba formada de todo, carecía por completo de experiencia en operaciones conjuntas. Más grave aún, algo que en el mundo de banderines del búnker no se había tenido o tal vez no se había querido tener en cuenta, era el hecho de que Wenck no disponía de un solo carro de combate, de casi ninguna artillería antiaérea para defenderse contra la poderosa aviación enemiga y que las dos divisiones que

le habían prometido de firme aún no habían llegado ni llegarían nunca. A ello se añadía que, en el espacio de pocos días, el territorio del 12 ejército se había convertido en una inmensa caravana de casi medio millón de refugiados que habían llegado hasta el Elba huyendo del Ejército Rojo, pero que después fueron detenidos por las tropas norteamericanas apostadas a la otra orilla del río. Formaban, engrosados día tras día por la serie interminable de convoyes que se iban añadiendo, una especie de vanguardia de los millones de personas que durante los meses siguientes serían expulsadas, llevadas a campos de concentración o condenadas a trabajos forzados en el este.

Pero Heinrici no pretendía en absoluto llamar la atención de Krebs sobre el sinnúmero de dificultades que frenaban o que incluso impedían cualquier plan operativo. Lo que tenía proyectado desde días atrás, desobedeciendo cada vez más abiertamente las órdenes del búnker, era hacer pasar de largo junto a Berlín al grupo de ejércitos del norte y del sur y evitarle a la ciudad una lucha dramática y, desde hacía mucho tiempo, absurda. En lugar de ello, las unidades deberían acercarse lo más posible a las líneas inglesas y americanas. Por consiguiente aprovechó la noticia para ordenar al general Busse que se abriera paso hacia el oeste con todas las fuerzas disponibles y que saliera al encuentro de Wenck. Cuando Busse, acatando las órdenes del Führer, puso objeciones, Heinrici dijo lacónico que era una orden y cortó la conversación.

Sólo resistían la voluntad y la engañosa esperanza en el continuamente anhelado derrumbe de la «perversa coalición entre la plutocracia y el bolchevismo», como Goebbels repetía sin cesar. Toda la resistencia militar tenía la finalidad de ganar tiempo, unos pocos días, no se cansaba de afirmar Goebbels, y con aquella osadía de que estaba tan orgulloso hablaba de la oportunidad inminente de hacer causa común con el bando ruso contra los aliados occidentales. Sin embargo, en la conferencia del 22 de abril se disiparon de golpe las ilusiones constantemente renovadas pero, sin duda, cada vez más difíciles de mantener.

La agitada conferencia empezó por la tarde, poco después de las tres, y se prolongó, con constantes idas y venidas, hasta las ocho de la noche. La noticia inicial de que los rusos también habían conseguido abrir brecha en la zona norte del frente del Óder, Hitler todavía pareció aceptarla con serenidad estoica. A continuación, los ponentes informaron de que el enemigo había tomado Zossen en el sur y avanzaba hacia Stahnsdorf, que operaba en el límite norte de la ciudad, entre Frohnau y Pankow, y en el este había llegado hasta la línea Lichtenberg, Mahlsdorf, Karlshorst. En el silencio que siguió

Hitler preguntó enseguida por el grupo Steiner. Cuando sólo le dieron informaciones dilatorias o contradictorias y al final Krebs tuvo que confesar que el ataque de Steiner, el ataque que debía traer el cambio, no había tenido lugar, tras una breve y estupefacta cavilación estalló la tormenta.

En una explosión como nunca había presenciado ninguno de los circunstantes, Hitler se levantó de golpe de su asiento, arrojó sobre la mesa, con un movimiento de cólera, los lápices de colores que siempre llevaba consigo durante las conferencias y empezó a vociferar. Su voz, desde hacía semanas apagada y apática, recuperó algo de su antiguo vigor. Buscando dificultosamente las palabras, lanzó una acusación general contra el mundo, contra la cobardía, la vileza y deslealtad que imperaban por doquier. Increpó a los generales, se quejó de la resistencia continua a que había tenido que hacer frente; desde hacía años estaba rodeado de traidores y de fracasados. Mientras todos miraban consternados al vacío, Hitler se abrió camino con movimientos inseguros y con paso vacilante empezó a recorrer de un extremo a otro la pequeña habitación. Varias veces trató de recobrar la serenidad, pero enseguida volvía a explotar, fuera de sí se golpeaba con el puño la palma de la mano, mientras que las lágrimas le caían por las mejillas: en tales condiciones, repitió varias veces, él no podía seguir siendo el Führer, sus órdenes se las llevaba el viento, él ya no sabía qué hacer. «¡La guerra está perdida!». «¡Pero si ustedes, señores, piensan que voy a abandonar Berlín, se equivocan de parte a parte! ¡Prefiero pegarme un tiro en la sien!». Cuando llamaron a Jodl por teléfono, Hitler mandó salir a los asistentes a la conferencia y pidió sólo a Keitel, a Krebs y a Burgdorf que se quedaran.

Fuera, en las habitaciones y hasta el pie de la escalera, se habían reunido, asustados por el estruendo, los habitantes del búnker. Mientras estaban todos allí, intercambiando comentarios y enmudeciendo a veces angustiados cuando el búnker temblaba bajo el impacto de un obús cercano, Hitler salió de pronto de la sala de conferencias y sin mirar a derecha ni a izquierda, encorvado y pálido, como dice el informe de un testigo presencial, se abrió camino hasta sus habitaciones particulares. En la confusión que siguió, Bormann iba de uno a otro y repetía consternado: «¡El Führer no puede haber dicho eso en serio, que quiere pegarse un tiro!», mientras Keitel le pedía a cada uno de los presentes: «¡Tenemos que impedirle al Führer que haga eso!».

Cuando se calmó la tormenta, Hitler pidió a algunos de los participantes en la conferencia que hablaran a solas con él: Keitel, Dönitz, Krebs y Burgdorf, y también a Hermann Fegelein. Hacia las cinco mandó llamar a Goebbels, al que Bormann tuvo el tiempo justo de decir que por encima de

todo convenciera al Führer para que se retirase a la fortaleza de los Alpes. Pero Goebbels hizo como si no oyera a «ese sujeto de la GPU^[7]». Algunos datos hablan incluso a favor de que su oferta de morir junto con el Führer fue lo que movió definitivamente a Hitler, que todavía dudaba, a quedarse en Berlín. En cualquier caso, justo después de la conversación Goebbels se dirigió al despacho de enfrente y dijo a la secretaria, a la señora Junge, que su mujer y sus seis hijos se trasladarían al búnker ese mismo día. Más frío y más desapasionado que en sus discursos de victoria, indicó también que los niños sólo podrían traer un juguete cada uno y que deberían venir sin mucha ropa de dormir porque todo eso «ya no era necesario». Al cabo de un rato, Hitler, recobrada visiblemente la presencia de ánimo, regresó a la sala de conferencias. Había llegado el final, declaró, ya no tenía esperanza. Y cuando casi todos los presentes le contradijeron aludiendo a las unidades todavía disponibles, al ejército de Wenck que ya se acercaba, a Busse y también al grupo de ejércitos que operaba en la zona de Dresde bajo el fiel mariscal de campo Ferdinand Schörner, Hitler respondió encogiéndose de hombros: «Hagan ustedes lo que quieran. Yo ya no doy órdenes».



«¡Está llegando el ejército Wenck!» era la consigna que los propagandistas del régimen difundieron durante los últimos días de la guerra para mantener viva la esperanza. Pero el teniente

general Walther Wenck ni siquiera consiguió formar una unidad de combate, y las fuerzas con las que avanzó para liberar la capital quedaron detenidas a finales de abril en Ferch, al suroeste de Berlín.

Se hizo una pausa bastante larga. Luego Hitler añadió que esperaba la muerte en la capital del Reich, que no se dejaría llevar a más sitios y que nunca debería haber abandonado el cuartel general de Rastenburg, en Prusia oriental. Rechazó todas las objeciones, tampoco tuvo éxito la llamada de Himmler, que trató de hacerle cambiar de parecer por teléfono, y cuando Ribbentrop propuso escuchar a los expertos, lo rechazó sin más explicaciones. Dijo que, contrariamente a su opinión anterior, no se enfrentaría armado con los rusos, para evitar el peligro de caer herido en manos del enemigo. Y tampoco estaba físicamente en condiciones de luchar. Pero, emocionado por la solemnidad del momento, no pudo menos de afirmar que caería sobre las gradas de la cancillería del Reich, y trastornado por la escena, tan dramática como sacrílega, repitió esas palabras varias veces. Para cortarse todo camino de retorno, dictó al momento una declaración según la cual él se quedaba en Berlín y se hacía cargo de la defensa de la ciudad.

Luego se retiró con Keitel, Jodl, Goebbels y algunos otros a sus habitaciones. Hizo llamar a su ayudante, Julius Schaub, y le ordenó que sacara los papeles personales guardados en la caja fuerte a los pies de la cama o dondequiera que fuese, que los llevara al jardín y los quemara allí. En vista de las inquietantes noticias sobre las tropas soviéticas que, dispuestas al ataque, llegaban de todas partes en dirección al centro, nombró al jefe de brigada de las SS, Wilhelm Mohnke, condecorado en múltiples ocasiones y miembro desde 1933 del «regimiento personal», jefe de operaciones de la «ciudadela», el último cinturón de defensa de Berlín. Puso a Mohnke directamente a sus órdenes y le entregó el mando sobre los aproximadamente cuatro mil SS estacionados en la ciudad y sobre algunas unidades menores de las tres armas de la Wehrmacht y de las Juventudes Hitlerianas. A continuación ordenó a Keitel y a Jodl que fuesen a Berchtesgaden con sus estados mayores y que, junto con Göring, tomaran las determinaciones necesarias. Cuando uno de los presentes indicó que ningún soldado lucharía a las órdenes del mariscal del Reich^[8], Hitler replicó: «¡Quién habla de luchar! Aquí ya no hay mucho por lo que luchar, y si se trata de negociar, el mariscal del Reich sabe hacerlo mejor que yo».



El general de las SS Wilhelm Mohnke, a quien Hitler nombró el 22 de abril comandante en jefe para la defensa de la «ciudadela» (cancillería y zona de los edificios del gobierno).

Al final, cuando todos seguían allí agotados e indecisos, Keitel intentó una vez más hacer cambiar de opinión a Hitler. Por primera vez, dijo, él no podía obedecer las órdenes del Führer y se negaba a ir a Berchtesgaden. Pero Hitler respondió que «nunca —¡nunca!— abandonaría» Berlín. La nueva protesta de Keitel originó una breve y violenta discusión a la que Hitler puso término observando que se negaba a seguir escuchando al mariscal. Pero cuando Keitel continuó diciendo que el Führer no debía dejar en la estacada a la Wehrmacht, Hitler, ofendido, lo expulsó de la habitación. Al salir, Keitel se volvió a Jodl y dijo a media voz: «¡Esto es el final!».

Esa misma noche, Keitel se dirigió al puesto de mando del 12 ejército, que se había instalado en la superintendencia de montes Alte Hölle, junto a Wiesenburg, a unos sesenta kilómetros al este de Magdeburgo. Nada más entrar en la sala, el jefe del alto mando de la Wehrmacht, Wenck, vio confirmados todos los prejuicios del jefe de tropa contra el oficial de estado mayor. Porque Keitel se había presentado, con gran aparato, acompañado de séquito y, apenas hubo saludado llevándose al borde de la gorra el bastón de mariscal, entró en materia: «¡Libere usted Berlín!», dijo. «Diríjase allí con

todas las fuerzas disponibles. Únase al noveno ejército. Saque de allí al Führer. En sus manos, Wenck, está la salvación de Alemania».

Como Wenck sabía que llevar la contraria era inútil y sólo comportaba pérdida de tiempo, a todas las instrucciones respondía que haría naturalmente lo que ordenaba el mariscal general. Sin embargo, cuando Keitel se marchó hacia las tres de la mañana, llamó a su estado mayor y declaró que, en contra de lo ordenado, no avanzarían con todas las fuerzas hacia Berlín, sino que intentarían acercarse lo más posible al noveno ejército. El objetivo era abrir y mantener abierto un largo camino de huida hacia el oeste. En cuanto a Hitler, sólo añadió que «el destino de un solo individuo carece ahora de importancia».

La aplastante noticia de la conferencia del 22 de abril se propagó a la velocidad del viento. Hewel se lo dijo a Ribbentrop, Jodl al general Koller, el general de división Christian la transmitió a Berchtesgaden, al mariscal del Reich, y Fegelein se puso en contacto con Heinrich Himmler en su nuevo cuartel general de Hohenlychen, no lejos de Berlín. El jefe de las SS, que llevaba mucho tiempo tomando posición para la inminente lucha de poder por la sucesión de Hitler, vio llegada la hora decisiva: el informe de Fegelein no venía a significar otra cosa que la abdicación del «Führer». Sin embargo, aunque sus consejeros le urgían a ello, en su limitación de vasallo seguía dudando si hacer pública su reivindicación, toda vez que su prestigio ante Hitler había caído en picado. Pero en cualquier caso se animó a tomar contacto aquí y allá a fin de lograr una entrevista con el general Eisenhower. Según declaró, su intención era convencer al general en jefe norteamericano de que él, con sus SS, podía ser útil; él no quería lograr únicamente un armisticio en el oeste, añadió, sino sobre todo recibir material bélico norteamericano para trabar combate inmediatamente con el Ejército Rojo. «Entonces lo conseguiré», declaró a los que le rodeaban y ya empezaba a considerar si lo adecuado era una inclinación de cabeza o un apretón de manos cuando se reuniera con Eisenhower. Consciente de la operación de gran estadista que iba a poner en marcha añadió con apenas disimulado desdén: «En Berlín todos se han vuelto locos». Lo que no fue capaz de comprender era que eso mismo era aplicable a Hohenlychen.



La que es probablemente la última foto de Hitler. Está, junto con Julius Schaub, miembro de las SS y su ayudante de muchos años, ante una puerta de la destruida cancillería, a finales de abril.

CAPÍTULO CUARTO

Puntos finales

En la capital reinaba gran confusión. Cada mañana se ponían en marcha comandos de emergencia, reunidos apresuradamente, que reforzaban las barreras de las calles, cavaban fosos antitanques o levantaban con maderas y cemento defensas rudimentarias. Aunque en las afueras de la ciudad se habían colocado por todas partes letreros que decían «Prohibido a los refugiados quedarse en la capital del Reich», por las calles aún accesibles pasaban convoyes interminables con caballos, carretas y también ganado, que la gente traía de su tierra, y muchas veces se metían en la zona de combate. Las estaciones estaban atestadas de trenes de mercancías detenidos, cargados de víveres, de tropas de refuerzo y heridos. Sin duda, los bombardeos habían cesado desde que estaba cerca el Ejército Rojo. Pero la ciudad seguía iluminada por los incendios, y tampoco desaparecía el torbellino de polvo incandescente y de partículas de ceniza que caían como una lluvia fina y cubrían con una capa caliza las fachadas, los árboles y a los hombres. Aviones rusos de vuelo rasante sobrevolaban incesantemente la ciudad. Incluso seguían funcionando las sirenas, cuyo estruendo atacaba los nervios de los berlineses desde hacía semanas, pero ahora, con un sonido estridente e ininterrumpido, indicaban «alarma de tanques». Se veían por doquier vehículos militares quemados o abandonados por falta de carburante. La artillería soviética, que había tomado posición alrededor de la ciudad, llegaba ya a todos los barrios y con sus proyectiles incendiaba una casa tras otra antes de que avanzara la infantería. Incluso las ruinas volvían a prender fuego a veces, como consignan con extrañeza diversas anotaciones que recuerdan esas semanas.

Cada día había más fábricas, talleres y servicios de todo género que suspendían el trabajo. A menudo faltaba agua y electricidad durante varias horas, desde el 22 de abril se condenaba a muerte a quien guisara con cocina eléctrica. En el asfalto reblandecido se amontonaban los escombros y la basura y, junto con el olor omnipresente a carne quemada, despedían un hedor

insuportable. Sobre todo en los barrios del centro, la gente no salía durante días de los sótanos y de los pasillos subterráneos del metro. Las personas que lo intentaban se cubrían el rostro con paños húmedos para protegerse de los vapores cáusticos del fuego y el fósforo. La simple supervivencia costaba un esfuerzo inmenso. Los últimos periódicos, así como los bandos fijados en las columnas de anuncios, contenían una mezcla llamativa de consignas de victoria y de amenazas, además de consejos, muchas veces curiosos, sobre cómo superar los inmensos peligros de la vida diaria. Para «mejorar la base de proteínas», decía una de esas recomendaciones, la población debía ir a los numerosos lagos y estanques de la ciudad a cazar ranas, lo que se conseguía fácilmente con «trapos de colores» que debían ser «arrastrados por la superficie del agua cercana a la orilla».

Faltaba de todo. Los soldados del Volkssturm, que se reunían en los lugares convenidos, eran transportados al frente en autobuses y tranvías, en la medida en que éstos todavía circulaban. Como los rusos ya habían conquistado bastante al principio tres depósitos de armas o municiones de las afueras, y faltaban los medios de transporte para aprovisionarse en los depósitos del casco interior, de Grunewald y Tiergarten, pronto más de la mitad de los defensores marchaba contra el enemigo con sólo un brazalete y la orden de proveerse de carabinas y lanzagranadas en el campo de batalla quitándoselas a muertos y a heridos. Pese a tanta deficiencia, Hitler había dado orden de llamar a las armas, a unas armas inexistentes, a los nacidos en el año 1929.

Con la certidumbre de que todo estaba perdido, se puso abiertamente de manifiesto el deseo urgente del régimen de ajustar cuentas, un deseo demorado mucho tiempo y recubierto por una apariencia de justicia legal. Las cárceles estaban abarrotadas de presos políticos, sobre todo desde la gran oleada de detenciones a raíz del 20 de julio de 1944. En la primera mitad de abril, Himmler había ordenado no dejar vivo a ninguno de los encarcelados, poniendo así en marcha la maquinaria de matar en todos los territorios que todavía estaban en poder de sus propias unidades. Cuando al acercarse la vanguardia rusa fue cerrada la cárcel de la Lehrter Strasse, quedaron libres algunos presos que tenían pocos cargos, y se aseguró a los demás que serían puestos en libertad cuando llegaran al cuartel general de la Gestapo, que tenía su sede en el palacio del Príncipe Albrecht. Hacia la una de la madrugada se puso en marcha un grupo de SS armados hasta los dientes, escoltando a los presos, que los llevaron, supuestamente para acortar el camino, por un terreno de escombros que había cerca y, a una señal convenida, los mataron de un tiro

en la nuca. Entre los asesinados estaban Klaus Bonhoeffer, Rüdiger Schleicher, Friedrich Justus Perels y Albrecht Haushofer.

Al mismo tiempo, los informes sobre la moral de la tropa llegados de todas partes consignaban un aumento de las depresiones y hablaban de una tendencia contagiosa a conversar sobre el modo más seguro de quitarse la vida. La auxiliar de defensa antiaérea Inge Dombrowski, decía un informe, pidió a su jefe de compañía que la matara de un tiro. El joven teniente, después de angustiosas vacilaciones y de tratar de demorarlo, accedió a la petición y acto seguido se suicidó. Poco a poco se fueron apagando los rumores sobre la gran ofensiva que el «Führer» llevaba preparando largo tiempo. En su lugar corrió por enésima vez la voz de que el ejército de Wenck ya estaba cerca de Potsdam y se preparaba para dar un golpe de aniquilamiento. Al mismo tiempo se hablaba de que los norteamericanos habían concentrado tropas de paracaidistas al otro lado del Elba para ayudar a la Wehrmacht en su lucha contra el Ejército Rojo. Pero ya casi nadie daba crédito a éstas y a otras historias cuyo origen propagandístico era demasiado evidente. El fatalismo y el humor cáustico con que los berlineses venían bandeándose desde generaciones atrás por entre las continuas calamidades de la vida, reaccionaba ante el final inminente con la canción de moda «Por eso no se hunde el mundo...». Los vecinos se silbaban la melodía unos a otros por las calles. La canción se convirtió en una especie de consigna, lo mismo que el saludo de despedida «¡Que quede usted sobrante!».

Los síntomas del desmoronamiento se daban entretanto incluso en el entorno más cercano de Hitler. Cuando Albert Speer volvió al búnker a última hora de la tarde del 23 de abril para despedirse de Hitler con «sentimientos encontrados», percibió a cada paso los pequeños pero sintomáticos signos de un relajamiento de la disciplina: se fumaba en las antecámaras, y aquí y allá había botellas medio vacías. Y cuando Hitler entraba en alguna habitación raras veces se levantaba alguno de los que estaban allí, y casi nadie interrumpía la conversación cuando él pasaba.

Hitler daba una impresión de serenidad melancólica y hablaba de la muerte como de una liberación. Contra todo lo que se podía esperar, ni siquiera se encolerizó cuando Speer acabó confesando que desde hacía meses venía incumpliendo las órdenes que había recibido de destruir edificios. Parecía más bien, como sucedió varias veces en el curso de la visita, estar absorto en pensamientos remotos mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Como si ya hubiera dejado demasiado al descubierto sus sentimientos, unas horas después despidió a la tardía visita con una indiferencia casi desdeñosa

y, eso creyó notar Speer, como si ya no perteneciera al círculo de los íntimos. Cuando, durante el camino de vuelta, Speer atravesaba los deteriorados salones de la cancillería que él había construido seis años antes como «primer testimonio arquitectónico del Reich de la Gran Alemania», involuntariamente le vino la idea de cuánto más adecuado habría sido el final de su vida si Hitler, como Speer había esperado en un primer momento, hubiera hecho venir un piquete de ejecución que lo fusilara.

Pocas cosas podían indicar con más claridad que Speer, sin embargo, seguía perteneciendo a ese círculo. Porque aquello revelaba el mismo modo de pensar que llevaba a todos, empezando por Hitler, a despreciar la vida: a los Goebbels, Krebs, Burgdorf y Mohnke junto con las centurias del «regimiento personal Adolf Hitler», y a los innumerables soldados que aún luchaban encarnizadamente en el Berlín bloqueado. El historiador británico A. J. P. Taylor ha calificado de «gran misterio» que tantos alemanes, irreflexivamente y, por decirlo así, cuando todo había terminado, siguieran luchando sobre las ruinas del Reich desaparecido. Como los alemanes no tenían ningún recuerdo de aquello, añadió con un sarcasmo teñido de cierta perplejidad, nunca se sabría la respuesta.



Las infinitas penalidades de la mera supervivencia: la célebre fotografía, tomada a finales de 1943 después de un bombardeo de los aliados, ha retenido, como en una metáfora fotográfica, la perpetua tragedia de muchos habitantes de Berlín.

Pero esos soldados de la zona interior de defensa no es que marcharan sin más, desesperados y obedientes, al encuentro de la muerte. Más bien se puede estar bastante seguro de que no pocos de ellos, de un modo extrañamente confuso, vivían como un desquite aquel combate furioso de los últimos días. Lo que para ellos, contra toda razón, justificaba la resistencia no era sólo la idea hondamente arraigada de que todo lo que en el mundo era grande de verdad sólo quedaba sellado mediante la muerte y la destrucción. Ellos se sentían además llamados o incluso ya elevados a figuras activas del acto final de una tragedia de la historia universal, y tragedias de esas dimensiones, así lo habían aprendido, conferían incluso a lo que parecía absurdo un sentido más

alto. Amar sin remisión las situaciones insolubles era ya desde hacía mucho tiempo uno de los rasgos característicos de por lo menos una pequeña parte del pensamiento alemán. Una larga tradición filosófica, que había proclamado en confusas teorías la «vocación histórico-universal de los alemanes por el radicalismo» y descubierto el «pesimismo heroico» como herencia sobre todo de los pueblos germánicos, allí, accesible para todo el mundo a través de una profusa literatura didáctica, se veía confrontada con pruebas sublimes, y también de aquel «osar tener miedo a la nada» de Heidegger podían deducirse razones para oponer la máxima resistencia.

Todo ello producía una satisfacción incomparable a muchos de quienes participaban en los combates encarnizados y terriblemente sangrientos que se libraban en las ruinas y en los sótanos de la ciudad a punto de sucumbir. «Un ímpetu sereno desconocido hasta entonces», recordaba un oficial alemán, «una firmeza indescriptible, confianza en la victoria y disposición a morir..., éstos eran los factores determinantes de nuestra lucha... aunque Zhúkov defendiera la ciudad con los puños, lo iba a pagar caro, aunque nosotros tuviéramos que defenderla con la pistola».

A eso venía a añadirse, por lo menos en las unidades de élite y no sólo de las SS, su firme ideología y la fe en Hitler y en su mensaje. Todos ellos estaban preparados para hacer frente a situaciones desesperadas. La idea de que vivían en una época de «conflagraciones mundiales» con un final trágico formaba parte, por decirlo así, de su equipamiento básico. Durante toda la época en que detentó el poder, el régimen había conseguido una y otra vez enardecer los ánimos produciendo a voluntad crisis a «vida o muerte». La serie de «golpes de fin de semana» de Hitler durante la década de los treinta ya formaba parte de ello. Pero la armonía consigo mismos no la lograron, tanto él como sus seguidores, hasta más tarde, sobre todo en los pomposos actos en honor de la muerte organizados durante la guerra: tras la derrota de Stalingrado, por ejemplo, con aquel discurso de Göring, especie de explosión de júbilo ante la muerte, sobre la «sala de los Nibelungos hecha de fuego y sangre» o con el llamamiento a la guerra total, escenificado por Goebbels, que terminó «en un caos de fanático entusiasmo». Nunca se empeñó tanto el gobierno en ganarse al país como en la proximidad de abismos imaginados o ya realmente inminentes.

Por último no hay que dejar de llamar la atención sobre el *shock* del desencanto que aumentaba por días. Año tras año, incluso en las últimas semanas, el fraude propagandístico del régimen, cuidadosamente preparado, había ocultado a la población la realidad de la guerra, presentando hasta las

más fuertes derrotas como trampas para los enemigos, cuya superioridad era sólo numérica. Ahora, el sistema de las mistificaciones se había derrumbado de golpe, y, como siempre que se rompen los velos y la realidad reconquista el poder, se generalizó una actitud suicida de desprecio a la vida. Se añadía un miedo, difícil de describir, ante los deseos de venganza del Ejército Rojo, un miedo en el que las horribles imágenes tradicionales sobre los «bárbaros del este», las vagas sospechas de las atrocidades cometidas por numerosas unidades alemanas durante la campaña contra la Unión Soviética, así como las imágenes amenazantes presentadas por la propia propaganda se convirtieron en misteriosos signos que de pronto cubrían todas las paredes anunciando la catástrofe^[9].

El promotor y, al mismo tiempo, prisionero de esa política de máxima tensión nerviosa era el propio Hitler, y hay momentos en que se tiene la impresión de que necesitaba como una droga esos malabarismos sobre la cuerda floja. Las rápidas victorias sobre Polonia, Noruega y Francia al comienzo de la guerra sólo le habían procurado satisfacciones pasajeras, que pronto le resultaron insípidas, y a la decisión, tomada ya en los días del triunfo sobre Francia, de atacar a la Unión Soviética probablemente contribuyó el deseo de poner por fin seriamente a prueba al destino. Ahora, por decirlo así, había llegado a la meta. En las últimas conferencias de finales de abril, en las que explicaba una y otra vez, aunque dando razones distintas, por qué, contra todo lo que antes tenía proyectado, quería quedarse en Berlín y morir allí, aparece con toda claridad ese entramado de motivos.

Lo que sentía, a pesar de, o gracias a las noticias catastróficas que le llegaban, eran complejas sensaciones de satisfacción: una vez más la dicha de estar entre la espada y la pared. En el transcurso de una de las conferencias, Hitler, con énfasis apenas disimulado, habló de un «final glorioso» preferible a cualquier perspectiva de «seguir viviendo unos meses o años en la deshonra y la ignominia»; en otra ocasión encomió aquel sector bloqueado de la ciudad, el de los edificios del gobierno, como «la última islita» que se defendía «heroicamente», o aseguraba al grupo que rodeaba la mesa de los mapas que «no era un mal final perder la vida luchando por la capital de su imperio». Toda la escala de sentimientos, con la yuxtaposición de desvarío, rebelión y resignación, sale a la luz en un resumen de diversos comentarios que hizo Hitler en el curso de la conferencia del 25 de abril:

Para mí no hay duda: la batalla ha alcanzado aquí [en Berlín] un punto culminante. Si realmente es cierto que en San Francisco va a haber disensiones entre los aliados —y las habrá—, entonces sólo puede venir un cambio si yo le asesto un golpe en un punto al coloso bolchevique. Entonces tal vez se

convenzan los otros de que sólo hay uno que está en situación de pararle los pies al coloso bolchevique, y ése soy yo y el partido y el actual Estado alemán.

Si el destino lo decide de otra manera [dice después], yo desaparecería como un oscuro fugitivo del escenario de la historia. Pero me parecería mil veces más cobarde suicidarme en el Obersalzberg que permanecer aquí y caer aquí. No hay que decir: usted, por ser el Führer...

Yo soy el Führer^[10] mientras pueda guiar realmente. No puedo guiar si me quedo en cualquier monte... Para mí, personalmente, es sencillamente insoportable mandar fusilar a la gente por cosas que hago yo mismo. Sólo para defender un Berghof..., no, para eso no he venido al mundo.

En una retrospectiva general, que es en realidad el documento político final de su vida, Hitler explicó para qué había venido al mundo y por qué había sido llamado a una misión histórica. A juzgar por los informes de su entorno inmediato, desde su regreso a Berlín pasó en el búnker muchas tardes de febrero, y más tarde de abril, con Goebbels y Ley, a veces también se unió a ellos el ministro de Economía, Walther Funk. Durante esas reuniones hacía, en largos monólogos, una especie de resumen de su vida, no sólo examinando los condicionamientos y las posibilidades de su política, sino también enumerando los errores y las faltas que había cometido. A continuación, uno de los interlocutores daba coherencia y forma a aquella locuacidad, como siempre ampulosa y desordenada.

Al principio de sus consideraciones, Hitler presentaba siempre el fracaso, nunca superado, de su idea central: la alianza germano-inglesa. Año tras año, declaraba, había hecho la corte al Imperio Británico, persiguiendo con ello la idea de mantener alejados de los asuntos del viejo mundo a Rusia y a Estados Unidos; por tanto, él, sólo él había sido la «última oportunidad de Europa». En lugar de admitir eso, todo el mundo se había escandalizado de las duras consecuencias que se derivaban de esa política. «Pero Europa», añadió, «no podía ser conquistada con simpatía y persuasión. Había que violarla para conseguirla». De ese proyecto formaba parte obligar a las falsas potencias mundiales románicas Francia e Italia, superadas por el proceso histórico, a renunciar a su anacrónica política de grandeza.

Todo dependía de Inglaterra, e Inglaterra, explicaba, gobernada por políticos miopes y obtusos, le había rechazado a él una y otra vez. Ojalá el destino, se lamentaba, hubiera deparado a una Inglaterra vieja y esclerótica «otro Pitt..., en lugar de ese borracho enjudiado y medio americano», Winston Churchill. Entonces el gobierno insular se habría consagrado con toda su fuerza a la conservación y al bien del imperio, mientras que Alemania, libre de trabas, habría cumplido su misión, «la meta de mi vida y la causa del auge del nacionalsocialismo: el exterminio del bolchevismo».

Porque la conquista del este, a su juicio, había sido desde tiempos inmemoriales la misión de la política alemana, y renunciar a ella era mucho

peor que el riesgo nunca eludible de una derrota: «Estábamos condenados a la guerra», explicaba. Por desgracia para él, la había empezado muy tarde militarmente, en cambio demasiado pronto psicológicamente. Porque el pueblo alemán aún no estaba en absoluto preparado para el gran combate decisivo que le había sido encomendado: «Yo habría necesitado veinte años para que se formara una nueva élite nacionalsocialista». Pero le había faltado tiempo para ello. Siempre había sido la tragedia de los alemanes «no tener nunca tiempo suficiente». Todo lo demás era una consecuencia de ello, incluida la falta de equilibrio interior. Entretanto, él había comprendido que su «desgracia» personal había sido «gobernar a un pueblo tan inconstante y tan influenciable como ningún otro», a un pueblo tan versátil como el alemán, que en el pasado «había caído», con extraña indiferencia, «de un extremo en el otro».

Al mismo tiempo, continuó, él también había cometido errores y hecho concesiones que no obedecían a ningún beneficio propio ni a ninguna necesidad. Si lo miraba con frialdad, tenía que considerar la amistad con el Duce uno de los grandes errores que posiblemente le costarían ahora la victoria. La fidelidad que le había profesado le impidió hacer una política revolucionaria en el norte de África y en el conjunto del mundo islámico, sobre todo desde que Mussolini cometiera la ridiculez de hacerse nombrar, por gente pagada e intimidada, «espada del islam». Casi más fatal aún había sido la actuación en el terreno militar. La entrada de Italia en la guerra les deparó de inmediato a los enemigos sus primeras victorias y con ellas un nuevo optimismo. Además, la invasión perfectamente «estúpida» de Grecia había demorado seis semanas el comienzo de la campaña contra Rusia y provocado, en el curso de la operación, la catástrofe invernal a las puertas de Moscú: «¡Todo habría sido distinto!», decía suspirando. La razón le dictaba una «amistad brutal» con Italia. En lugar de ello, él siempre había cedido al sentimiento del buen aliado.

Había sido su falta de dureza, observó finalmente Hitler, lo que le había arrebatado la ya segura victoria. Sólo podía envanecerse de haber luchado contra los judíos, como él decía, «en guerra abierta» y de «haber [limpiado] el espacio vital alemán del veneno judío». Pero para todo lo demás, a él le había faltado decisión: cuando no eliminó sin miramientos a los conservadores alemanes, sino que trató de hacer una política revolucionaria con aquellos «caballeros de la política»; también cuando en España y Francia omitió liberar a los trabajadores de las manos de una «burguesía fosilizada». Debería haber llamado a la rebelión a los pueblos de las colonias de todo el mundo, a

los egipcios e iraquíes, así como a la totalidad del Oriente Próximo: «El mundo islámico esperaba tembloroso nuestras victorias», declaró. Qué fácil habría sido ponerlo en ebullición: «¡Piénsese en nuestras posibilidades!». Si él fracasaba, no lo habría perdido su radicalismo, dijo, sino su falta de decisión, su incapacidad para llegar a las últimas consecuencias. Ésa era también la clara visión de las cosas que tuvo ya muy pronto, que había proclamado cientos de veces y que sin embargo, como ahora veía, no había aplicado con la suficiente decisión: «¡La vida no perdona ninguna debilidad!».

Ese fallo se lo reprochó a sí mismo, como también muestran las actas de las últimas conferencias, hasta el final. Durante la toma del poder, explicó en la conferencia del 27 de abril, se había visto constantemente forzado a hacer concesiones a lo largo de los meses anteriores a la muerte de Hindenburg, ocurrida en agosto de 1934. Cuánto más radicalmente podía haber procedido, se lamentaba, sin la camarilla en torno a aquel «bicharraco» del pasado; él habría tenido que «eliminar» a «miles» de personas. Da una visión muy interesante de los impulsos soterrados del régimen hitleriano el hecho de que Goebbels le secundara añadiendo que había sido una lástima la falta de resistencia de Austria durante la anexión de 1938: «Habríamos podido hacer añicos todo aquello».

Como si con ello hubiera recibido un nuevo argumento para su determinación de no abandonar Berlín, Hitler añadió que, si se quedaba en la capital, era también para proceder de allí en adelante con mayor justificación contra cualquier signo de debilidad. En este conjunto hay que incluir también su quejumbroso comentario sobre la verdadera causa de los ataques de desesperación que le acometían con frecuencia cada vez mayor: «Después, uno se arrepiente de haber sido tan bueno».

CAPÍTULO QUINTO

Banquete de la muerte

El 23 de abril, a primera hora de la tarde, llegó al búnker un telegrama de Berchtesgaden. En él preguntaba Göring si la determinación de Hitler de «quedarse en la fortaleza de Berlín» ponía en vigor el decreto del 29 de junio de 1941, que lo designaba a él, al mariscal del Reich, sucesor del Führer con plenos poderes, caso de que Hitler se viese privado de su libertad de acción.

Göring no solicitaba esa información a la ligera. Su decisión había estado precedida de largas reflexiones. El general Koller, que había llegado de Berlín por orden expresa suya, le había informado de lo ocurrido últimamente en el búnker. Sobre todo la intención irrevocable de Hitler de quedarse en la capital y lo que había dicho la víspera, cuando indicó a Keitel y a Jodl que tomaran ellos junto con el mariscal del Reich las decisiones necesarias, lo había alarmado hasta tal punto que convocó a sus más importantes consejeros y discutió con ellos lo que había que hacer. Todos los circunstantes, incluido el jefe de la cancillería, el ministro Hans-Heinrich Lammers, opinaron que con ello cobraba vigencia el reglamento de la sucesión. El telegrama que tras varios borradores acabó siendo aprobado, estaba formulado en un tono de lealtad, pedía respuesta antes de las veintidós horas y terminaba con las palabras: «Dios le proteja a usted, y todavía espero que salga de Berlín y venga aquí». Aunque el antiguo rival de Göring, Martin Bormann, hizo todo lo posible por presentar el telegrama como un ultimátum, Hitler no se inmutó al principio.

Sólo cuando hacia las seis de la tarde se supo de otro telegrama del mariscal del Reich que ordenaba al ministro de Asuntos Exteriores, von Ribbentrop, dirigirse «de inmediato» a Berchtesgaden si entraba en vigor el decreto sucesorio, consiguió Bormann que Hitler se encolerizase progresivamente. Su argumentación apuntaba a que se estaba preparando un golpe de Estado, y pronto intervino también Goebbels y habló de honor, lealtad, lucha y muerte. Pero las altisonantes palabras apenas ocultaban su indignación por el intento de Göring de hacerse con los residuos del poder, a

los que, en su opinión, sólo él tenía derecho. Los conflictos entre los satélites continuaban con la misma intensidad. Como de costumbre, pronto se hicieron extensivos a Hitler, que siempre se había servido de ellos para ejercer el poder. El enojo que le causaba Göring, visible desde años atrás, estalló por última vez. En una explosión cada vez más violenta, lo tachó de vago y de fracasado, le acusó de, con su ejemplo, «haber hecho posible en nuestro Estado la corrupción», lo llamó «morfinómano», y se acaloró hasta tal punto que, según cuenta uno de los testigos de la escena, acabó «llorando como un niño».

Por fin, cuando se hubo calmado, Hitler firmó un mensaje por radio que le presentó Bormann. En él acusaba a Göring de alta traición, lo cual, como todos sabían, acarreaba la pena de muerte. Pero, añadía, él prescindiría de ello si Göring dimitía de todos sus cargos y renunciaba al derecho de sucesión del Führer. A continuación, como tantas veces en los cambios de humor de esos días, recayó en su apatía y opinó, despectivamente, que ya casi nada tenía importancia: «Por mí, que se encargue Göring de negociar la capitulación. Si se pierde la guerra, da igual de todos modos quién hace eso». No le faltaba razón a Göring cuando más tarde, para justificarse, adujo ese comentario. Pero en los ataques de furia de las últimas horas, tales cosas ya no contaban. Al final, Hitler se encolerizó de nuevo y ordenó a la comandancia de las SS del Obersalzberg que detuviera a Göring junto con su estado mayor y lo llevara al cuartel de las SS de Salzburgo.

Al día siguiente se supo en el transcurso de la conferencia de mediodía que los ejércitos de Zhúkov y de Kónev se habían encontrado en el sureste de Berlín, completando así el cerco de la ciudad. Poco después, vanguardias aisladas fueron a juntarse en la Kantstrasse y llegaron a disparar unas contra otras hasta que Kónev recibió el parte de que la conquista del centro de la ciudad estaba destinada a su rival. Pero para aquel entonces el frente ya discurría, sin interrupción, de Zehlendorf a Neukölln, mientras que en el norte habían caído Tegl y Reinickendorf. Al mismo tiempo, las tropas soviéticas empezaron a asediar ambos aeropuertos de la ciudad, Tempelhof y Gatow. Para mantener la comunicación aérea, Hitler ordenó convertir en pista de aterrizaje de emergencia el eje este-oeste, que había inaugurado pocos años antes con una brillante parada militar, y a este fin mandó quitar, contra la voluntad declarada de Speer, las farolas instaladas a ambos lados de la gran avenida. Estaba esperando, hizo saber a los miembros de la conferencia, ciento cincuenta soldados de élite de la Marina que le había prometido

Dönitz, así como un batallón de las SS ofrecido por Himmler como «última reserva».

Sin embargo, de momento le parecía aún más importante la pista de aterrizaje para recibir al capitán general Ritter von Greim, el comandante de la sexta flota aérea, estacionada en Múnich. No hubo objeción que le hiciera revocar su orden de que el general se presentara personalmente, porque eso le sacaba, al menos por unos momentos, de las opresivas jornadas del búnker y le daba ocasión de protagonizar una escena protocolaria. Y mientras fuera, entre la cancillería y la Pariser Platz, seguían abriéndose aspilleras en las paredes y tomaban posición cañones contracarro, el búnker temblaba cada vez con más frecuencia bajo los disparos de la artillería rusa.

Al día siguiente Ritter von Greim, con un monoplaza del tipo Focke-Wulf 190, cuyo portaequipajes había sido transformado en asiento para la piloto Hanna Reitsch, aterrizaba en el aeropuerto de Gatow. Cuando llamó por teléfono al búnker se enteró de que todas las carreteras de acceso a Berlín, hasta la estación de Anhalter, y también una gran sección de la Potsdamer Strasse estaban en manos de las tropas soviéticas. Pero Hitler, le dijeron, insistía en una entrevista personal. No le explicaron la razón de ello.

Aunque parecía casi imposible llegar a la meta, el general y Hanna Reitsch subieron a un Fieseler Storch que estaba esperando. Tras un vuelo turbulento, con salvajes sacudidas en medio de las ráfagas de viento producidas por el fuego, planeando muy cerca de la oscura silueta de la ciudad agonizante, la máquina aterrizó algún tiempo después en la puerta de Brandeburgo. Poco antes de tomar tierra, un disparo de la artillería había arrancado el suelo del avión y herido a Greim en la pierna, de forma que fue llevado a la cancillería perdiendo mucha sangre y tuvo que recibir asistencia médica. Cuando acto seguido fue llevado en camilla al búnker profundo, Hitler lo saludó con estas palabras: «Todavía hay lealtad y coraje en el mundo». Con voz monótona y mirada vidriosa, ha consignado en sus apuntes Hanna Reitsch, puso a los visitantes al corriente de la defección de Göring, de la destitución del mariscal del Reich de todas sus funciones y de la orden de detención. Pasando trabajosamente a las formalidades, nombró a Ritter von Greim general en jefe de la Luftwaffe y lo ascendió al mismo tiempo a mariscal general de campo. «No hay experiencia desagradable que no haya sufrido», se lamentaba al final, «desengaño, deslealtad, infamia y traición».

Durante la breve y opresiva ceremonia se oían incesantemente los «estampidos y el estruendo de la artillería», y «hasta en esas habitaciones situadas a tanta profundidad» no dejaba de caer como una lluvia fina el

revoque de las paredes. De vez en cuando los disparos eran tan fuertes que había que desconectar la ventilación porque los habitantes del búnker no podían respirar por el humo y el olor a incendio. Además, por primera vez, aunque sólo durante unas horas, dejó de funcionar el teléfono de campaña de modo que hubo que formarse una idea de la situación por los programas de noticias de la radio enemiga o pidiendo información por teléfono en los barrios en que se combatía. Pero la noticia de que en el curso de la jornada del 25 de abril tropas soviéticas y norteamericanas se habían encontrado junto a Torgau, a orillas del Elba, y, en lugar de disparar se habían dado la mano, llegó al búnker por muchos conductos. Con ello se perdió la diaria esperanza en la ruptura de la coalición bélica, aunque Hitler hizo un gran esfuerzo por ocultar su desengaño. Con la obstinación que, en su opinión, siempre había venido en su ayuda precisamente en las situaciones sin salida, afirmó en la conferencia de ese mismo día: «En Berlín las cosas parecen estar peor de lo que están».

En realidad, era al revés: las cosas estaban peor de lo que él, junto con los demás cavernícolas del búnker, quería saber o admitir. Investigaciones posteriores han demostrado que en los barrios del casco interior ya estaba destruida por los bombardeos mucho más de la mitad de los edificios. Pero ahora era cuando la ciudad quedó literalmente en ruinas debido al fuego continuo de los conquistadores. El teniente general soviético Bersarin comentó tras la toma de Berlín que los aliados occidentales habían descargado sobre la ciudad en dos años largos sesenta y cinco mil toneladas de material explosivo, el Ejército Rojo en cambio cuarenta mil toneladas en sólo dos semanas. Los estadísticos han calculado después que por cada habitante de Berlín había una masa de escombros de casi treinta metros cúbicos.

Sobre todo las grandes vías de acceso ya no eran sino pasadizos entre ruinas. Los damnificados por las bombas erraban día y noche por los campos de ruinas y caían a menudo en los profundos cráteres, llenos hasta los bordes de agua vercosa. Los soldados del Volkssturm, envueltos en gruesos abrigos, un casco en la cabeza y el fusil en bandolera atado con un cordón, iban por las calles, muchos buscando indecisos su puesto de mando, ya que su entrada en acción no sólo dependía del comandante militar de la zona sino también de la oficina local del partido, de forma que las órdenes muchas veces se contradecían. Tanto en los sectores ya conquistados de la ciudad como en los que de momento aún resistían, cundía el miedo y el pánico. Sin duda los mandos del Ejército Rojo habían empezado ya pronto a nombrar administraciones locales y a crear al menos un orden provisional, actuando

con correcta severidad también contra la propia tropa. Pero a niveles inferiores muchas veces imperaba la arbitrariedad, con detenciones y confiscaciones ordenadas gratuitamente, a lo que se añadían las infinitas violaciones a cuenta de soldados del Ejército Rojo ebrios de triunfo, violaciones que en algunos lugares sufrieron todas las personas del sexo femenino, desde la adolescente hasta la anciana.

En contraste caricaturesco, dentro del cinturón de defensa se celebraban desaforadas orgías, como siempre ocurre en tiempos de decadencia y ocaso. Los diarios personales de aquella época hablan de desenfreno, de borracheras en masa y de apresurados excesos eróticos. Él jamás olvidará la escena, se lee en uno de esos apuntes: «A mi alrededor heridos graves, agonizantes, cadáveres; un olor a putrefacción casi insoportable. Y en medio de todo ello, borrachos en uniforme, que estrechamente abrazados a mujeres también borrachas, se revolcaban por el suelo». Otro observador se tropezó en un restaurante del Kurfürstendamm con un grupo de oficiales de las SS que estaban bebidos y «celebraban el fin del mundo con señoras vestidas de largo». A muchos les parecía que lo más bajo en el hombre, con patente desfachatez, había subido a la superficie. No cabe duda de que la gran mayoría de las personas seguían observando las reglas de urbanidad por las que se habían regido toda la vida. Pero la avaricia y la miseria dominaban la escena. Amas de casa se dedicaban al pillaje, incluso bajo el fuego de la artillería enemiga: recorrían los barrios residenciales semidestruidos y recogían precipitadamente, como si se tratara de bienes sin dueño, todo lo que les venía a las manos. De vez en cuando se constituían «tribunales callejeros» que les formaban una especie de proceso y, sin más requisitos, las colgaban del árbol más próximo, con una cartulina colgada al cuello: «He robado a mis compatriotas».

Otros trataban de encontrar de un modo más drástico la «salida del infierno», de la que hablan unos apuntes. El profesor Ernst Grawitz, vicepresidente de la Cruz Roja alemana y «médico de las SS», al oír la noticia de que la cúpula del régimen estaba abandonando la ciudad, se sentó a cenar con su mujer y sus hijos. Cuando todos habían tomado asiento, metió la mano debajo de la mesa, sacó dos granadas de mano y saltó por los aires junto con su familia.

Sin embargo, no eran sólo los partidarios del régimen en agonía los que optaban por esa salida. Precisamente muchos de quienes se habían conducido irreprochablemente todos aquellos años pero que ya eran incapaces de seguir haciendo frente al hundimiento del mundo y de todas las normas buscaron la

muerte durante aquellas semanas. Entre las escenas atroces e imposibles de olvidar está la muerte de un médico que, cuando se acercaban las tropas soviéticas, advirtió espantado que sólo le quedaban dos ampollas de veneno, de forma que ahogó uno tras otro en la bañera a sus hijos pequeños, que se defendían desesperados, antes de matarse a sí mismo y a su mujer con una inyección. Sobre la «epidemia de suicidios» de Berlín, que venía durando desde febrero de 1945, sólo hay cálculos aproximados, y éstos arrojan una cifra de varios miles de víctimas al mes.

En mayo, cuando por primera vez se pudo disponer de números relativamente fiables, todavía fueron consignadas por lo menos setecientas personas que se quitaron la vida.

Entretanto, Hitler se aferraba a los éxitos más insignificantes que le comunicaban, como la noticia de que dos aviones de transporte habían aterrizado en el eje este-oeste, o concebía esperanzas absurdas sin más base que su propia imaginación. El ruso «se desangraría» forzosamente en Berlín, calculaba, puesto que una ciudad de cuatro millones de habitantes iba a resultarle «una carga colosal». Siempre que salía el nombre de Wenck revivían sus esperanzas, y cuando en la conferencia del 27 de abril uno de los oficiales aseguró con voz firme, «¡Wenck está llegando, *mein Führer!*», retornó enseguida la euforia: «Va a ser impresionante». Hitler se levantó de un golpe, lleno de alegría: «Cuando digan que en el oeste, un ejército alemán se ha abierto paso [hasta las líneas rusas] y ha tomado contacto con la fortaleza, la noticia correrá por todo Berlín como un reguero de pólvora». Inmediatamente después aparecieron de nuevo las viejas extravagancias. «Ya no tenemos territorios petrolíferos», dijo Hitler en la reunión. «Es catastrófico porque eso impide cualquier operación de envergadura. Cuando haya terminado con esta historia de aquí, tenemos que ver el modo de recobrar los terrenos petrolíferos». Después tuvo varias entrevistas para decidir qué condecoración recibiría el general Wenck por la extraordinaria operación de «salvamento del Führer».

En la conferencia de ese mismo día, Mohnke informó de que en la Wilhelmplatz, a sólo un tiro de piedra de la cancillería, habían aparecido seis tanques enemigos, pero habían sido eliminados por brigadas antitanques hechas venir con urgencia. El día anterior había caído Schöneberg pese a la desesperada resistencia con que lo habían defendido hasta la muerte sobre todo cuatrocientos adolescentes de apenas quince años, miembros de las Juventudes Hitlerianas.

Los combates eran en efecto tanto más encarnizados cuanto más se acercaban al centro las unidades soviéticas. En los barrios de la periferia éstas habían avanzado más deprisa. Los tanques que iban en cabeza habían derribado a cañonazos sin mayores dificultades la inmensa cantidad de barreras callejeras o las habían arrollado como si fueran «obstáculos hechos con mondadientes», dejando en el camino, para las unidades que venían después provistas de artillería pesada y de lanzallamas, algunos pequeños nidos de resistencia. Pero en el cinturón interior de resistencia, se detuvo el avance. En muchos lugares, las unidades tenían que abrirse camino casa por casa, y los modelos de diversas calles berlinesas que el mariscal Zhúkov había mandado construir antes de empezar la batalla, para ensayar con ellos la conquista de la ciudad, resultaron ser completamente inútiles. Las batallas callejeras que produjeron más víctimas tuvieron lugar en la zona en torno a los búnkeres de artillería antiaérea, entre la Alexanderplatz y el ayuntamiento y también junto a la puerta de Halle. El Ejército Rojo sacó de las cárceles, sobre todo en el norte de la ciudad, a numerosos prisioneros soviéticos, que sin grandes premisas recibieron armas y fueron lanzados al combate como refuerzo de las diezmadas unidades.

Entretanto el búnker seguía enviando cables, formulados cada vez más perentoriamente, a Rheinsberg y a Krampnitz, donde se encontraban Keitel y Jodl. Todas «las unidades» situadas en la zona «entre el Elba y el Óder» tenían que ser enviadas a Berlín, decían una y otra vez los mensajes, «había que llevar victoriosamente a término, con todos los medios disponibles y con máxima celeridad, el ataque en socorro de la capital del Reich». A intervalos preguntaban cada vez con más nerviosismo por Wenck y Busse, que no respondían, y también por el cuerpo de ejército Holste, que operaba en alguna parte del noreste de la ciudad y cuyo nombre había surgido hacía poco en las fantasmagorías del búnker como una suerte de estrella salvadora.

Por Steiner ya no preguntaban. Hitler sólo exigió que el Obergruppenführer de las SS fuera relevado inmediatamente y sustituido por el teniente general Holste. Pero sus palabras ya no llegaban hasta la zona de Eberswalde: Steiner persuadió a Holste de que, ignorando las órdenes, siguiera dejándole el mando a él. El 28 de abril por la mañana temprano, Krebs apremió con más impaciencia. El comunicado que envió a Keitel decía así: «El Führer espera ayuda urgente; queda un máximo de cuarenta y ocho horas. ¡Si hasta entonces no ha llegado ayuda, será demasiado tarde! ¡¡¡Esto es lo que el Führer ordena decir una vez más!!!».

Para dar más peso a lo que pedía el búnker, Keitel se fue a hablar personalmente con el general Heinrici, quien, en contra de las órdenes recibidas, había ordenado la retirada del ejército acorazado del general Von Manteuffel. La entrevista se celebró en un cruce de calles al sur de Neubrandenburg. Estaba obstruido en todas las direcciones por interminables convoyes de refugiados, que agotados y desmoralizados avanzaban sin saber adónde iban. Heinrici se presentó con Manteuffel, pero ya antes de que hubieran terminado de saludarse, Keitel increpó a ambos oficiales preguntando a qué se debía su arbitraria manera de obrar. Habían recibido órdenes de detenerse en el Óder, de no retroceder un paso y de mantener el frente por encima de todo. Mientras él se golpeaba a cada palabra la palma de la mano con el bastón de mando, Heinrici trataba de explicarle la situación y decirle que con las tropas de que disponía él no podía seguir manteniendo el frente del Óder, y añadió que no tenía la intención de enviar a sus soldados a una lucha sin la menor perspectiva de éxito. Además, dijo, necesitaba tropas de refresco, de lo contrario tendría que continuar ordenando la retirada.



Felix Steiner, Obergruppenführer de las SS, que en Eberswalde, al noreste de Berlín, debía formar una unidad de la que Hitler esperaba un «furioso» contraataque a los flancos soviéticos. Pero el tan traído y llevado «grupo Steiner» nunca existió.

Keitel seguía gesticulando con el bastón de mando. Que Heinrici, dijo en tono cortante, no contara con nuevas fuerzas sino que atacara. Ésa era la orden del Führer, y así tenía él que cumplirla. Cuando Heinrici replicó que el general Manteuffel no recibiría de él tal orden, Keitel clavó los ojos en Manteuffel, que sólo dijo estas breves pero significativas palabras: «*Herr Generalfeldmarschall*, el tercer ejército acorazado obedece al general von Manteuffel». Keitel vociferó frenético: «Si la tropa no mantiene sus posiciones, hay que disparar entre las filas. ¡Entonces ya se mantendrá firme el ejército!».

El azar quiso que en aquel momento pasara al lado un vehículo con dos soldados de la Luftwaffe completamente extenuados. Heinrici ordenó que se acercaran y dijo después a Keitel: «¡Aquí tiene usted oportunidad, *Herr Generalfeldmarschall*, de dar un escarmiento!». Desconcertado, Keitel tartamudeó algo así como «¡Orden de detención!» y «¡Tribunal de guerra!» y se marchó.

A más tardar en aquella entrevista se vio claramente que Heinrici se había alejado del mundo demencial de las órdenes del Führer y que sus objetivos eran solamente salvar lo que quedaba de su grupo de ejércitos y proteger a la población civil. Cuando a la mañana siguiente habló por teléfono con Keitel y aludió a la responsabilidad que él tenía frente a la tropa, Keitel le reprendió: «Su deber no es tener responsabilidad sino cumplir órdenes». El general replicó que, siendo así las cosas tenía que poner en conocimiento del mariscal de campo que dimitía de su cargo. Durante un instante, reinó al otro extremo de la línea un silencio embarazoso. Después dijo Keitel: «*Herr Generaloberst Heinrici*, en razón de los plenos poderes que me ha conferido el Führer lo relevo de su mando sobre el grupo de ejércitos Vístula. ¡Manténgase en espera de órdenes en su puesto de mando!».

En el búnker también iban disipándose los restos de esperanza que aún quedaban. El 28 de abril por la noche, cuando cundió el rumor de que los rusos ya habían alcanzado el principio de la Wilhelmstrasse y de que en la Potsdamer Platz se combatía a sangre y fuego, llegó una noticia que ya se barruntaba durante el día, suscitando viva inquietud, pero que ahora venía confirmada por la agencia Reuter. El comunicado decía que el Reichsführer de las SS Heinrich Himmler había intentado a través del conde Folke Bernadotte, diplomático sueco, iniciar negociaciones por separado con las potencias occidentales y que incluso se había declarado dispuesto a «llevar a cabo una rendición incondicional».

La noticia le causó a Hitler el efecto de un mazazo. A Göring siempre lo había considerado corrupto, y a Speer, de quien le había dicho a Artur Axmann que era el otro desengaño de los últimos tiempos, lo tenía por un artista veleidoso y ajeno a la vida real. En cierto modo, se podía adivinar que a la hora de la verdad ambos fallarían. En cambio, la traición de Himmler, que siempre andaba con la fidelidad en la boca y que la conjuraba como la máxima suprema de su «orden masculina aria y germánica de las SS», suponía el derrumbe de un mundo. «Se volvió loco de furia», así ha descrito Hanna Reitsch la escena, «se puso rojo como la púrpura y el rostro era casi irreconocible». Junto con Goebbels y Bormann se retiró a sus habitaciones privadas. «Estaba blanco como la pared», continúa el informe de Hanna Reitsch, «y presentaba la apariencia de una vida ya extinguida».

Tras pronunciar unas pocas palabras con las que siguió intentando recobrar la serenidad, Hitler se dirigió hacia medianoche a la habitación donde yacía herido Greim. Sentado en el borde de la cama ordenó al recién nombrado comandante en jefe de la Luftwaffe que viajara inmediatamente a Schleswig-Holstein, a Plön, y que dispusiera con Dönitz todo lo necesario para infligir a Himmler el merecido castigo. «Un traidor no puede ser mi sucesor», dijo, «encargaos de que no sea así». Greim y después también Hanna Reitsch le contradijeron. Aseguraron que habían decidido quedarse en el búnker e ir a la muerte junto con Hitler. Y además, añadieron, ya no había ninguna posibilidad de salir de Berlín.

Pero Hitler insistió en la determinación tomada. Ya había mandado venir, dijo, un Arado 96 que, según sus informaciones, había aterrizado en medio del fragor de la batalla sobre el eje este-oeste. Luego le entregó a Hanna Reitsch dos ampollas de veneno «para usar en caso de emergencia» y se despidió. «En Potsdam ya se oye fuego de artillería alemán», dijo al abandonar el cuarto. Acto seguido salió al pasillo y, cada vez con palabras diferentes, hizo partícipes de su indignación a todos los que pasaban a su lado; ahora sabía, explicaba, por qué Himmler había fracasado en el Vístula, por qué la ofensiva de las SS en Hungría había terminado con una derrota y por qué Steiner no había obedecido la orden de atacar: todo había sido traición e intriga. El Reichsführer de las SS tenía incluso la intención, decía a todo el mundo, de entregarle vivo al enemigo. Entretanto, los últimos habitantes del búnker escribieron apresuradamente cartas de despedida a sus familias y se las entregaron a Hanna Reitsch, a buen seguro la última mensajera que salía de la ciudad. Deshecha en llanto ésta abandonó poco después el búnker junto con Greim. «Hay que arrodillarse respetuosamente

ante el altar de la patria», dijo después al general Koller cuando describió sus sentimientos. Greim por su parte, cuando contra toda esperanza pudo salir de la ciudad, contó eufórico que los días pasados junto al Führer habían obrado en él como una «fuente de la eterna juventud».

Mientras todavía resonaban en las salas del búnker los gritos de traición, apareció hacia las diez el general Weidling para la conferencia de la noche, y el informe que traía destruyó las últimas quimeras. Los rusos «rompían una línea tras otra», dijo, y ya no había tropas de reserva. Y también se había tenido que suspender más o menos el aprovisionamiento por vía aérea. Llevado en gran parte de su deseo de poner término «al increíble sufrimiento de la población», proponía, «como soldado, atreverse a salir del cerco de Berlín».

Sin embargo, antes de que Hitler o Krebs pudieran dar su opinión sobre esa declaración, Goebbels «empleando expresiones muy fuertes», como indican los apuntes de Weidling, «arremetió contra mí y trató de ridiculizar mucho de lo que yo había expuesto de manera concluyente». Krebs dejó que decidiera Hitler, el cual «después de reflexionar largo rato», resumió una vez más las razones por las que hasta ese momento se había negado a permitir que el noveno ejército intentara la salida. La divisa dada por él para todas las batallas defensivas de los años anteriores era «¡Resistir por encima de todo!», y una salida era, en su opinión, una retirada encubierta. E incluso si tuviera éxito la propuesta de Weidling, así ha resumido el general las palabras de Hitler, «cambiaríamos un cerco por otro. Él, el Führer, tendría que vivir a la intemperie o meterse en cualquier caserío o en algo semejante y esperar allí el final».

Por lo demás, Hitler, al menos a intervalos, no parecía apenas interesarse por ese asunto, otras cosas le resultaban más urgentes. En concreto: su cólera, que aún no había amainado, reclamaba una víctima. Durante las deliberaciones sobre la traición de Himmler, había salido varias veces el nombre de Hermann Fegelein, uno de los hombres de confianza del jefe de las SS. Todos coincidían en considerarle un «personaje depravado»; con tanto poder de seducción como falta de escrúpulos se había introducido en el entorno de Hitler y en el verano de 1944 se casó con Margarete Braun, la hermana de Eva Braun, a raíz de lo cual fue ascendido a teniente general de las Waffen-SS. El 2.6 de abril, sin dar explicaciones, abandonó el búnker y se marchó a su casa de la Bleibtreustrasse 4, cerca del Kurfürstendamm. Dos días antes había declarado al general de las SS Hans Jüttner que «decididamente, él no tenía la intención de morir en Berlín». Ahora llamó,

completamente borracho, a Eva Braun, a quien él, como el donjuán que era, ya había hecho la corte sin disimulos en el Obersalzberg, y trató de convencerla. Que no le diera más vueltas, le dijo, que se reuniera con él en lugar de esperar en el búnker la muerte segura: «Eva, tienes que abandonar al Führer. No seas tonta, ahora es cuestión de vida o muerte».



«Un personaje depravado», dijo Albert Speer, como muchos otros, del general de las SS Hermann Fegelein; el elegante jinete y carrerista sin escrúpulos se había introducido, paso a paso, en el entorno de Hitler, casándose en el verano de 1944 con Margarete Braun, la hermana de Eva Braun. Hitler, no obstante, lo hizo fusilar el 29 de abril. La foto muestra a Fegelein con Margarete y Eva Braun.

Cuando Hitler quiso hablar con él en el transcurso del 27 de abril, no pudieron encontrarlo. La llamada telefónica del jefe del servicio de seguridad del Reich, el capitán general de las SS Johann Rattenhuber, conminándole a presentarse inmediatamente en la cancillería, había sido ignorada. Acto

seguido fue enviado un grupo del comando escolta del Führer para buscar a Fegelein. En el búnker se rumoreaba incluso que Eva Braun, que se complacía desde hacía tiempo en los avances de su cuñado, había llamado muy excitada a la Bleibtreustrasse, pero que todos sus esfuerzos para hacer volver a Fegelein habían sido inútiles. Al primer comando lo había mandado salir con desdeñosa insolencia, y sólo el segundo grupo a las órdenes del jefe de la brigada criminal del servicio de seguridad del Reich, Högl, consiguió que el general de las SS, todavía borracho y, según contaron escandalizados, en compañía de una joven pelirroja, los acompañara a la cancillería. Cuando durante el retorno al búnker, el piloto jefe de Hitler censuró a Fegelein porque con su comportamiento había suscitado sospechas de que quería desertar, recibió esta respuesta: «Si eso es todo..., ¡me fusiláis y listo!».

Pero fue sólo ligereza y la temeridad y desfachatez de un carrerista acostumbrado al éxito lo que impulsó a Fegelein a hacer ese comentario. Para su sorpresa se vio degradado ya antes del primer interrogatorio. Cuando Mohnke le explicó además que se le desposeía de todas sus condecoraciones y distintivos honoríficos, él mismo se arrancó las charreteras, protestó a voz en grito lleno de indignación y vituperó a Mohnke así como a los dos oficiales que los acompañaban. El único que tenía jurisdicción sobre él, exclamaba, era el Reichsführer, por tanto él sólo declararía ante Heinrich Himmler. Exigió a continuación ser llevado a presencia de Hitler, pero éste se negó furioso, diciendo que él no quería ver a aquel hombre. De todos modos, en un primer momento Hitler pensaba por lo visto en transferir a Fegelein a una de las unidades de Mohnke. Pero Bormann y Otto Günsche lo convencieron de que entonces Fegelein aprovecharía de nuevo la primera oportunidad para «largarse sin más», y entonces Hitler ordenó convocar un consejo de guerra. Eva Braun pidió en vano que perdonaran la vida a su cuñado por consideración a la hermana que estaba a punto de dar a luz. Pero Hitler rechazó la petición con tanta brusquedad que ella se sometió: «¡Tú eres el Führer!».

Sin embargo, el consejo de guerra convocado por Mohnke tuvo que ser interrumpido debido al persistente y «completo estado de ebriedad del acusado», y Fegelein fue llevado otra vez a la celda hasta que se le pasara la borrachera. Al día siguiente fue sometido a un «duro interrogatorio» por el jefe de la Gestapo Heinrich Müller en el sótano de la cercana iglesia de la Trinidad. Mientras lo interrogaban llegó la noticia de la traición de Himmler, y entonces ya no fue sólo el maletín con joyas y divisas que tenía en su casa lo que causó su ruina. Antes bien, al registrar su despacho, situado en el

sótano de la cancillería, se encontró un maletín de documentos en los que constaba que el hombre de confianza de Himmler estaba entre los consabidores de los contactos, que ya tenían lugar desde hacía algún tiempo, con el conde Folke Bernadotte.

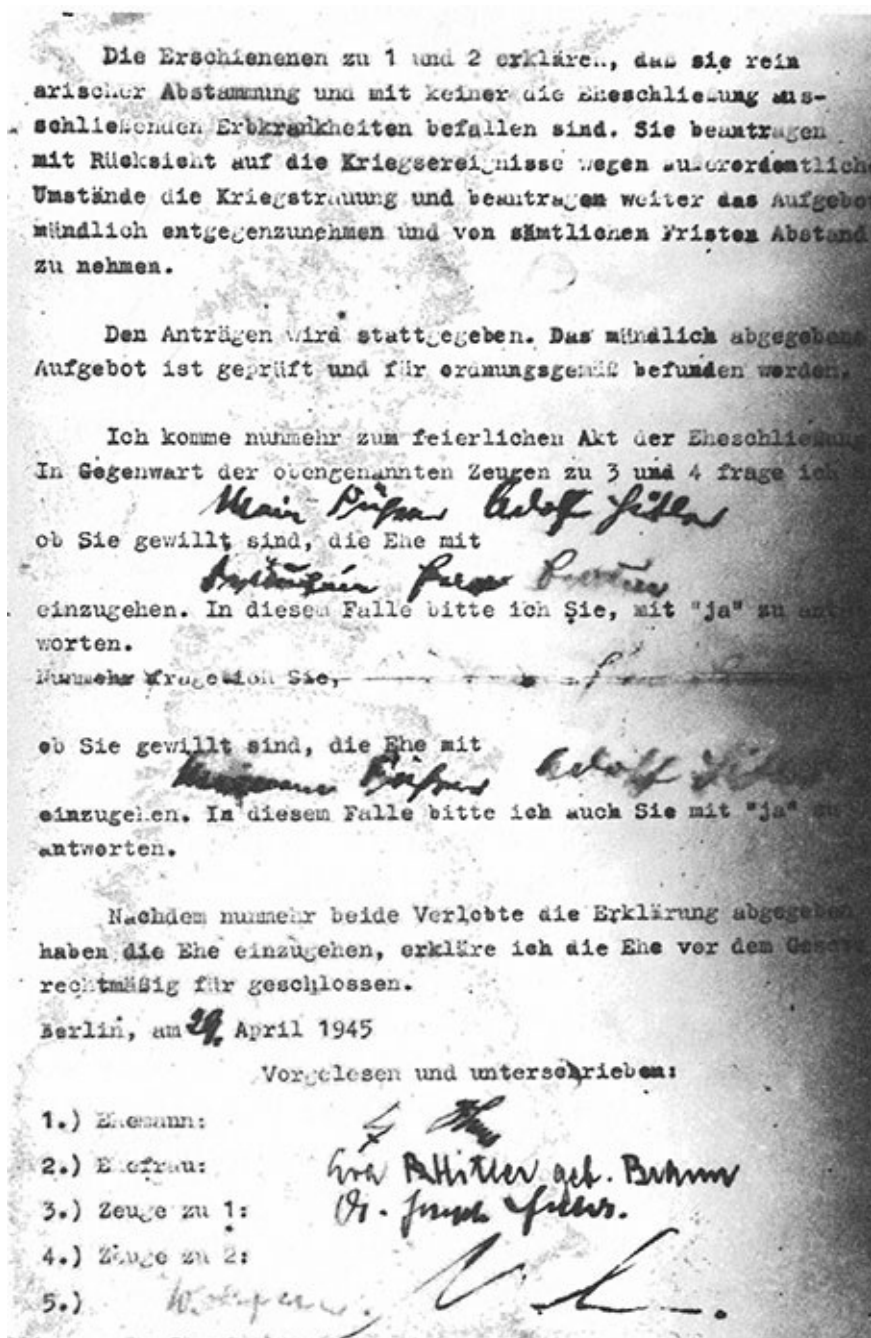
En su estado de indignación Hitler ordenó acto seguido fusilar a Fegelein sin proceso. Poco antes de medianoche fue sacado por varios miembros del servicio de seguridad del Reich de la celda del búnker en la que lo habían encerrado y, mientras seguía vociferando furioso y sin sospechar nada, fue abatido a tiros, o en el pasillo del sótano o en la puerta de salida al jardín, detrás de la cancillería. El deseo de venganza de Hitler era tan desenfrenado que, cuando pasados unos minutos el piquete aún no había regresado, preguntó varias veces cómo es que no le notificaban la ejecución. «¡Pobre, pobre Adolf!», exclamaba Eva Braun que tenía sus propios motivos para llorar al muerto, «¡todos te han abandonado, todos te han traicionado!».

A más tardar durante esas horas vio Hitler con definitiva claridad que ya era hora de terminar, y, como siempre que, después de haber estado indeciso por lo general mucho tiempo, llegaba a una conclusión, sus determinaciones se sucedieron rápidamente y sin vacilaciones. A medianoche mandó a toda prisa que fuese preparada la sala pequeña de mapas para que tuviera lugar allí un matrimonio civil. En un vehículo blindado fueron a buscar a un jefe de negociado que había trabajado a veces en la oficina regional de Goebbels y que, como se supo, prestaba servicio en una unidad del Volkssturm estacionada allí cerca, y le pidieron que casara al Führer y a Eva Braun. Goebbels y Bormann fueron los testigos. La pareja, atenta a los detalles formales, solicitó matrimonio de guerra, debido a las circunstancias especiales, y declaró después que ambos eran «de origen exclusivamente ario y que no tenían enfermedades hereditarias».

Después de haber accedido a lo que se le pedía, el funcionario se dirigió a las partes y preguntó a Hitler y a Eva Braun si tenían la intención de contraer matrimonio. Al decir ambos que sí, declaró que «estaban casados ante la ley». Al firmar el contrato matrimonial, Eva Braun estaba tan turbada que empezó a firmar con su nombre de soltera, pero luego se dio cuenta, tachó la inicial B y escribió «Eva Hitler, nacida Braun». A continuación se marcharon a las habitaciones privadas para beber algo y recordar tiempos pasados en compañía de los generales Krebs y Burgdorf, de algunos ayudantes y también del coronel Von Below y de las secretarias. Apenas se hubo difundido la noticia de la boda de Hitler, en el búnker de arriba determinaron algunos de los que allí se habían cobijado imitar al Führer, y en el curso de la noche se

celebraron varias bodas en las que ofició de funcionario del registro civil el secretario de Estado en el Ministerio de Propaganda, doctor Werner Naumann.

La absurda ocurrencia de la boda previa al doble suicidio, como si Hitler temiera un lecho mortuario ilegítimo, marcó posiblemente la fecha y la hora en que se rindió. En su condición de Führer, había declarado varias veces, él no podía ligarse personalmente a ningún ser humano: la idea estatutaria que tenía de su función no permitía imágenes de intimidad familiar. Ahora renunciaba a esa actitud y al mismo tiempo a la fe en la misión especial que le había sido encomendada por el destino. En efecto, en la reunión que hubo después de la boda dijo que la idea del nacionalsocialismo había dejado de existir y que nunca más renacería. Que él, personalmente, esperaba la muerte como una liberación. Luego abandonó el grupo para dictar su última voluntad.



La partida de matrimonio de Hitler con las firmas de la pareja y el lapso de Eva Braun.

Formuló su testamento político y su testamento personal. Rasgos predominantes del primero eran sus protestas de inocencia, las recriminaciones a los «estadistas que o eran de origen judío o trabajaban en pro de intereses judíos», y los ataques a aquellos «individuos tan obcecados como faltos de carácter» que habían traicionado la propia causa. Volvía a explicar el porqué de su decisión de quedarse en la capital del Reich y allí «elegir la muerte por voluntad propia». Bajo ningún concepto, afirmaba,

quería «caer en manos de los aborrecidos enemigos que necesitan un nuevo espectáculo, escenificado por judíos, para divertir a las masas exaltadas».

Hitler designaba como sucesor en el gobierno del Estado y de la Wehrmacht al gran almirante Karl Dönitz. Recordando que en la Marina regía un concepto del honor ajeno a toda idea de rendición, le encomendaba al mismo tiempo la misión de continuar el combate, más allá de su muerte, hasta el hundimiento total. Expulsaba a Göring y a Himmler del partido y de todas sus funciones y nombraba un nuevo gobierno con Joseph Goebbels como canciller y Martin Bormann como ministro del partido. Terminaba apelando a la lealtad y a la obediencia de todos los alemanes «hasta la muerte» y en la frase final volvía a la obsesión que era, literalmente, su idea delirante:

Sobre todo conjuro a los guías de la nación y a los que van en su seguimiento a que cumplan rigurosamente las leyes raciales y resistan despiadadamente al envenenador universal de todos los pueblos, al judaísmo internacional.

El testamento personal de Hitler era mucho más breve. En él explicaba su determinación de «casarme con la joven que tras largos años de fiel amistad había entrado por propia voluntad en la ya casi sitiada ciudad para compartir su destino con el mío». Después tomaba varias disposiciones sobre sus bienes relictos y nombraba albacea testamentario a «mi fidelísimo copartidario Martin Bormann». El documento terminaba con estas palabras:

Mi esposa y yo optamos por la muerte para escapar al oprobio de la destitución o de la capitulación. Es nuestra voluntad que se nos incinere inmediatamente en el lugar en el que he llevado a cabo la mayor parte de mi trabajo diario en el transcurso de doce años de servicio a mi pueblo.

Esa misma mañana fueron enviados al exterior tres mensajeros, cada uno con un ejemplar de las copias de la partida de matrimonio y de las últimas disposiciones de Hitler; uno estaba destinado a Dönitz, otro al mariscal Schörner y el tercero a la central del partido en Múnich.

Cuando uno de los mensajeros, el jefe del Servicio alemán de informaciones Heinz Lorenz, se disponía a salir del búnker, Goebbels le entregó un «Apéndice al testamento político del Führer» que acababa de escribir apresuradamente. En él explicaba por qué había decidido quedarse en Berlín. Por razones personales, declaraba, «jamás habría sido capaz de dejar sólo al Führer en la hora suprema». En medio de todo aquel «delirio de traición» tenía que haber por lo menos unos cuantos «que le guardaran una fidelidad incondicional y hasta la muerte». Con su ejemplo, añadía, creía que prestaba el mejor servicio al pueblo alemán. El documento terminaba con estas palabras: «Por este motivo, mi mujer y yo y en nombre de mis hijos, que son demasiado pequeños para expresarse por sí mismos pero que, si tuvieran

la edad necesaria para ello, se habrían adherido sin reservas a esta decisión, expreso mi determinación inquebrantable de no abandonar la capital del Reich, aunque ésta llegara a caer, y de poner fin al lado del Führer a una vida que para mí personalmente carece de todo valor si no puedo, al lado del Führer, ponerla a su servicio».

El 29 de abril, un radiante domingo de primavera, el estado mayor de la zona norte comunicó que en el centro de Berlín tenía lugar «día y noche» una lucha encarnizada, casa por casa. A esas alturas, sólo quedaban en poder de los alemanes la zona estricta de los edificios del gobierno, el Tiergarten, una estrecha franja que iba de la estación Zoo en dirección oeste hasta el Havel, así como algunas bases pequeñas. El informe hablaba además de «motines» en la zona sur así como de «medidas severísimas», y desmentía la noticia difundida por una emisora muniquesa de que «el Führer había caído». Un mensaje radiotelegráfico a Keitel ordenaba de nuevo «actuar rapidísimamente y con máxima dureza» y conminaba a «Wenck, a Schörner y a otros», a demostrar su lealtad al Führer viniendo urgentemente en su ayuda. Un poco después, Krebs había tomado contacto telefónico con Jodl, pero la conversación quedó interrumpida en medio de la frase porque el globo cautivo que establecía la comunicación radiotelefónica con el búnker había sido derribado.

En la conferencia de mediodía pidió Hitler que se presentara Wilhelm Mohnke para que le diera información sobre la última posición de la línea del frente. Mohnke puso delante un mapa del casco interior de Berlín y explicó secamente: «Por el norte, el ruso está muy cerca del puente de Weisendamm. Por el este, en el Lustgarten. Por el sur, en la Potsdamer Platz y junto al Ministerio del Aire. Por el oeste en el Tiergarten, a trescientos o cuatrocientos metros de la cancillería». Cuando Hitler preguntó cuánto tiempo podría seguir resistiendo, Mohnke recibió esta respuesta: «Un máximo de veinte o veinticinco horas, *mein Führer*, más no».

Entonces, Hitler ordenó a su perrero, el sargento mayor Fritz Tornow, que envenenara al perro pastor alemán Blondi. Ese animal no debía caer en manos de los rusos, dijo, sólo pensar en ello le ponía enfermo. Más importante era para él, por lo visto, probar el efecto del ácido prúsico que se había distribuido a todos los presentes durante las semanas anteriores. Desde la traición de Himmler él no estaba ya seguro de que el veneno suministrado por las SS produjera la muerte con la celeridad que él deseaba. Pero cuando Tornow rompió la ampolla con unas tenazas en las fauces abiertas del perro, el animal cayó a un lado «como tocado por el rayo». Poco después Hitler,

según ha contado uno de los testigos, fue a la salida del búnker «para despedirse del perro». Al volver al búnker profundo, aseguran otros, parecía «su propia máscara mortuoria» y «sin decir palabra... se encerró en su habitación». Arriba, entretanto, junto a la puerta del jardín, Tornow mató a tiros a los cinco cachorros también.

En el búnker se hizo un extraño silencio por todas partes. Quien llegaba para dar un informe o entregar un parte, se marchaba lo antes posible. «Todos tenían miedo de quedarse abajo», dicen los apuntes del telefonista del búnker, Rochus Misch, el ambiente era «como en un ataúd». Los que participaban regularmente en las conferencias permanecían indecisos en torno a la mesa y probaban teóricamente confusos planes de defensa. Casi nadie creía que todavía fuese posible llevar a cabo operaciones semiordenadas, y, en efecto, la mayoría de las unidades de combate, prescindiendo de las órdenes del búnker, hacía tiempo que habían decidido organizar la defensa según sus propios criterios.

Aunque sólo fuera para evitar ataques de claustrofobia, quien no tenía que hacer nada urgente en ese momento dejaba de cuando en cuando el asfixiante pasillo de las conferencias y se dirigía al antebúnker o más lejos, a los sótanos de la cancillería. Una parte de las habitaciones había sido preparada entretanto para albergar a la compañía de seguridad del regimiento personal y al vecindario de la zona que buscaba dónde refugiarse; en una gran ala se había instalado el hospital de urgencia, donde encontraron acogida más de trescientos heridos, casi todos graves. Dos médicos con enfermeras y ayudantes iban y venían por los pasillos y se ocupaban de los enfermos. Mientras que unos operaban sobre mesas manchadas de sangre, otros, cargando con los muertos o llevando grandes barreños con miembros amputados, se abrían paso hasta la salida del búnker por aquel indescriptible hervidero de gente. Y en medio del caos iban y venían numerosos altos cargos del partido, oficiales de la administración o altos funcionarios, que estaban convencidos de que tenían derecho a protección especial, adecuada a su rango debido a los fieles servicios que habían prestado al régimen. Las series de habitaciones, llenas a rebosar y en un estado caótico, constituían el telón de fondo negro, por así decir, del «ambiente de fin de mundo» del que habla otro informe y en el que «todos intentaban calmar su desesperación con alcohol. De las abundantes reservas se sacaban los mejores vinos y licores y los comestibles más exquisitos». También allí, adondequiera que llegara cada uno, se veía envuelto en una conversación sobre «cuándo y cómo había que suicidarse», y uno de los ocupantes del búnker se describía a sí mismo como

«habitante de un depósito de cadáveres» en el que los muertos fingían seguir con vida.

Hacia las diez y media hubo de pronto movimiento en la sala de conferencias. Un ordenanza llegó y anunció que, por una emisora de onda corta sintonizada casualmente, había llegado la noticia de la muerte de Mussolini. Dos días antes el Duce había sido detenido junto con su amante Clara Petacci en un pueblo del lago de Como y, sin grandes formalidades, fue fusilado al día siguiente. Pero a Hitler le preocupaba más el epílogo de que se hablaba. En diversas ocasiones había expresado su temor de que los rusos lo trasladaran a Moscú y lo presentaran a la chusma enfurecida en una «jaula de monos» como figura de un «gabinete de curiosidades». Ahora, el final de Mussolini despertaba e intensificaba esa visión terrible. Porque los cadáveres habían sido trasladados a Milán y colgados por los pies en una gasolinera del Piazzale Loreto, donde una masa vociferante los apaleó, escupió y les arrojó piedras.

El comunicado dejó deprimido al grupo que seguía esperando noticias. Hitler, como si contara otra vez con la liberación de la capital, había enviado aquella tarde a Jodl un mensaje por radio que constaba de cinco preguntas desesperadas:

Pido que se me comunique inmediatamente: 1. ¿Dónde están las vanguardias de Wenck? 2. ¿Cuándo continúan con el ataque? 3. ¿Dónde está el noveno ejército? 4. ¿En qué dirección abre brecha el noveno ejército? 5. ¿Dónde están las vanguardias de Holste?

Cuando pasaban las horas sin que llegara respuesta y el resto de confianza se disipaba en monosílabos, Hitler se levantó de pronto y fue a la sala de conferencias para despedirse de sus más íntimos colaboradores. Habían llegado Goebbels y su mujer, estaban también Burgdorf y Krebs, Mohnke, Rattenhuber y Hewel, además de las secretarias, la cocinera de las comidas de régimen de Hitler, señorita Manziarly, así como varios oficiales de alta graduación de las SS, unas veinte personas en total. Hitler les dio a todos la mano y con varios de ellos hizo algún comentario personal, pero con el ruido de las máquinas que suministraban corriente y aire fresco al búnker apenas se pudieron entender sus palabras, que eran casi un susurro. Dirigiéndose a todos dijo que no quería caer en manos de los rusos y que por tanto había determinado poner él mismo fin a su vida. Añadió que eximía a cada uno de su juramento y que esperaba que alcanzaran las líneas inglesas o americanas. A Rattenhuber le dijo que él se quedaba en la cancillería, el lugar predestinado para él, y que allí haría «guardia eterna».

Hacia las tres de la madrugada llegó por fin la respuesta tan esperada de Keitel y Jodl. Ateniéndose al catálogo de preguntas de Hitler daba en cuatro sobrias frases la información exigida:

1. Vanguardia Wenck detenida al sur del lago Schwielow. 2. 12 ejército no puede por eso continuar ataque a Berlín. 3. Noveno ejército cercado por multitud. 4. Cuerpo Holste forzado a defenderse.

Había una frase añadida que describía lo desesperado de la situación, en su conjunto: «Ataques a Berlín sin avanzar en ningún punto».

A la mañana siguiente, 30 de abril, empezó ya a las cinco de la mañana un intenso fuego de artillería que sacó del sueño a los habitantes del búnker. Aproximadamente una hora después, Mohnke recibió orden de ir al búnker profundo. Pálido, en batín y zapatillas, Hitler estaba sentado en una silla junto a su cama. Le miró tranquilo y preguntó cuánto tiempo se podía seguir resistiendo. Cuando Mohnke respondió que no más de unas horas, ya que el cerco de los rusos estaba a sólo unos cientos de metros de distancia, aunque de momento parecía que el avance estaba detenido, Hitler dijo que las democracias occidentales eran decadentes y acabarían siendo vencidas por los pueblos del este, aún sin desgastar y con gobiernos severos. Luego le dio la mano a Mohnke diciendo: «Le deseo lo mejor. Muchas gracias. No ha sido sólo por Alemania». A las siete, Eva Braun llegó a la puerta del búnker, según ha contado uno de los soldados de guardia, para —eso dijo— «ver otra vez el sol», y al cabo de un rato, apenas visible en la penumbra de la escalera, apareció el propio Hitler. Pero cuando los disparos aumentaron, dio media vuelta en uno de los escalones de arriba y desapareció en la oscuridad.

Hacia el mediodía hubo conferencia por última vez. El general Weidling explicó que las tropas soviéticas habían iniciado el asalto al Reichstag y que algunas vanguardias aisladas habían penetrado en el túnel de la Vosstrasse, en inmediata proximidad de la cancillería. Que, al no transmitir noticias las unidades, él había tenido que informarse, como ya había hecho otras veces, escuchando los partes de las emisoras de radio extranjeras. La ciudad no podía seguir siendo defendida. Cuando añadió que tal vez podría él, el Führer, tratar de «salir de aquí» y a la altura de Potsdam abrirse paso hasta el ejército de Wenck, Hitler respondió que era inútil: «De todas maneras mis órdenes ya no las cumple nadie». Cuando Weidling pidió instrucciones para el caso de que se agotaran todas las reservas de municiones, Hitler se retiró para celebrar un cónclave final con el general Krebs, al tiempo que indicaba que él jamás capitularía y que prohibía toda capitulación, ni de él ni de los demás jefes de tropa. Y entonces, por fin, mucho después de cuando debería haberlo hecho, permitió que determinadas unidades salieran del cerco, cosa que había

prohibido a todas las unidades durante las semanas anteriores. Poco después Weidling recibió la última «orden del Führer». Decía así:

En caso de que falten municiones y víveres a los defensores de la capital del Reich doy mi consentimiento para la salida. Deben salir en pequeñísimos grupos y buscar contacto con las tropas que siguen luchando. Caso de no encontrar a éstas, deben continuar luchando en pequeños grupos en los bosques.

Terminada la conferencia, Hitler salió el último de la pequeña pieza. Se dirigió a Otto Günsche y repitió que no quería caer en manos de los rusos ni vivo ni muerto. Que se quitaría él mismo la vida, al igual que «la señorita Braun», como significativamente seguía llamándola. Que quería ser incinerado y «no ser encontrado jamás». Luego hizo prometer a Günsche que tomaría las medidas necesarias para eliminar sus restos mortales. Esa orden era por lo visto tan importante para él que la impartió también por escrito. Acto seguido, Günsche llamó por teléfono al chófer de Hitler, Erich Kempka, que tenía su oficina en el sector de los garajes subterráneos, cerca de la cancillería, y le pidió que reuniera por la vía más rápida toda la gasolina posible, si fuera necesario sacándola de los vehículos abandonados. Cuando Kempka preguntó para qué la necesitaba, Günsche respondió que por teléfono no quería decir nada al respecto. Al poco rato, arrastrándose bajo el fuego granado de la artillería soviética, protegidos por saledizos de las paredes y por terraplenes, unos efectivos de las SS llegaron al antebúnker y entregaron unos bidones de gasolina.

Hacia las dos de la tarde, Hitler tomó la última comida en compañía de sus secretarias y de su cocinera. Después de las numerosas explosiones y de los accesos de cólera de esos días, parecía tranquilo y entero, y aquella pequeña reunión, todos sentados a la mesa en el cuarto de estar de Hitler, a una de las secretarias le pareció «un banquete de la muerte». La noche anterior, Hitler le había entregado una de las pequeñas cápsulas de cobre en las que estaban guardadas las ampollas de veneno, comentando al mismo tiempo que él sabía bien que aquello era un pobre regalo de despedida. Contra lo que se esperaba, Eva Braun no estuvo presente.

Con las palabras: «Ya es hora, esto se ha terminado», Hitler se levantó de la mesa al poco rato y fue a ver a Goebbels. Con la muerte ante los ojos, cada vez más cercana y apremiante, aquel hombre que gustaba de considerarse «el último de los leales» dejó a un lado los juramentos de honor y de aniquilación y de pronto urgió a Hitler para que abandonara Berlín. Pero Hitler repitió una vez más todos los argumentos, en parte aducidos por el propio Goebbels, y seguramente le planteó la pregunta con la que en esos días había rechazado

repetidas veces las propuestas de quienes trataban de convencerlo: que adónde iba a ir él y que no estaba dispuesto a «morir de cualquier modo por las calles». Al final dijo: «*Doktor*, usted conoce mi determinación. No voy a cambiarla». Pero Goebbels, por su parte, le dijo al final, podía optar por marcharse de Berlín con su mujer y sus hijos. Sin embargo, esta vez Goebbels le contradijo y aseguró que no se separaría del Führer.

Tras una despedida vino la siguiente. Cuando acompañaba hasta la puerta a Goebbels y a su mujer, que había llegado entretanto, Hitler se tropezó con su ordenanza personal, Heinz Linge. Linge le pidió que lo licenciara, y Hitler dijo que intentara junto con los demás pasar al oeste. Cuando aquel hombre sencillo le preguntó para qué y para quién iba él a tratar de llegar a otro sitio, Hitler replicó: «¡Para el próximo líder!». Después de que Linge le hubo hablado de lealtad y de que ésta duraba hasta más allá de la muerte y le saludara brazo en alto, Hitler se marchó a sus habitaciones privadas.





Algunos personajes del entorno de Hitler de los últimos días: Johann Rattenhuber, general de las SS y jefe del servicio de seguridad del Reich, comando de unos 250 efectivos para la custodia personal de Hitler; Otto Günsche, ayudante personal de Hitler; Hein Linge, ordenanza de Hitler, y Gertraud «Traudel» Junge, una de las cuatro secretarias que se quedaron hasta el final en el búnker.

Poco después llegó junto con su mujer al pasillo de las conferencias. Con guerrera sencilla, con la Cruz de Hierro en la parte izquierda del pecho y con la condecoración por las heridas recibidas en la Primera Guerra Mundial, se presentó a sus íntimos colaboradores, que esta vez habían llegado para una especie de despedida oficial. Goebbels, su mujer y Bormann eran los primeros de la fila, luego venían los generales Krebs y Burgdorf, el embajador Hewel y el oficial de enlace de la Marina en el cuartel general, vicealmirante Hans-Erich Voss. El final lo formaban Rattenhuber, Günsche, Högl y Linge así como las secretarias. Después de pasar revista a la fila, acompañado de su mujer, sin responder gran cosa a las frases en parte formularias y lacónicas, en parte apenas una especie de jadeo, desapareció él sólo en sus habitaciones mientras Eva Braun iba un momento a ver a Magda Goebbels. En el antebúnker se reunieron entretanto, mandados llamar por Günsche, algunos de los oficiales de las SS que pertenecían al comando-escolta del Führer.

No se ha podido aclarar del todo si fue entonces o ya antes de la revista de despedida cuando Hitler hizo llamar a su capitán de vuelo Hans Baur. Cuando Baur entró en la habitación con su lugarteniente Georg Betz, Hitler le cogió las manos, le dio las gracias por su fidelidad de tantos años y habló después otra vez de la cobardía y la traición que le habían deparado ese final; ahora ya no podía más, dijo. Cuando Baur intentó de nuevo convencerle para que

saliera de Berlín, diciendo que había aviones esperando, con una capacidad de vuelo de once mil kilómetros, para llevarle a uno de los países árabes, a Sudamérica o a Japón, Hitler declinó resignado: él ponía fin a su vida; había que tener el valor de ser consecuente. Mañana mismo, dijo, lo maldecirían millones de personas. «Pero el destino lo ha querido así».

Luego pidió también a Baur que dispusiera todo lo necesario para la incineración de los cadáveres: «Sus restos y los de su mujer no podían en modo alguno caer en manos de esos cerdos», como le había pasado a Mussolini. Antes de separarse le regaló a Baur el cuadro de Federico el Grande, de Anton Graff, con quien durante las semanas anteriores él había mantenido ensimismados coloquios; en una ocasión había sido observado por uno de los telefonistas del búnker: estaba sentado en su cuarto de estar, por la noche, a la luz de una vela que oscilaba inquieta debido a la corriente de aire de la ventilación, y miraba fijamente el cuadro en una especie de «trance». Cuando Baur se dio media vuelta para marcharse, Hitler volvió a su pensamiento inicial. En su tumba, dijo, había que poner que él había sido «víctima de sus generales».

Una vez más, el curso de las cosas quedó interrumpido. Porque de pronto apareció en escena Magda Goebbels, «deshecha en llanto» y exigió «excitadísima» hablar con el Führer. Hitler estaba claramente irritado, pero al final Günsche acabó convenciéndole para que recibiera a aquella desesperada mujer. Ferviente admiradora de Hitler, Magda Goebbels había tomado hacía tiempo la determinación de llevarse con ella al otro mundo a sus hijos, cuando llegase el momento. Todos los que se habían esforzado una y otra vez por hacerla cambiar de parecer fracasaron en su intento, y había opuesto un obstinado «no» incluso a las conminaciones de Hitler. Ella no podía dejar morir sólo a su marido, había objetado, y, si iba a la muerte con él, también tenían que morir los hijos. Sin embargo, ahora había empezado a vacilar, lo mismo que el propio Goebbels. Excitada intentó por última vez persuadir a Hitler de que abandonara Berlín, mientras su marido esperaba delante de la puerta. Pero Hitler ya no quería saber nada de aquello. Con pocas palabras rechazó su petición, y «cosa de un minuto después», dice el informe de Günsche, ella «se retiró llorando». También llegó corriendo otra vez Artur Axmann pidiendo hablar con el Führer, pero Günsche le dio a entender que tenía orden estricta de no dejar pasar a nadie más.

En el búnker se hizo un silencio opresivo, como en los días anteriores, por doquier había personas aisladas o grupos, sentados y esperando. Pero como si aquella vida, que había estado determinada en su mayor parte por montajes y

escenificaciones delirantes, no pudiera terminar sin estridencias, en aquel instante empezó en la cantina del antebúnker un animadísimo baile en el que se relajaba la tensión nerviosa a que estaban sometidos desde hacía semanas los habitantes del búnker: las reglas de estricta disciplina, tanto tiempo acatadas, si bien al final con clara negligencia, ahora se derrumbaban en un poderosísimo sentimiento de alivio y de final. Música alegre salía de los altavoces, y aunque venía de lejos se la podía oír hasta en los últimos rincones del laberinto subterráneo. Fue enviado arriba un ordenanza para pedir silencio; el Führer —ése fue el recado que transmitió el mensajero— estaba a punto de morir. Pero ninguno de los clientes de la cantina, casi todos borrachos, se hizo eco de la amonestación, y la juerga continuó.

Lo que sucedió después no se ha podido averiguar de modo satisfactorio. Algunos testigos cuentan que oyeron un único disparo hacia las tres y media. La secretaria Gertraud Junge, que después de despedirse de Hitler quería dirigirse a las habitaciones de arriba para escapar de la estrechez, del aire sofocante y del ambiente melodramático del búnker de abajo, se tropezó en el descansillo de una escalera con los hijos de Goebbels, sentados allí, sin nadie que se ocupara de ellos. Les buscó algo de comer, les leyó también unos cuentos para distraerlos y trató de responder a sus preguntas, cada vez distintas y cada vez más llenas de angustia. De pronto, recuerda ella, se oyó el estampido de una pistola, y el que tenía nueve años, Helmuth, exclamó alegremente excitado: «¡Ése ha dado de pleno!». En cambio, otros testigos han negado haber percibido ruido alguno, debido sobre todo a los motores diésel que no cesaban de golpear y al zumbido de los ventiladores.

En cualquier caso, en las salas de conferencias, la grande y la pequeña, esperaba durante todo el tiempo, con nerviosismo apenas reprimido, el grupo que había participado en la despedida, hasta que Linge, que en la sala de guardia había buscado consuelo ingiriendo apresuradamente unas copas de aguardiente, entró en la antesala de las habitaciones privadas de Hitler. Al percibir, inmediatamente según su testimonio, olor a pólvora se dirigió a Bormann, que estaba en el corredor, y le dijo: «¡Herr Reichsleiter, ya ha ocurrido!».

Seguidos por Günsche, ambos se dirigieron entonces a la habitación. Hitler estaba sentado en el sofá de tela floreada, con los ojos abiertos, el cuerpo desplomado y la cabeza algo inclinada hacia delante. La sien izquierda estaba perforada por un orificio del tamaño de una moneda, por el que había salido un hilo de sangre que después le cayó por la mejilla. En el suelo había una pistola Walther del calibre 7.65 mm. Junto a ella se había formado un

charco, y la pared posterior estaba cubierta de salpicaduras de sangre. Sentada a su lado estaba su mujer, con un vestido azul, con las piernas encogidas y los labios, que habían tomado un color azulado, apretados. Su pistola estaba sobre la mesa, delante de ella, sin utilizar. Olía a humo de pólvora y a almendras amargas. Algunos de los implicados han asegurado que por lo visto Hitler, siguiendo el consejo de uno de los médicos del búnker, el doctor Werner Haase, había mordido una ampolla de ácido prúsico y al mismo tiempo se había disparado un tiro en la sien, según otras versiones en la boca. El general de las SS Rattenhuber, por su parte, dedujo de lo que oyó aquí y allá que Hitler se limitó a tomar veneno y que a continuación una tercera persona, cumpliendo la orden recibida previamente, le disparó un tiro. Lo que ocurrió en verdad ya no se puede averiguar.

Como la situación urgía, Günsche, tras quedar un momento como paralizado y sumido en los recuerdos, se dirigió a los que esperaban en la sala de conferencias, saludó militarmente y dijo: «Doy parte: el Führer ha muerto». Con rostro impasible le siguieron Goebbels, Krebs, Burgdorf y los otros al despacho de Hitler, donde Linge ya estaba envolviendo al muerto en una manta. Junto con Högl trasladó el cadáver de Hitler, pasando ante la fila del pequeño cortejo fúnebre, a la sala grande de conferencias, las piernas colgaban fuera de la manta, como han contado varios de los que estaban presentes, y oscilaban sin vida de un lado a otro. Detrás iba Bormann con el cadáver de la mujer.

El primero que recobró la palabra fue Goebbels. Ahora subiría a su ministerio, a la Wilhelmplatz, declaró, y daría vueltas en torno a él hasta que una bala pusiera fin a su vida. Mientras todos hablaban de lo sucedido, emocionados y con cargo de conciencia, y discutían lo que había que hacer, entró de pronto corriendo en la habitación el director del parque móvil, Erich Kempka. Ignorante de todo como estaba, le pidió explicaciones a Günsche y le preguntó qué significaba aquel caos y si Günsche se había vuelto «loco» pidiendo unos bidones de gasolina con aquel brutal fuego de artillería. Cuando Günsche lo llamó aparte y, todavía marcado por el horror, dijo: «¡El jefe ha muerto!», Kempka lo miró desconcertado. «¿Cómo ha podido ocurrir eso?», exclamó, según ha contado él mismo. «Ayer todavía hablé con él. Estaba sano y muy tratable».

Cuando se hubo repuesto del primer *shock*, Kempka se unió, al pie de la escalera, a los que conducían arriba el cadáver de Hitler, mientras que Günsche se hizo cargo del cuerpo de la mujer. A la puerta de salida al jardín se quedaron parados un rato porque los disparos hacían retroceder a Linge, a

Högl y a los demás. Hasta después de varios intentos no lograron colocar a los muertos a unos metros de distancia del búnker. Entonces Bormann dio unos pasos hacia delante, apartó la manta del rostro de Hitler, se quedó inmóvil unos segundos y luego volvió al grupo que se apelotonaba en la puerta. A pesar de los continuos disparos y de los incendios que había alrededor, en medio de una lluvia de cascos de granada, trozos de muro y terrones compactos, vaciaron por fin sobre los muertos hasta diez bidones de la gasolina que tenían preparada. Luego echaron encima astillas encendidas, que sin embargo, en el vendaval producido por los incendios, se apagaban una y otra vez. Günsche ya se había hecho con una granada de mano para que la operación siguiera adelante, pero Linge sacó unos impresos de su bocamanga y los enrolló hasta formar una antorcha de papel. En un intervalo en que amainaron los disparos, les prendió fuego y, tomando impulso, los lanzó contra los cadáveres.

Inmediatamente después, con un fuerte estallido, se levantó una enorme llamarada, y todos los presentes se cuadraron. Después, en el interior de la escalera, con la puerta provisionalmente cerrada, dieron un paso hacia delante uno tras otro y alzaron el brazo con el saludo nacionalsocialista. La hoguera quedó envuelta en humo negro y remolinos de escombros, y lo último que observaron por una abertura de la puerta fue cómo primero se encogían los cuerpos y después las extremidades se enderezaban fantasmagóricamente entre las brasas.

A la misma hora, tropas soviéticas asaltaban, ante la furiosa resistencia de los defensores, el cercano Reichstag. Por alguna razón, que tenía oscuramente que ver con el incendio del edificio a finales de febrero de 1933 y con el subsiguiente proceso contra los presuntos incendiarios comunistas, el mando soviético no había elegido como «símbolo» de Berlín la cancillería o la puerta de Brandeburgo sino aquella ruina deshabitada de la Königsplatz. Ya en el Óder habían sido entregadas a varias unidades banderas especiales para la conquista del «Kremlin alemán».

Antes del amanecer, las tropas soviéticas comenzaron el ataque al edificio, tapiado por todas partes, pero habían quedado detenidas por los disparos, que provenían sobre todo de la ruina de la cercana ópera Kroll. Con gran profusión de tanques, cañones y lanzacohetes, que en parte habían sido emplazados en los pisos superiores del Ministerio del Interior situado enfrente, habían repetido el asalto en el transcurso de la mañana, sin poder pasar de la boca del túnel del ferrocarril, que estaba inundada. Otro ataque que tuvo lugar tras una masiva preparación por parte de la artillería había

fracasado ante el fuego enemigo de manera que el mando soviético decidió esperar al anochecer. Sólo entonces consiguieron algunos asaltantes avanzar hasta las gradas del Reichstag y con ayuda de dos morteros en posición rasante abrir una brecha en el muro. En poco rato, el *hall* de entrada se llenó de soldados que iban llegando, que se dispersaban por todas partes y en plena oscuridad conquistaban una habitación tras otra y un piso tras otro.

Era ya medianoche, hora de Moscú, cuando el Estandarte n.º 5 del LXIX cuerpo de guardia que había dirigido el asalto al Reichstag, fue izado por una escolta de soldados de élite, vinculados al partido, sobre el tejado del Reichstag. Posteriormente se supo que unos minutos antes algunos soldados de artillería habían plantado una bandera en el edificio, pero eso fue considerado «extraoficial». La foto de la colocación de la bandera que se hizo más tarde, a la luz del día, presenta también al grupo «oficial» de soldados. Muy lejos de la realidad y con cierta imprecisión poética, dice el informe del comandante del grupo, general Perevyorkin: «Al atardecer, cuando empezó a ponerse el sol iluminando con sus rayos rojizos todo el horizonte, dos de nuestros soldados izaron la bandera de la victoria en la cúpula carbonizada».



La foto oficial, pero con la escena reconstruida posteriormente, del momento en que fue izada la bandera en el ya conquistado Reichstag, tomada por el célebre fotógrafo soviético Yevgeni Jaldéi.

En realidad, al menos en los laberínticos recovecos del sótano en que los soldados soviéticos se abrían paso a ciegas disparando muchas veces unos contra otros, los combates continuaron con la misma intensidad hasta las horas del mediodía del 2 de mayo. Cuando a los defensores se les acabó la munición, siguieron luchando cuerpo a cuerpo en la oscuridad con cuchillos, azadas y culatas de fusiles. Aún continuaban los golpes y las cuchilladas cuando en la cercana Pariser Platz ya empezaban los trabajos de desescombro

y en las plantas superiores del Reichstag algunos soldados del Ejército Rojo se dedicaban a grabar sus nombres en las paredes. Finalmente, cuando iban reuniéndose en las calles amas de casa, a las que se había ordenado barrer el adoquinado con ramas de abedul, las tropas soviéticas hicieron uso de los lanzallamas en las bóvedas de los sótanos. Sólo entonces acabó la lucha.

Pero no la guerra. Si los rusos venían propagando desde hacía semanas que la toma del Reichstag significaba el final de la guerra, eso era válido, como mucho, en un sentido simbólico. Cuando el mariscal Zhúkov, en el curso de la jornada del 30 de abril, apremió al general Chuikov con la pregunta de si, como se esperaba, estaría conquistado todo Berlín para la celebración del Primero de Mayo, recibió la respuesta de que los alemanes, contra todas las previsiones, seguían resistiendo encarnizadamente, y eso no permitía «abrigar la esperanza de una próxima capitulación». Una vez más se pagaban los errores tácticos cometidos junto a las colinas de Seelow.

Por la tarde Rattenhuber volvió a recibir la orden de llevar más gasolina, ya que, junto a la puerta de salida al jardín del búnker, los cadáveres aún no estaban consumidos del todo. Apenas llegó la gasolina, unos soldados de guardia subieron al jardín, vaciaron los bidones sobre los cadáveres ya muy carbonizados, o los abrieron y los lanzaron sin más desde el búnker contra los dos cuerpos. Cuando el Unterführer de las SS, Hermann Karnau, llegó al atardecer al lugar de la incineración, sólo se reconocían los esqueletos. Al intentar meterlos con el pie en un hoyo, se deshicieron en toda su longitud, como tocados por una mano espectral, y se transformaron en un montón largo y achatado de cenizas. En su inquietud, Karnau fue otra vez allí hacia las ocho, pero entonces, como ha declarado él mismo, ya volaban «las pavesas en el viento».

El final sigue siendo incierto. Günsche afirmó que a primera hora de la tarde ordenó a un oficial de servicio de las SS que eliminara los restos mortales de Hitler y de Eva Braun-Hitler y que poco después recibió el parte de que la orden había sido ejecutada. Pero, inconcebiblemente, ni él ni ninguno de los otros interesados se convenció por propia inspección ocular del final de la incineración ordenada por el propio Hitler; ni siquiera el general Baur, al que Hitler había hecho prometer que se encargaría de eliminar los cadáveres sin dejar resto alguno. Sólo Bormann y Rattenhuber, dice uno de los testigos, aparecieron un instante, ya anochecido, en la puerta del búnker. Según otro testimonio, los restos fueron puestos por la noche en una lona, depositados en un cercano cráter de obús, se echó tierra por encima y todo fue apisonado con un poste de madera. Pero nadie puede decir si los

disparos con granadas y lanzallamas, que no remitían desde hacía casi veinte horas, permitían llevar a cabo un trabajo tan complicado.

Se cuenta sobre Rattenhuber que al visitar después el lugar de la incineración había dicho llorando: «Diez años he servido al Führer, y aquí yace ahora». El contraste, en efecto, apenas podía ser más brusco. En una de las exaltadas y patéticas visiones de su muerte, Hitler había situado su tumba en las grandiosas alturas del tejado del campanario que dominaría la remodelada orilla del Danubio de su ciudad natal, Linz. Y he aquí que ahora su tumba se encontraba en un descampado lleno de ruinas, a espaldas de la cancillería destruida, apisonada en la tierra removida por los continuos disparos, entre cascotes de hormigón, montañas de escombros y pirámides de basura.

CAPÍTULO SEXTO

La voluntad de sucumbir

Se dice que hasta el final de una vida o de un fenómeno histórico no salen a la luz las verdaderas fuerzas motrices que los determinaron. Entre las preguntas planteadas por la muerte de Hitler está la cuestión de si, cuando en la tarde del 30 de abril de 1945 se quitó la vida de un tiro de pistola, se consideraba fracasado. La respuesta no es desde luego tan evidente como parece a primera vista, y los observadores más reflexivos lo han puesto en duda.

Porque lo que sucedió, sobre todo en los meses inmediatamente anteriores a mayo de 1945, no fueron solamente los estragos inevitables de una derrota total: ciudades destruidas, millones de personas desplazadas, caos por doquier. Antes bien, hasta en los últimos estertores del Reich, visiblemente derrotado desde hacía tiempo, parecía estar actuando una energía conductora cuyo objetivo no era solamente prolongar la guerra sino aniquilar literalmente el país.

Ya en el otoño de 1944, cuando los enemigos se acercaban a las fronteras alemanas, Hitler había dado una serie de órdenes que hacían extensivo al Reich el principio de «tierra quemada» aplicado en diversas ocasiones, en el este y en el oeste, durante las operaciones de retirada de las tropas. Todas las instalaciones que sirvieran para mantener la vida, ordenaba Hitler cada vez con más insistencia, tenían que ser destruidas: fábricas y bases de aprovisionamiento, sistemas de canalización, tendidos de ferrocarril y líneas telefónicas; había que saltar todos los puentes, prender fuego a todas las granjas, y ni siquiera había que exceptuar los monumentos artísticos y los edificios históricos. Unos meses después, el 19 de marzo de 1945, en la llamada «orden de Nerón» y con el significativo título «Medidas de destrucción en el territorio del Reich», Hitler había confirmado abiertamente su intención de crear un «desierto civilizatorio»: «Todas las instalaciones militares, de tráfico, de noticias, de industria y de abastecimiento así como objetos materiales que el enemigo pueda utilizar de algún modo,

inmediatamente o en un tiempo previsible, para proseguir la lucha, deben ser destruidos». Varios decretos de aplicación fijaban los pormenores.

En muchos lugares se empezó entonces sin pérdida de tiempo a demoler fábricas, empresas de transportes o almacenes de comestibles, se hicieron preparativos para volar tendidos de ferrocarril y también para inutilizar vías de navegación hundiendo barcos cargados de cemento. Al mismo tiempo se intensificó lo que ya se había practicado cuando las unidades norteamericanas abrieron brecha en el frente occidental: evacuar ciudades y comarcas enteras, aunque las masas que erraban sin guía ni norte sólo aumentaban la confusión reinante en las zonas del frente e impedían todas las operaciones militares. Cuando uno de los generales trató de disuadir a Hitler de que promulgara el llamado «decreto de evacuación», aduciendo que no se podía enviar a cientos de miles de personas a caminar a campo traviesa, sin medios de transporte ni provisiones ni alojamiento ni ninguna de las cosas necesarias, él se dio media vuelta sin decir una palabra. Una «orden de la bandera» disponía que en las casas en que colgara una bandera blanca fueran fusilados al momento todos los habitantes masculinos. El combate, decía una disposición de finales de marzo, había de «ser fomentado con el máximo fanatismo. En este punto, actualmente no se puede guardar ningún tipo de miramientos con la población».

Se entienden mal estas órdenes si se las considera un último medio desesperado de defensa, dada la superioridad del enemigo que se aproximaba. Antes por el contrario, esas órdenes habían sido siempre el primer método, el método preferido de Hitler; la intención de demoler era simplemente la expresión de su palabra auténtica, que ahora se percibía otra vez. Ya se había hecho oír en un himno de combate de los comienzos del movimiento, que prometía «hacer todo pedazos», pero después, tras la conquista del poder, había sido acallada por las consignas que hablaban de honor nacional, por protestas de paz y más tarde, durante los primeros años de la guerra, por los toques de trompeta que precedían a los partes extraordinarios. Ya en los años treinta, los enemigos interiores del régimen, adivinando el porvenir, habían cambiado el verso del estribillo del himno: «¡Porque hoy destruimos Alemania y mañana el mundo entero!»^[11]. Con la orden de «tierra quemada», esa intención salía otra vez a la luz.

Que esa voluntad de destrucción seguía hondamente arraigada bajo la capa de hipocresía táctica, sobre todo durante los años de paz, no sólo se ponía de manifiesto en los constantes reproches que se hacía a sí mismo Hitler en los últimos tiempos por haber sido tan transigente, o en los lamentos de

Goebbels por no haber «hecho trizas» más cosas. En el curso de las conferencias del 27 de abril, cuando la conversación giró en torno a todo lo que habría que hacer mejor después de la victoria final, una vez pidió la palabra el jefe de operaciones de la «ciudadela» y Gruppenführer de las SS, Wilhelm Mohnke, para hacer un comentario que sonaba a cínico: «Lo que queríamos en 1933», y se dirigió a Hitler, «no lo hemos logrado del todo, *mein Führer*». Pero Mohnke no era un cínico, y la situación tampoco se prestaba precisamente a comentarios sarcásticos, ni siquiera amargos. En su calidad de pretoriano radical del régimen, más bien había expresado lo que, detrás de todas las máximas sobre la «salvación del mundo», nunca dejaba de percibirse: la ilimitada voluntad de destrucción que constituía la auténtica verdad sobre Hitler y su séquito de conjurados. Durante la época de su ascensión y de su dominación habían necesitado enemigos, habían conseguido la conciencia de sí mismos a base de enemistades, hasta podría afirmarse que se habían definido por ellas y, cuando no las había, habían hecho todo lo imaginable por inventarlas. En eso no habían fracasado en absoluto.

Porque por el lado de Hitler no todo era rabia y terror. Eran más bien complicados sentimientos de consumación los que en el desastre subían a la superficie y le impulsaban a escenificar la derrota inminente como histórico espectáculo de ocaso total. Ya en marzo Goebbels había declarado en una conferencia de prensa: «Si nosotros nos hundiéramos, entonces se hundirá con nosotros todo el pueblo alemán y de un modo tan glorioso que, incluso al cabo de mil años, el heroico final de los alemanes ocupará el primer puesto en la historia universal».

Para Hitler y sus partidarios más allegados, el otro motivo determinante era la intención de grabarse como un mito en la conciencia del mundo. En los ritos funerarios que celebraban en honor de sí mismos, como jefes de tribus prehistóricas, ofrendaron innumerables vidas humanas; las estadísticas de las últimas semanas de la guerra presentan un promedio diario de varias decenas de millares. El noveno ejército, que quedó encerrado muy pronto y a cuyos comandantes, a pesar de haberlo solicitado una y otra vez, Hitler les prohibió salir del cerco hasta que el ejército sucumbió de forma absurda a finales de abril, es sólo un ejemplo de ello; otro, incomparablemente mayor, es la guerra contra el Este, una guerra que fue elevada a la categoría de «combate ideológico de aniquilación» y cuyo comienzo, significativamente, fue la consigna para poner en ejecución las formidables medidas de exterminio de las llamadas razas inferiores, los eslavos y sobre todo los judíos.

En esto, el régimen procedió con tanta más radicalidad cuanto más desesperada era la situación. A veces intentó incluso prolongar su voluntad de destrucción más allá del final. Hasta el almirante Dönitz, que gustaba de considerarse a sí mismo un comandante hipercorrecto, aunque estricto, no vaciló en elogiar a los asesinos. En una «orden del día» secreta del 19 de abril de 1945 confirmó, poniéndolo como ejemplo, su «total agradecimiento» a un sargento mayor de Marina que en un campo de prisioneros de Australia había ordenado matar, «de modo sistemático», como se lee textualmente, «y a espaldas de los centinelas» a algunos compañeros de cautividad alemanes que se habían dado a conocer como enemigos de Hitler. No era un caso aislado. No pocas veces se tiene la impresión de que, con el paso del tiempo, el plan aniquilador de Hitler iba alcanzando proporciones cada vez mayores. En numerosos discursos y conversaciones habló de la alternativa «o potencia mundial o sucumbir». En realidad, no había tal alternativa. Su intención apuntaba solamente a diferentes formas de destrucción.



El régimen hizo todo lo posible para que, al terminar la propia dominación, el país literalmente dejara de existir. Un caído, sobre las gradas del ala oriental de la cancillería, a principios de mayo de 1945.

Los ataques de desesperación de las últimas semanas sólo engañan a la mirada superficial. Esto puede aplicarse también a los ejércitos fantasmagóricos, a los falsos signos de victoria o a la esperanza, de la que muchos fueron testigos, de prolongar la propia vida al menos unos días. Ese género de cosas también entraba en el juego. Pero más fuertes eran el odio al mundo y el afán de destrucción, que se pusieron claramente de manifiesto en las órdenes de Hitler, liberado ya de todo género de miramientos, a partir del

comienzo de la guerra. Según un informe de quien fue algún tiempo comandante en jefe, Franz Halder, en el curso de la campaña contra Polonia Hitler insistió en que se bombardeara Varsovia, ya dispuesta a entregarse, y aferrado a los prismáticos se dejaba estimular, con una mirada que podría calificarse de codiciosa, por las escenas de aniquilación, y más tarde consideró la posibilidad de destruir París, y también Moscú y Leningrado, y con una especie de voluptuosidad se imaginaba los devastadores efectos que tendría un ataque con bombas o con cohetes en los desfiladeros de las calles de Manhattan.

Sus anhelos de destrucción habían quedado en gran parte sin cumplir. Ahora por fin, cuando el Reich saltaba hecho pedazos, ese hondo deseo suyo estaba realizándose, y se puede estar seguro de que el desmoronamiento de las últimas semanas le procuraba mayor satisfacción que cualquiera de las efímeras victorias de antaño. Ya había saludado las destrucciones causadas por los bombardeos, comentando que las flotas aéreas de los aliados no se habían atenido a los planes de remodelación de las ciudades alemanas, pero que el comienzo al menos ya estaba hecho; y lo que sonaba a ironía, era perfectamente serio.

Es natural suponer, no cabe duda, que él hubiera preferido organizar el acto final de un modo más grandioso, menos indeciso, tal vez más operístico, y también con más lujo de emociones, de horrores, de salvas apocalípticas. Pero, con todo, fue un final de corte memorable. En cualquier caso, la fama que buscó toda su vida no fue sólo la del estadista, la del jefe de un Estado autoritario de bienestar, o la de un gran general. Para cada uno de esos papeles había en él, junto a otras muchas cosas, demasiado Wagner y demasiado anhelo de sucumbir. Siendo adolescente asistió por primera vez, con entrada de pie en la ópera de Linz, a una representación de *Rienzi*, la historia de un revolucionario y tribuno que fracasa por una trágica incompreensión del mundo y que acaba eligiendo la muerte y la autodestrucción. «En aquella hora empezó todo», confesó embargado de felicidad décadas más tarde. Ahora, unos años después, todo terminaba con sentimientos no menos sublimes.

El viraje contra su propio pueblo Hitler no sólo lo aceptó como un mal inevitable sino que lo hizo suyo de modo cada vez más radical. Ya el 27 de noviembre de 1941, cuando con el comienzo del catastrófico invierno a las puertas de Moscú se planteó por primera vez la posibilidad del fracaso, había declarado enseguida a dos visitantes extranjeros que el pueblo alemán «debía desaparecer y... ser exterminado» si algún día «ya no tuviese suficiente

fortaleza y voluntad de sacrificio... para exponer su vida en defensa de su existencia», y él «no derramaría una sola lágrima por tal pérdida». Y el 19 de marzo de 1945 le había dicho a Albert Speer «con absoluta frialdad»:

Si se pierde la guerra, también se perderá el pueblo; no es necesario preocuparse por las bases que necesite el pueblo alemán para su elemental subsistencia. Al contrario, es mejor destruir incluso esas cosas. Porque ese pueblo ha demostrado ser el más débil, y al pueblo del este, más fuerte, es al que pertenece exclusivamente el futuro. Quienes aún sigan vivos después de ese combate son de todos modos los mediocres, porque los buenos habrán caído en la lucha.

A más tardar a partir de Stalingrado y del cambio de rumbo de la guerra, en todas sus decisiones intervenía el motivo del odio que el desengaño le había hecho concebir contra los alemanes. Eso determinó toda la estrategia de la última fase, empezando por la constante negativa a formar posiciones para interceptar los previsibles avances de los ejércitos enemigos y terminando con la ofensiva de las Ardenas de diciembre de 1944, para la que retiró del frente oriental grandes unidades, con el fin de movilizar, recurriendo a la «amenaza rusa», la voluntad de resistencia de la población, harta de guerra desde hacía mucho tiempo. Dos años antes había declarado que si fuese necesario llamaría a filas a los jóvenes de catorce años porque «siempre sería mejor que cayeran combatiendo contra el este que, una vez perdida la guerra, vivieran maltratados o vilmente explotados trabajando como esclavos». En el oeste, decía ahora indignado, la gente abría sin más las barreras antitanques y, pese a todas las amenazas de castigo, colgaban banderas blancas de las ventanas, y un cuerpo de ejército entero había desaparecido sin dejar rastro: «¡Es vergonzoso!». La estrategia que aún quedaba se fue convirtiendo más y más en operación de castigo contra el propio pueblo. Éste, como él había afirmado unos cuatro años atrás, «debía desaparecer y ser exterminado», y él, por su parte, obedeciendo a las «normas eternas» del combate por la supervivencia, contribuiría a ello con todos los medios a su alcance.

Se puede conjeturar con todo fundamento que fue esa voluntad de sucumbir, siempre renovada, la que sostuvo a Hitler hasta el final. En efecto, la decrepitud física descrita por todos los testigos —andaba encorvado, arrastraba los pies y hablaba cada vez con más fatiga— contrasta de un modo que parece casi absurdo con aquella energía de Hitler, confirmada por los mismos observadores, para imponer su voluntad: una «ruina que engullía bizcochos», como lo ha llamado uno de los habitantes del búnker, pero dotado de una autoridad que seguía teniendo gran fuerza de sugestión y que nadie ponía en entredicho jamás. A mediados de marzo apareció en el búnker el gobernador de Dantzig, Forster; éste contó en la antesala, desesperado y presa del pánico, que los rusos se habían presentado ante la ciudad, declarada

fortaleza pero completamente incapacitada para defenderse, con un ejército imponente y mil cien carros de combate mientras que en el propio bando sólo había cuatro tanques Tiger, y añadió que expondría a Hitler lo desesperado de la situación y le forzaría a tomar una clara decisión. Pero al poco rato Forster salió «completamente transfigurado» del despacho de Hitler, diciendo que el Führer salvaría a Dantzig, que de eso «no cabía la menor duda». Y el general de las SS Karl Wolff, que había llegado el 18 de abril con intenciones parecidas, dejó de suplicar y de exhortar, convencido por los grandiosos planes para los próximos tiempos que Hitler le había expuesto.

Sin embargo, pese a la fuerza de persuasión de Hitler, llama la atención, visto en su conjunto, su evidente inmovilismo en lo político. Destaca con extraordinaria claridad su incapacidad para pensar más allá de los inmediatos objetivos militares. Con maniobras sorpresa, cada vez diferentes, y con una mezcla de amenazas y de juramentos de buen comportamiento, en el curso de los años treinta había acumulado un éxito tras otro, alcanzando en un periodo de tiempo increíblemente escaso el objetivo de la primera etapa, la destrucción del sistema de fuerzas europeo. Pero ya a finales de 1937 su comportamiento produce la impresión de que está harto de esos triunfos fáciles y de que quiere volver por fin al «principio» de golpear cueste lo que cueste, un principio al que se había atenido toda su vida, como dijo, vanagloriándose de ello, en un discurso.

En cualquier caso, a partir de entonces y ya antes de estallar la guerra, no salió de él ninguna iniciativa de carácter político. En 1938 dejó pasar, lleno de soberbia, el gesto, tan excepcional como cobarde, de las potencias occidentales en la conferencia de Múnich y sólo dejó traslucir su irritación por haberle estropeado la guerra que ya entonces deseaba hacer. Asimismo, por lo menos después de las victorias sobre Polonia y, un año después, sobre Francia, tuvo varias veces la oportunidad de asegurar al Reich una especie de hegemonía sobre Europa. Pero Hitler no vio el manto que pasó a su lado rozándole y mucho menos intentó agarrarlo. Casi parecía que los éxitos militares le desconcertaban porque él no podía sacar provecho de una situación no bélica.

La convicción de que un largo periodo de paz, como declaró en agosto de 1939 a sus generales, «no podría tener efectos positivos» fue seguramente la causa de la total abstinencia política de los años siguientes. Todos los consejos procedentes de su entorno, así como de políticos extranjeros, como Mussolini, Horthy o Laval, para que examinara las posibilidades diplomáticas de la situación bélica, fueron inútiles. Sobre todo desde que la guerra cambió

de rumbo en el invierno de 1942-1943, él daba continuamente como argumento, para explicar la prolongación de la lucha, que era inminente la ruptura de la «absurda coalición entre bolchevismo y capitalismo» y que entonces habría llegado el momento de entrar en negociaciones prometedoras de éxito. Pero siempre que se presentaba una oportunidad de fomentar la división entre las potencias enemigas, la dejaba pasar sin aprovecharla, y Goebbels escribió malhumorado en su diario que él «urgía y urgía» pero que «a veces se tiene la impresión de que vive en las nubes». A este propósito, Sebastian Haffner ha opinado que Hitler carecía de la imaginación constructiva del estadista y que, al menos desde finales de la década de los treinta, también había perdido la agilidad táctica. Esa «falta en su equipamiento básico», añade, acabó siendo la causa de su fracaso.

Se puede ir aún más lejos y llegar a la conclusión de que Hitler no fue otra cosa, a lo largo de toda su vida, que un cabecilla venido a más, a vuelta de todos los maquiavelismos callejeros, una persona con la que no podía competir ninguno de los políticos circunspectos y reflexivos del escenario europeo. Fue sin embargo esa completa falta de escrúpulos en cuanto a medios y en cuanto a fines lo que le ayudó durante algún tiempo a conseguir sus sensacionales éxitos. Al igual que el jefe de una cuadrilla de bandidos, no tenía intenciones que fueran más allá de la idea de matar y robar. En todo caso, aquel enfrentamiento bélico con casi el mundo entero no tuvo, como constataron no sin asombro sus generales y después todos los observadores, un objetivo medianamente definible. En febrero de 1941, cuando todavía acariciaba la idea de haber concluido la campaña contra la Unión Soviética en el otoño siguiente, preocupado por la inminente paz, le pidió a Jodl que «elaborara un estudio» sobre la invasión de Afganistán y la India.

Y por eso, todo aquel que le preguntaba qué fines perseguía con aquella guerra sólo recibía como respuesta las exaltadas visiones de «espacios infinitos», largos discursos sobre inmensos filones de materias primas, sobre pueblos auxiliares y «fronteras que sangran eternamente». Ni siquiera los apuntes de febrero y abril de 1945, que constituyeron una especie de postdata de su visión del poder, contienen la menor alusión a que para él los territorios ocupados jamás hubieran sido otra cosa que territorios de paso para otras conquistas: tenaz, insaciable y sin perspectiva, sólo sometido a la «ley primigenia» de vida, una ley desaparecida, pero que, en su opinión, él había restablecido, del «derecho del más fuerte». Cuando su ministro de Asuntos Exteriores quiso convencerle en el otoño de 1943 para que no desaprovechara una iniciativa de paz proveniente de Moscú, él respondió encogiéndose de

hombros: «Mire usted, Ribbentrop, si hoy me avengo con Rusia, mañana empiezo otra vez: yo soy así».

Hitler comentó en alguna ocasión que quería ser en la historia un hombre «como no lo ha habido jamás». Las circunstancias de su final en aquella «bóveda de la muerte», de que hablaba uno de los habitantes del búnker, las órdenes sin sentido y los ataques de furia con que se oponía a la derrota inminente, causan la impresión de que él vislumbraba su inmenso fracaso. Pero un gran derrumbe, en su opinión, compensaba muchas cosas y era también una satisfacción. Es sintomático que la última voluntad de Hitler, que como un símbolo pone al descubierto el impulso dominante de su vida, fuera una orden destructiva: la orden, impartida el día 30 de abril, de quemar su cadáver.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Capitulaciones

El 30 de abril por la noche, después de haber incinerado los cadáveres y enterrado las cenizas, el grupo de quienes ahora estaban sin guía se reunió para una larga deliberación. Después de considerar varias posibilidades, Bormann propuso hacer una salida en masa y luchar con ayuda de varios cientos de efectivos del «regimiento personal» que habían sido comisionados para proteger la cancillería. Mohnke sin embargo advirtió a los reunidos que tal propósito carecía de perspectivas de éxito y podía calificarse de absurdo. Al final acordaron empezar antes las negociaciones con el alto mando soviético y enviar al general Krebs a Tempelhof, para hablar con Chuikov.

Hacia las dos de la madrugada, Krebs se puso en camino y cosa de hora y media después llegaba al Schulenburgring, donde Chuikov estaba alojado en una casa particular. El comandante soviético, sorprendido por la súbita oferta de diálogo, no había tenido tiempo de convocar a su estado mayor, y decidió por eso presentar como a sus más íntimos «consejeros militares» a dos escritores con quienes iba a sentarse en ese momento a comer, a su ayudante y a algunos otros cargos menos importantes. Entre los invitados estaba el compositor Matvéi I. Bláner, a quien Stalin había dado el encargo de componer una sinfonía sobre la conquista de Berlín. Pero al ver que Bláner no poseía uniforme y por tanto no podía ser presentado como oficial del Ejército Rojo, el general, furioso, lo encerró sin más en el armario de la sala de sesiones, ordenándole no hacer el menor ruido.

Tras ciertos preámbulos, Krebs entró en materia. Empezó la entrevista diciendo que el general era el primer extranjero al que comunicaba, confidencialmente, que Hitler, junto con su esposa, con la que se había casado poco antes, se había suicidado la víspera en el búnker, en los subterráneos de la cancillería. Pero Chuikov, que hasta entonces no sabía en absoluto que existiera un búnker en el área de la cancillería ni una tal Eva Braun, y menos aún que Hitler se hubiera suicidado, no mostró el menor asombro y afirmó que estaba enterado de todo. Entonces Krebs le leyó un documento redactado

por Goebbels. Éste daba cuenta en él de la regulación sucesoria establecida por Hitler y a continuación proponía «negociaciones de paz entre los dos Estados que han sufrido las mayores pérdidas en la guerra».

Chuikov no vaciló un instante. Sin muchas palabras rechazó el intento, demasiado transparente y demasiado tardío, de dividir a los aliados mediante un convenio por separado. Luego hubo demoras. Porque primero fue necesario informar al mariscal Zhúkov, que estaba en Strausberg y que a su vez sacó de la cama a Stalin; tanto el uno como el otro rechazaron también cualquier negociación bilateral. Fue declinada asimismo la propuesta de hacer una tregua; sólo se podía aceptar, dijo Chuikov, la capitulación incondicional, o de Berlín, o del Reich.

Como en todas las tragedias, tampoco en ésta faltó el ingrediente cómico. Porque al cabo de unas horas, Blánter, que, rígido y como sujeto con clavos, había aguantado en su escondite olvidado de todos, se derrumbó fuera del armario con gran estrépito y quedó tendido cuán largo era en la sala de sesiones. Después de ocuparse del músico desvanecido y de llevarlo a una habitación contigua, prosiguió la negociación sin que nadie diera explicaciones sobre el incidente. Se entabló una larga discusión cuando Krebs indicó que, sin previa consulta a Goebbels o a Dönitz, él no podía consentir en capitular. Al final recibió un papel, que constaba de cinco frases, con las condiciones soviéticas:

1. Berlín capitula, 2. Todos los que capitulan han de deponer las armas. 3. Se garantiza la vida a todos los soldados y oficiales. 4. Habrá socorro para los heridos. 5. Se encontrará la posibilidad de negociar por radio con los aliados.

Si no se cumplieran esas condiciones, añadió Chuikov, se reanudaría el combate de inmediato y con máxima energía. Al cabo de casi doce horas, Krebs emprendió el camino de regreso a la cancillería.

Goebbels estaba indignado. Él había conquistado Berlín años atrás en lucha contra los rojos, dijo, y «defenderé» la ciudad «contra los rojos hasta mi último aliento. Las pocas horas», añadió, «que aún viva como canciller alemán no las emplearé para poner mi firma bajo un tratado de capitulación». En vista de que había gran excitación en el grupo, de que todos hablaban a la vez y sólo estaban de acuerdo en interrumpir las negociaciones y no dar un paso adelante, Hans Fritzsche, uno de los altos funcionarios del ministerio de Goebbels, determinó hacer una oferta de capitulación por propia cuenta.



Mientras en la ciudad prosigue la lucha, una mujer soldado del Ejército Rojo dirige el tráfico en las calles de Berlín el primero de mayo de 1945.

Fritzsche se dirigió a su oficina de la Wilhelmplatz y redactó una carta al mariscal Zhúkov. Ya antes de que terminara, el general Burgdorf irrumpió borracho en la habitación y preguntó temblando de ira si Fritzsche tenía realmente la intención de entregar la ciudad a los rusos. Al asentir Fritzsche, Burgdorf vociferó que entonces él tenía que pegarle un tiro porque la orden del Führer de no capitular en modo alguno seguía siendo válida, y Fritzsche, además, en su condición de civil, no estaba autorizado para negociar. Con mano insegura levantó la pistola, pero el radiotécnico que le había acompañado al despacho de Fritzsche y estaba esperando en la puerta, le quitó el arma de la mano en el último instante, de manera que el disparo fue a dar contra el techo de la habitación. A continuación, Burgdorf fue reducido por varios colaboradores del ministerio, llegados a toda prisa, y devuelto al búnker de la cancillería.

Inmediatamente después, Fritzsche envió a dos de sus funcionarios a la zona soviética, más allá de las líneas, y no mucho más tarde se puso él en camino. Pocas cosas hacen tan evidente la confusa situación de la ciudad, en

la que los combates, al menos por sectores, continuaban con la misma intensidad, como el acuerdo al que llegó Fritzsche al poco rato con el alto mando soviético. Según tal acuerdo, él, aun sin estar autorizado por el gobierno alemán, haría público por radio que el bando soviético había aceptado la capitulación. Además, daría la «orden» de no continuar la lucha y de enviar las tropas a la cautividad, con armas y material de guerra.

Entretanto, el general Weidling, comandante de Berlín, también había decidido dar término a aquel derramamiento de sangre, absurdo desde hacía tiempo. Para no provocar protestas, en el búnker sólo había puesto al corriente de su plan a pocas personas de su confianza. La opinión de Goebbels ya la conocía de todos modos, y el general Krebs se había acercado a él, al despedirse, con este comentario: «Sólo hay hombres desesperados, no situaciones desesperadas».

El primero de mayo por la tarde, Weidling ordenó a sus tropas que dejaran de luchar. Unos minutos después de medianoche, envió por radio a las líneas enemigas, cinco veces seguidas, un mensaje público:

¡Habla el 56 cuerpo acorazado alemán! ¡Habla el 56 cuerpo acorazado alemán! ¡Pedimos alto el fuego! A las 2.50, hora de Berlín, hemos enviado parlamentarios al puente de Potsdam. Señala de identidad, bandera blanca con luz roja. ¡Pedimos respuesta! ¡Esperamos!

Poco después se anunció el otro bando: «¡Entendido! ¡Entendido! ¡Transmitimos su petición al jefe de estado mayor!». De nuevo un poco después, Chuikov envió por radio su conformidad, y a la hora convenida Weidling llegó en compañía de tres oficiales del estado mayor al Schulenburggring. Cuando Chuikov preguntó dónde se encontraba Krebs y si había sido informado, Weidling no supo decir nada concreto. A la siguiente pregunta de si todas las unidades estaban al corriente de su orden de alto el fuego, Weidling respondió que había varias unidades, sobre todo las más reducidas, a las que no podía alcanzar, y que las unidades de las SS no dependían de él. Probablemente, añadió, en algunos lugares se seguía combatiendo ya sólo por el hecho de que Goebbels había ordenado mantener de momento en secreto la muerte del Führer, para salvaguardar la moral de la tropa. Chuikov le pidió entonces que redactara una orden de capitulación, pero Weidling se negó a ello. En su condición de prisionero, declaró, no podía impartir órdenes. Al prolongarse la discusión, le fallaron los nervios y se derrumbó. Apenas se hubo recuperado el general, acordaron redactar un llamamiento que sería transmitido por altavoces a todos los lugares donde todavía se combatiera. Weidling escribió:

Berlín, 2 de mayo de 1945. El 30 de abril de 1945, el Führer se suicidó abandonando a su destino a todos los que le habían jurado fidelidad. Fieles a la orden del Führer, vosotros, soldados alemanes, habéis estado dispuestos a continuar la batalla de Berlín, aunque vuestra munición se agotaba y, dada la situación general, era absurdo seguir resistiendo. Ordeno que cese inmediatamente toda resistencia. Cada hora que sigáis luchando prolonga el terrible sufrimiento de la población civil de Berlín y de nuestros heridos. De acuerdo con el alto mando de las tropas soviéticas os conmino a abandonar inmediatamente la lucha. Weidling, antiguo comandante de la zona de defensa de Berlín.

Fue así como aquella confusa resistencia, que había continuado un poco por libre, a la manera de los Freikorps [cuerpos de voluntarios], recibió la señal de que debía cesar la lucha. La víspera, Goebbels y Bormann habían comunicado por fin a Dönitz la muerte de Hitler. La noche del 30 de abril sólo se le había dado la noticia falsa de que él había sido nombrado sucesor del Führer, en lugar del destituido mariscal del Reich. En realidad, Hitler únicamente había transferido al almirante el cargo de presidente del Reich y el de comandante en jefe de la Wehrmacht, pero no el de canciller. La intención que guiaba a Goebbels y a Bormann no era solamente mantener en secreto el mayor tiempo posible la muerte de Hitler. Antes bien, lo que pretendían con aquel engaño era que continuara la habitual lucha por el poder. Porque ambos temían que Himmler, que se había desviado en dirección a Schleswig-Holstein, pudiera aprovecharse de que Goebbels no tenía prácticamente capacidad de maniobra en Berlín y urgir a Dönitz a que lo nombrara canciller a él. Pero el almirante, ésos eran sus cálculos, no dejaría el cargo mientras siguiera creyendo que él era el canciller nombrado por Hitler.

Después de enviar el mensaje, Goebbels se consagró a los pocos asuntos que quedaban pendientes en la cancillería. Sostuvo alguna que otra entrevista, firmó algunos documentos y a continuación se retiró para poner término al diario que venía escribiendo desde hacía años. Al final formuló una especie de balance y, en un tratado de siete páginas, se dedicó a justificar la política que había llevado a cabo todos esos años junto con Hitler y que él había propugnado con su extraordinaria capacidad oratoria.

Aproximadamente una hora después Goebbels salió de su habitación y le entregó el manuscrito a su secretario de Estado, Werner Naumann, pidiéndole que lo sacara de Berlín y lo transmitiera a la posteridad. Esa póstuma entrada en escena no llegó a tener lugar, porque Naumann, según su propio testimonio, perdió las hojas en la confusión de los días de huida. Pero no resulta difícil reconstruir, al menos esquemáticamente, ese discurso apologético a partir de los textos que Goebbels redactaba desde hacía años, y con mayor intensidad durante las últimas semanas.

El inicio vendría dado también esta vez por la serie de justificaciones que para él siempre fueron la base que sustentaba su actividad, desde aquella

voluntad suya de defender la civilización europea unida a la condena de los países occidentales, que por odio ciego al Reich habían negado los mortales peligros que se cernían sobre ellos y entregado el viejo continente a las hordas asiáticas, hasta la crítica de las propias filas, que no sólo estaban socavadas por la continua traición de las viejas capas sociales, sino que también habían sido incapaces de hacer la guerra total. Y todo eso acompañado y amplificado por las exaltadas metáforas de lucha universal entre las abismales fuerzas luciferinas de una parte y los ejércitos del orden y de la justicia de otra, con Hitler como caudillo y Mesías. Una vez más recurría constantemente a expresiones e imágenes religiosas, con las que casi veinte años atrás había cimentado y agigantado el mito del Führer. Dentro de muy poco tiempo, podría haber concluido de un modo blasfemo como tantas otras veces, cuando Europa sea bolchevique, se recordará con añoranza al Führer, que volvió a recorrer el camino del Calvario y dio su vida para redimir al mundo.

Por la noche, Magda Goebbels se fue a sus apartamentos del antebúnker. Ya se había reunido varias veces con el médico de Hitler, el doctor Stumpfegger, y el ayudante de la administración de sanidad, doctor Kunz, para saber cómo se podía matar a los niños rápidamente y sin dolores. También había entregado a Hanna Reitsch una carta para su hijo del primer matrimonio, Harald Quandt, en la que trataba de explicar su determinación. Había decidido, escribía, dar a su vida nacionalsocialista «el único final decoroso posible». Luego continuaba:

Has de saber que me he quedado con papá en contra de su voluntad, que todavía el domingo pasado el Führer quería ayudarme a salir de aquí. Para mí no había lugar a reflexiones. Nuestra maravillosa idea desaparece; con ella, todo lo hermoso, admirable, noble y bueno que he conocido en mi vida. El mundo que venga después del Führer y del nacionalsocialismo no merece que se viva en él, y por eso me he traído aquí a los niños. Son demasiado valiosos para la vida que vendrá después de nosotros, y un Dios misericordioso me comprenderá si los libero yo misma.

Era una «gracia del destino», con la que nunca se habría atrevido a contar, que ella y la familia pudieran salir de este mundo junto con el Führer.



El matrimonio Goebbels con los seis hijos que fueron asesinados después por Magda Goebbels en el búnker, y con Harald Quandt, el hijo que ella tuvo en su primer matrimonio. Quandt sobrevivió; en aquel tiempo era prisionero de guerra.

En una breve postdata Goebbels añadía que él y todos ellos querían dar un ejemplo que ayudara a resurgir a Alemania, una vez superada esa guerra terrible. Que él, su hijastro, no se dejara confundir por el «ruido del mundo»: «Las mentiras se derrumbarán un día por su base, y sobre ellas la verdad triunfará de nuevo. Será la hora en que nosotros estaremos por encima de todo, puros y sin mácula...».

La noche del primero de mayo, Magda Goebbels acostó a los niños con una bebida soporífera, seguramente ordenó ponerles también una inyección de morfina y a continuación, en presencia del doctor Stumpfegger, les abrió la boca y les echó unas gotas de ácido prúsico. Sólo parece que se defendió la hija mayor, Helga, que ya los días anteriores había preguntado con inquietud qué iba a pasar con todos ellos; en cualquier caso, las contusiones que presentaba el cuerpo de aquella niña de doce años indicaba que le habían suministrado el veneno haciendo uso de la fuerza. Con el rostro gris y diciendo: «Está consumado» bajó Magda Goebbels al búnker profundo donde la esperaba su marido, se metió con él en su cuarto de estar y, llorando, empezó a hacer solitarios.

Después llegaron también Bormann y Artur Axmann, y Magda Goebbels les pidió que se quedaran: «Vamos a sentarnos todos juntos otra vez», dijo, «como solíamos hacer en los tiempos heroicos». Se sentaron un rato en torno a la mesa e intercambiaron recuerdos de los años en que los enemigos aún eran débiles y las esperanzas grandes. De vez en cuando la conversación quedaba interrumpida por algún habitante del búnker que quería despedirse. Goebbels ya había hecho prometer antes a su ayudante, el Hauptsturmführer^[12] Günter Schwägermann, que él se encargaría de incinerar los cadáveres.

Hacia las ocho y media se levantó sin previo aviso y se fue al guardarropa. Se puso la gorra y los guantes y se dirigió en silencio con su mujer a la puerta del búnker, pasando junto a varias personas que estaban por allí. Magda Goebbels se había puesto la Insignia de Oro de Hitler, que éste le había entregado tres días antes. Sólo una vez, ya al pie de la escalera, dijo Goebbels unas palabras al telefonista Rochus Misch, que estaba allí: que ya no lo necesitaba. Y al salir añadió: «*Les jeux sont faits*».

Arriba, ya en la puerta, la pareja se detuvo un brevísimo instante y salió después al exterior, a la luz de los incendios que rugían en torno a ellos. Cuando Schwägermann, desde la escalera, creyó haber oído un disparo, hizo una señal a los SS que estaban esperando y juntos subieron varios bidones de gasolina. Como Goebbels había pedido que antes de incinerarlos se cerciorasen de que él y su mujer estaban realmente muertos, Schwägermann mandó acercarse a un soldado de guardia, y éste disparó uno o dos tiros contra los cadáveres, que yacían muy cerca de la salida del búnker. Luego llegaron algunos ordenanzas, rociaron de gasolina a los muertos y les prendieron fuego. Una rugiente nube de fuego envolvió enseguida los cuerpos; sin embargo, también esta vez se apagó a los pocos minutos. Pero entretanto todos estaban atareados con la propia huida, y nadie volvió a preocuparse de los restos semicarbonizados que yacían en el jardín de la cancillería.

Los demás, después de poner en orden algunas cosas, de quemar los documentos más importantes y proveerse de lo más necesario, se reunieron en el antebúnker. Para no dejar intactas en poder del enemigo las habitaciones que durante los meses anteriores habían sido no sólo la central de mando del Reich sino también el domicilio privado de Hitler, Mohnke dio orden de prender fuego al búnker del Führer. Schwägermann y algunos oficiales de las SS fueron una vez más a buscar gasolina, rociaron con ella el despacho de Hitler y prendieron fuego. Pero como al salir del búnker habían cerrado herméticamente la puerta de acero y la ventilación estaba desconectada, el

fuego no pudo propagarse y sólo ennegreció algunos muebles y dejó numerosas quemaduras.

Entretanto, Mohnke comunicó a los comandantes de las unidades estacionadas en el barrio de la sede del gobierno los más importantes acontecimientos de las últimas horas. Los puso al corriente de la traición de Himmler y de la ejecución de Fegelein, de la boda y el suicidio del matrimonio Hitler y de la familia Goebbels, de los intentos fracasados de levantar el bloqueo por parte de Wenck, Steiner, Holste y Busse así como de las negociaciones, interrumpidas sin que se llegara a un acuerdo, entre Krebs y Chuikov. Acto seguido reenvió a sus unidades al grupo de consternados oficiales, de los que sólo algunos sabían ya antes lo ocurrido y todo lo más como rumor no confirmado, diciéndoles que el comandante de la ciudad, general Weidling, había dispuesto que cesara la lucha una hora antes de medianoche. Cada unidad, añadió, debía tratar de avanzar hacia el norte y, en lo posible, alcanzar la zona de mando de Dönitz.

Poco antes de las once empezó el éxodo de los habitantes del búnker. Krebs y Burgdorf se quedaron allí. Mohnke había formado diez grupos de veinte o veintitantas personas cada uno. A intervalos de veinte minutos, iban saliendo de la cancillería por la ventana del sótano situada bajo el balcón del Führer, atravesaban la Wilhelmplatz, asolada e iluminada como en pleno día por la luz de los incendios, y después desaparecían, resbalando y tropezando, en la boca de metro colmada de escombros de la estación Kaiserhof. A lo largo de las vías, prácticamente por debajo de las líneas rusas, se dirigieron a la estación Friedrichstrasse y desde allí, así estaba proyectado, atravesando el túnel que pasaba por debajo del Spree, a la estación de Stettin. La pálida luz de las linternas que algunos tenían enfocaba a muertos y heridos o a personas que buscaban refugio y que, agachadas, se apelotonaban junto a las paredes o en los vanos de las puertas; esparcidos por los suelos había uniformes, máscaras de gas, cajas de municiones y montones de basura. Cerca de la estación de metro Stadtmitte, en un vagón fuera de uso, había sido instalado un puesto de socorro en el que unos médicos atendían a la luz de unas velas a heridos y agonizantes.

El primer grupo, con Günsche, Hewel, Voss y las secretarias, iba capitaneado por el propio Mohnke, el segundo por Rattenhuber, y en el tercer grupo, del que se había hecho cargo Naumann, estaban Baur y Martin Bormann, que se había presentado en uniforme de general de las SS y había comunicado esa misma mañana a Dönitz por radiotelegrafía que iría a su encuentro «lo más rápidamente posible». El chófer de Hitler, Erich Kempka,

guiaba a un grupo que constaba sobre todo de militares de alta graduación y del personal de la cancillería y que comprendía unas cien personas.

La intención originaria, seguir vinculados unos con otros, pronto resultó impracticable. Nada más entrar en los subterráneos del metro perdieron el contacto, y poco después, en las tinieblas del túnel, también se dispersaron los diversos grupos. Algunos de los evadidos se separaron de su unidad y trataron de salir al aire libre por una de las bocas de metro, pero los persistentes disparos y la lluvia de cascotes los hicieron retornar a los túneles. El plan ideado en las conversaciones preparatorias, filtrarse por las líneas rusas y, llegados al norte de la ciudad, incorporarse, antes o después de Oranienburg, a una unidad que ellos pensaban que seguía luchando, resultó ser, a la vista de las circunstancias, perfectamente absurdo.

En su caminar sin rumbo, algunos de los fugitivos volvieron a encontrarse unos con otros. Bormann fue visto hacia las dos de la madrugada, exhausto e indeciso, en los escalones de piedra del portal de una casa de la Chausseestrasse. Otros consiguieron llegar por vías improvisadas, cruzando sótanos y patios traseros, a la cervecería Schultheissbrauerei, en la Schönhauser Allee, que, según habían acordado, era uno de los puntos de encuentro provisionales. Muchos murieron en los combates callejeros, que a menudo eran de unos tanques contra otros, o en las luchas casa por casa. En el puente de Weidendamm cayeron Högl y Betz, el segundo capitán de vuelo de Hitler; Walther Hewel se suicidó, posiblemente por una promesa que le había arrancado Hitler, en la cervecería Weddinger.

Un grupo más numeroso, al que pertenecía Mohnke junto con su plana mayor, así como Günsche, Baur, Linge, Rattenhuber, Voss y otros, cayeron prisioneros de los soviets en el curso del día siguiente; otros como Axmann, Schwägermann o las secretarias del búnker consiguieron pasar al oeste. Cuando los rusos ocuparon la cancillería, encontraron en el búnker de abajo a los generales Burgdorf y Krebs, muertos, con gran cantidad de botellas medio vacías delante de ellos y sentados ante la mesa de los mapas. De Martin Bormann no se supo nada durante mucho tiempo. Pero poco después de acabar la guerra corrió la voz de que se había suicidado en las proximidades de la estación de Lehrt, de Berlín, junto con el médico de las SS, doctor Stumpfegger. A comienzos de los años setenta, fue encontrado un esqueleto que confirmó tales testimonios. Los despojos, una vez incinerados, fueron esparcidos por el mar Báltico.

Pese a la «orden» de Weidling de que cesara la resistencia, en algunos puntos de la ciudad continuaron los combates durante todo el 2 de mayo, y al

día siguiente aún no habían terminado. Pero los incendios cesaron o quedaron sofocados en la humareda negra que salía por doquier de los escombros. Debido al hundimiento de las líneas de comunicación, la noticia de la capitulación no había llegado a conocimiento de una serie de oficiales, otros se atenían a la última orden recibida de mantener su posición a toda costa alegando que las proclamas o lo que sólo sabían a través de terceros no quería decir nada; ellos eran militares y necesitaban órdenes.

Algunos grupos aislados, pero que en total contabilizarían varios miles de soldados, consideraban «traición» todas las negociaciones y estaban decididos a seguir luchando. Todavía el 2 de mayo, una de esas unidades voló el túnel que pasaba por debajo del canal de Landwehr y en el que había un sinnúmero de heridos y de civiles que buscaban refugio. Pero no fue la gran catástrofe que podría haber sido porque las masas de agua decrecieron enseguida: incluso la naturaleza estaba cansada de aquella perpetua sangría, decía la gente.



El 2 de mayo de 1945, mientras en puntos aislados de la ciudad se sigue luchando, el poeta soviético Dolmatovski habla a un grupo de soldados delante de la puerta de Brandeburgo.

En otro lugar, una unidad de combate colocó artillería ligera en los pasillos subterráneos y disparó contra las tropas soviéticas asaltantes todo lo que quedaba de munición. Un grupo de efectivos de las SS pidió en la cantina de su alojamiento que les entregaran todas las reservas de alcohol y después, así consta en un informe, corrió a meterse «bajo las cadenas de los carros de combate». Una mañana, poco antes de que las tropas soviéticas tomaran el barrio de la sede del gobierno, todos los edificios y restos de muros que rodeaban la cancillería aparecieron guarnecidos como por una mano fantasma con banderas de la cruz gamada. La primera sospecha recayó sobre un grupo clandestino de resistencia, posiblemente comunista, que quería dejar marcada para los conquistadores la meta de toda aquella lucha. Pero pronto se supo que el comandante de la sección, el coronel de veintisiete años, titular de altas condecoraciones, Erich Bärenfänger, había descubierto un almacén de banderas y determinó presentárselas al enemigo para indicar que estaban dispuestos a morir. «Hemos luchado bajo esa bandera en los buenos tiempos», explicó el joven oficial, que había sido ascendido por Hitler uno de los últimos días de abril a general de brigada, y él no sabía, añadió «por qué tenía que avergonzarse de mostrarla ahora que nos va mal». Pocos días después, Bärenfänger puso fin a su vida, junto con su mujer, para evitar el deshonor de caer prisionero.

Pequeños restos de unidades de las SS que en su mayoría habían sido deshechas o aniquiladas formaron al final un grupo de combate e intentaron abrirse camino a través de las líneas rusas. Entre los más tenaces defensores de la ciudad estaba lo que quedaba de la división de las SS francesas Charlemagne, que opuso una encarnizada resistencia sobre todo en la zona del Ministerio del Aire. Pero unidades de las SS holandesas y escandinavas así como un cuerpo de ejército letón, que al final contaba apenas con cien efectivos, se defendieron hasta desaparecer casi totalmente, debido en gran parte a que ellos nunca habían hecho prisioneros y ahora temían sufrir el mismo destino.

La masa evitaba las zonas donde proseguía el combate. Pero en otros lugares tampoco se atrevía nadie a salir a la calle cuando ya había oscurecido. Las noches de la ciudad destruida estaban llenas de ruidos inquietantes: el lejano retumbar de los cañones, acompañado de relámpagos como de tormenta, ruido súbito y acelerado de motores, disparos aislados y, muy cerca, los gritos de las mujeres. Soldados y civiles caídos yacían por centenares en los escombros pero nadie se ocupaba de ellos.

Quien podía permitírselo, contribuía a poner punto final a la guerra. De vez en cuando se veían soldados de la Wehrmacht, dispersos y desorientados, que destrozaban sus fusiles contra el bordillo de la acera, lanzaban a ciegas contra las ruinas sus granadas de mano o arrancaban de vehículos abandonados los cables de encendido. Día tras día seguían derrumbándose, como tocadas por una mano invisible, fachadas completas de casas. Sólo en los distritos de extrarradio tomados días atrás volvía poco a poco la vida, con personas extenuadas, marcadas por la angustia de la supervivencia, y llevando consigo en maletas o mochilas algunas pertenencias salvadas. Por todas partes desaparecían las insignias del partido, las fotografías del Führer y las banderas con la cruz gamada. No se daba crédito a la noticia de que Hitler se había suicidado, ya que el parte oficial de que «había caído luchando hasta el último aliento contra el bolchevismo» casaba mucho mejor con la imagen que aún se tenía de él.

En los distritos conquistados y alejados de los combates iba surgiendo poco a poco una especie de vida de campamento. Soldados del Ejército Rojo patrullaban por las calles en sus blusones de color pardo, junto a ruinas apagadas o humeantes, cuyos nubarrones seguían ensombreciendo día tras día barrios enteros. En muchas plazas había tropas acampadas, mujeres soldados muchas veces, que se colocaban en medio de pertrechos de guerra quemados o volcados para la foto de recuerdo, haciendo restallar sus látigos de cuero contra el adoquinado. En otros lugares los prisioneros esperaban en largas filas a ser interrogados, mientras a cierta distancia aún relampagueaban los fogonazos. En su avance, las unidades soviéticas habían requisado rebaños enteros de vacas, y las reses merodeaban por las calles hasta que eran sacrificadas una tras otra, y los soldados las asaban directamente sobre el fuego, entre cantos y bailes. Y por todas partes, arrastrados por peludos caballos esteparios, los pequeños carros de madera, rebosantes de botín barato: cacharros de cocina y prendas de vestir, regaderas, acordeones, muñecos y todo lo que les había caído en las manos. A veces también se veían perros de tiro. Entremedias, pasando sin cesar en todas direcciones, mensajeros motorizados, de rostro severo. En los cruces más importantes había letreros con caracteres cirílicos.



Al final de la batalla, inmensas caravanas grises de prisioneros de guerra, según fuentes soviéticas casi medio millón, salieron del Berlín destruido rumbo al este.

Al mismo tiempo afluían día y noche los prisioneros a los puntos de concentración. Exhaustos, desarrapados, a menudo con brazaletes blancos, salían de sótanos, de agujeros cavados en la tierra o de la canalización, entre ellos muchos viejos del Volkssturm y adolescentes de quince años, auxiliares de la defensa antiaérea, así como heridos que caminaban con muletas o que llevaban vendajes empapados de sangre. Se incorporaban a algún grupo sin decir palabra y después, conducidos o escoltados por soldados soviéticos orgullosos de la victoria y en parte condecorados, se ponían en marcha, una fila de soldados enorme y gris. Cuando caía la noche, reaparecían los reflectores: de todas las direcciones llegaban a las calles principales vehículos militares y tractores con las luces de carretera encendidas, inundando la escena de una claridad fantasmagórica. A los lados, a la sombra de las ruinas, pequeños grupos, casi siempre de mujeres mayores, miraban con rostro abatido cómo aquellas columnas interminables se acercaban, pasaban de largo y desaparecían a lo lejos.

Al llegar la noticia de la capitulación, en Moscú estalló la euforia del triunfo. Masas ingentes afluían a las calles, gritaban, tiraban los gorros al aire y se abrazaban. La gran guerra, con un número inconmensurable de víctimas,

había terminado. Sólo en la batalla de Berlín el Ejército Rojo había perdido trescientos mil hombres. En el bando alemán habían caído unos cuarenta mil soldados. Ningún número fiable da cuenta de las víctimas civiles. Fueron hechos prisioneros casi medio millón de soldados.

Poco antes de medianoche retumbaron en Moscú veinticuatro salvas de artillería disparadas contra el cielo nocturno por más de trescientos cañones y seguidas por pomposos fuegos artificiales. La ciudad celebraba la «histórica conquista de Berlín». El estruendo duró varios días. Penetraba en las celdas de la prisión de Butyrka, en la que habían sido internados Weidling, dos de sus oficiales de estado mayor y algunos antiguos habitantes del búnker que habían llegado en un primer convoy de prisioneros. Entre los prisioneros había también un alférez del Volkssturm. Para su desdicha había despertado las sospechas de los rusos porque se llamaba Trumann, casi igual que el presidente norteamericano. Era, sin embargo, un comerciante de tabacos de Potsdam.

El 2 de mayo, poco después de las tres de la tarde, el Ejército Rojo había ocupado la cancillería sin haber encontrado una resistencia digna de mención. A diferencia de lo que se lee en numerosos relatos, publicados incluso en diferentes memorias, no fue tomada al asalto. Según las fuentes, el primer militar que penetró en el búnker fue el teniente Iwan I. Klimenko, que sería nombrado, por lo osado de su hazaña, «héroe de la Unión Soviética». Pero como sucedió con la toma del Reichstag, también esta vez hubo un curso «extraoficial» de los acontecimientos que perturbó doblemente la imagen deseada.

Hacia las nueve de la mañana, el técnico jefe del búnker de abajo, Johannes Hentschel, que se había quedado allí, oyó voces de mujer. Al salir de la sala de máquinas, se encontró para su sorpresa frente a unas doce rusas uniformadas que, como se supo enseguida, pertenecían a un cuerpo sanitario del Ejército Rojo. Hablaban llenas de alegre excitación, todas a la vez, lo que llevó a Hentschel a la conclusión de que no tenía nada que temer de ellas. Al verlo, una de las mujeres, que parecía la jefa del grupo y hablaba con soltura el alemán, se dirigió a él preguntándole dónde estaba Hitler. Pero la pregunta que hizo a continuación sobre «la mujer de Hitler» ya vino a indicar lo que las había conducido hasta allí a ella y a sus compañeras. Porque apenas les dio Hentschel la información deseada y las condujo al vestidor de Eva Braun, tal como le habían pedido, abrieron de golpe el armario y la gran cómoda y metieron todo lo que les pareció utilizable en las bolsas y talegas que ya llevaban preparadas. «Dando alaridos de alegría», contó el ingeniero,

volvieron poco después las mujeres, agitando «en el aire por lo menos una docena de sostenes» y otras prendas guarnecidas de encajes, y finalmente se marcharon llenas de alborozo.

Cuando iban hacia la salida del búnker se tropezaron con dos oficiales soviéticos recién llegados que no les prestaron la menor atención. Ellos también preguntaron a Hentschel dónde estaba Hitler y escucharon con tanto interés como asombro su relato sobre la boda del Führer, sobre el suicidio y la incineración de los cadáveres. A continuación pidieron ver las habitaciones de la familia Goebbels y, después de echar una breve mirada a los niños muertos, volvieron a cerrar la puerta horrorizados. Más tarde se supo que pertenecían, como era de suponer, a las unidades del mariscal Kónev, cuyo avance había detenido Stalin días antes porque Berlín debía caer en manos de Zhúkov. Pero el primer episodio ponía al descubierto demasiada flaqueza humana, el segundo demasiada autonomía en la «historia de la Gran Guerra Patriótica». Ambos no aparecen hasta el día de hoy en ninguna de las descripciones soviéticas de la batalla de Berlín.

Con la toma de la cancillería empezó al mismo tiempo una comedia de enredo, en ocasiones con rasgos burlescos, que no sólo engañó bastante tiempo al mundo sino que mantuvo vivo ficticiamente a Hitler. Además de innumerables cadáveres en el resto del jardín, los conquistadores encontraron cerca de la puerta del búnker unos quince cuerpos, casi todos quemados o mutilados. Prepararon uno que estaba relativamente bien conservado, tal vez con ayuda de un maquillador, para convertirlo en el cadáver de Hitler. Colocaron el cuerpo de manera decorativa entre los cascotes de las ruinas y el 4 de mayo lo presentaron a la opinión pública mundial como espectacular trofeo. Pero poco después se retractaron de aquella sensación confeccionada por ellos mismos, hablaron primero de un «doble» del Führer y al final de una «falsificación». Durante algún tiempo pensaron por lo visto en presentar otro muerto, traído de alguna otra parte, como cuerpo del dictador alemán, pero uno de los expertos consultados cayó a tiempo en la cuenta de que aquel hombre llevaba los calcetines zurcidos, cosa que, como todo el mundo tuvo que admitir, habría hecho concebir forzosamente dudas sobre la identidad del cadáver. Al poco tiempo propagaron rumores sobre un nuevo hallazgo que, debido a los anteriores fallos, no declararon de forma oficial cadáver de Hitler: «El muerto yacía», afirmaron, «sobre una manta que todavía despedía humo. El rostro estaba carbonizado, el cráneo perforado por una bala, pero las facciones espantosamente desfiguradas eran sin lugar a dudas las de Hitler».

Sin embargo, la presentación de más y más copias de Hitler quedó suspendida a finales de mayo cuando Stalin se hizo cargo del asunto. Con ocasión de la visita al Kremlin de una delegación del gobierno norteamericano, con Averell Harriman, Harry Hopkins y Charles Bohlen, Stalin habló de su sospecha de que Hitler no estuviera muerto sino que hubiera huido y permaneciera oculto en lugar desconocido junto con Bormann y el general Krebs. Cuando Stalin afirmó en alguna ocasión que Hitler había logrado llegar a Japón en un submarino, o, cuando en otro momento mencionó Argentina y, algún tiempo después, habló de la España de Franco, cada vez fue difundida la correspondiente versión como el dictamen definitivo, si bien no completamente indiscutible.

La tendencia, muy arraigada en la naturaleza del régimen soviético, a creer en conspiraciones, intrigas y oscuras maquinaciones encontró amplia esfera de acción en la historia de la enigmática desaparición de Hitler. Pronto se disponía de las pruebas correspondientes: que el dictador, aseguraban una vez, había hecho jurar a todos sus seguidores que, de cara al mundo, afirmarían haber estado presentes cuando después de su muerte fue colocado en una pira junto con Eva Braun e incinerado; o que había ordenado a las personas de su entorno inmediato, dijeron en otra ocasión, borrar todo rastro de su escondite; que en la madrugada del 30 de abril había despegado un avión pequeño, con tres hombres y una mujer a bordo, en la pista del eje este-oeste con dirección a Hamburgo, un hecho con el que casaba la información, salida supuestamente de fuentes del servicio secreto, de que justo antes de la conquista de la ciudad hanseática por las tropas británicas había zarpado un misterioso submarino con meta desconocida. Y así muchas más cosas.

La prensa sensacionalista occidental pronto se hizo cargo de un tema tan tentador como lucrativo y hasta los años noventa siempre dio nuevos detalles: que Hitler, disfrazado de mujer, había sido visto en Berlín algún tiempo después de su presunta muerte; que había proyectado organizar su salida de este mundo como espectacular escena teatral, informaba el *Times* londinense, y que tenía la intención de subir a un avión cargado de explosivos y hacerlo estallar cuando volara sobre el mar Báltico. En otra ocasión, la facultad imaginativa de los periodistas recurrió una vez más a las tergiversaciones de Stalin y reveló que Hitler había pasado sus últimos años, bajo el nombre encubierto y extraordinariamente simplista de Adilupus, en el «palacio presidencial del fascista Franco» y que murió allí víctima de «insuficiencia cardíaca» el primero de noviembre de 1947.

La verdad o lo que era comprobable cayó con todo eso en el olvido. A finales de abril de 1946 apareció en la puerta del jardín del búnker del Führer una comisión del Ejército Rojo para, después de aquellas farsas tan transparentes que habían acabado por desorientar al propio bando, comprobar los hechos incontrovertibles. Iban acompañados de algunos supervivientes del búnker capturados durante la conquista de la ciudad. Se instalaron cámaras cinematográficas y se reconstruyó con todos los detalles la escena de la incineración de Adolf Hitler y su compañera. Pero el material, junto con las informaciones recibidas en los interminables interrogatorios de Günsche, Linge, Rattenhuber y otros, desapareció en algún archivo secreto sin haber sido utilizado.

Asimismo, una vez que Stalin hizo valer su autoridad, los pretendidos restos mortales de Hitler, de Eva Braun y de otros habitantes del búnker ya no tenían utilidad. Por consiguiente habían sido enterrados primero en la sede del departamento de contraespionaje, en la zona de Berlín-Buch. Los cajones en los que estaban metidos fueron trasladados con aquella unidad a Finow, desde allí a Rathenow y finalmente a Magdeburgo. En marzo de 1970, el Politburó del PCUS, interrogado al respecto, decidió desenterrar los despojos «de modo rigurosamente conspirativo» y «eliminarlos definitivamente mediante incineración». En el informe final de la «Operación Archivo» se lee: «En la noche del 4 al 5 de abril de 1970» fueron «incinerados totalmente los despojos, luego triturados junto con trozos de carbón hasta quedar reducidos a ceniza y a continuación arrojados al río».

Queda sin aclarar la cuestión de lo que estaba guardado en los cajones y llegó a Magdeburgo pasando por varias estaciones. La hipótesis más probable es que el departamento de contraespionaje no haya encontrado jamás, pese a sus continuos esfuerzos, el cadáver de Adolf Hitler ni el de su mujer. En pro de esta suposición hablan no sólo las declaraciones de los centinelas que estuvieron otra vez en el lugar de la incineración en la noche del 30 de abril y afirmaron haber enterrado las cenizas que quedaban, sino también el cañoneo a que estuvo sometida la cancillería y el terreno del jardín durante más de diez horas después de haber muerto Hitler. Las granadas de metralla, que removieron varias veces la tierra, así como los disparos con aceite combustible, que al caer explotaban y causaban devastadores incendios, acabaron por eliminar, según toda apreciación ponderada, los últimos restos reconocibles. Lo que se encontró en los escombros y fue identificado con relativa seguridad fueron, según el dictamen de los odontólogos consultados,

algunas partes de la dentadura de Hitler y «el puente de materia plástica de la mandíbula inferior» de Eva Braun.



Uno de los numerosos muertos de la zona de la cancillería que en los primeros días de mayo fueron presentados por las autoridades soviéticas como cadáver de Hitler. En realidad, en la tarde del 30 de abril, conforme había sido ordenado, los restos mortales del dictador fueron incinerados y, como se supone con pleno fundamento, destruidos a excepción de pequeños restos.

Se puede ver como otra prueba de que nunca se encontraron los cadáveres el que la comisión investigadora soviética, a diferencia de lo que sucedió con Joseph Goebbels y su mujer, nunca haya presentado al público los restos mortales del matrimonio Hitler. El técnico dentista Fritz Echtmann, que estuvo prisionero de los soviets como testigo varios años, declaró posteriormente que los funcionarios rusos encargados de la investigación le presentaron en mayo de 1945 «una caja de puros» en la que con la dentadura de Hitler y el puente de Eva Braun sólo había una Cruz de Hierro de primera clase y la Insignia de Oro del partido que al final llevaba puesta Magda Goebbels. Probablemente, durante los días que duró la búsqueda, fue encontrada entre los escombros que había junto a la puerta del búnker y declarada sin más preámbulos insignia del Führer. El contenido de la caja guardaba, como se puede concluir con bastante seguridad, todo lo que había quedado de Hitler.

CAPÍTULO OCTAVO

Ocaso de un mundo

Acorde con las paradojas de la historia, la desaparición de Hitler casi sin dejar rastro ha contribuido a depararle una extraña supervivencia. Hitler, al cabo de generaciones, sigue presente en el pensamiento de los unos y de los otros, y su poder incluso va en aumento según crece la distancia temporal.

Lo que, en efecto, convierte a Hitler en un fenómeno como «nunca ha habido otro» en la historia se debe fundamentalmente a que carecía de toda idea civilizatoria. Las grandes potencias conquistadoras, desde la antigua Roma, pasando por el Sacro Imperio Romano Germánico, hasta la Francia de Napoleón o el Imperio Británico, han postulado sin excepción, por muchas diferencias que hubiera entre ellas, una promesa para la humanidad que, aunque estuviese poco desarrollada, siempre guardaba relación con la paz, el progreso o la libertad. Incluso el sangriento despotismo de Stalin se disfrazó, si bien de modo precario, con una promesa de futuro. La codicia y la sed de gloria, que han sido casi siempre el motivo que ha llevado a querer someter pueblos extraños, quedan hasta cierto punto equilibradas, y al final, en no pocos casos, hasta reciben la absolución de la historia.

Hitler, en cambio, al conquistar y extender su poder, prescindió de embellecimientos del género idealista y ni siquiera los consideró necesarios como mascarada para el ejercicio del poder. Los alemanes, que siempre han estado tan orgullosos del pensamiento que descubrían o veían en el trasfondo de todo acontecer histórico, tampoco iban en pos de una idea cuando dieron plenos poderes a aquel régimen. En efecto, en cuanto a Hitler, para utilizar una expresión muy difundida en aquella época, no se les ocurría nada^[13]. Todos los intentos que se han hecho, no obstante, para atribuirle un papel trascendente, fueron vanos empeños que no llegaron a ninguna parte. Lo que arrastró, entusiasmó y tuvo fascinada tanto tiempo a la mayoría de la gente fue únicamente Hitler, por inquietante que a veces les pareciera a muchos. La fuerza indomable que le sustentó toda su vida no fue sino la máxima

precivilizatoria del derecho del más fuerte. Eso es lo único que define en su totalidad lo que él hacía pasar por su cosmovisión.



8 de mayo de 1945: rendición incondicional en Berlín-Karlshorst. El mariscal Wilhelm Keitel, jefe supremo de la Wehrmacht, se presentó con la vara de mariscal y la Insignia de Oro del partido. Junto a Keitel, a la izquierda, el capitán general Hans-Jürgen Stumpff como representante de la Luftwaffe; a la derecha, el almirante Hans Georg von Friedeburg como comandante en jefe de la Marina de guerra.

De la consigna general darwinista de Hitler salió una serie de ideas, adquiridas en época temprana y mantenidas rígidamente, ideas cuya finalidad era someter, esclavizar y llevar a cabo una «concentración parcelaria», y que al final siempre dejaron atrás «tierra quemada». Nunca ni en ningún lugar, ni siquiera cuando en un primer momento sus ejércitos eran saludados como libertadores, permitió que nadie dudara de que él había llegado como enemigo y que su intención era quedarse allí como enemigo. Casi todos los grandes conquistadores anteriores a él que recuerda la historia han procurado, en el curso de su dominación, que en los conquistados surgiera la duda de si la resistencia contra el intruso se acogía a un derecho superior o era tan sólo el intento de cerrarle el camino al futuro. Contra Hitler, a todos los enemigos los asistía el derecho. Su programa, había proclamado él ya muy pronto, era la

«formulación de una declaración de guerra... a una concepción del mundo existente».

Lo que eso quería decir lo dejaron bien claro, a más tardar, las «conversaciones de mesa», tomadas por escrito a principios de los años cuarenta, y los «monólogos en el cuartel general del Führer». En ellos, Hitler se pone al descubierto con menos reservas que en ninguna otra ocasión, y, siempre que se le brindaba la oportunidad, lanzaba invectivas sarcásticas contra la moral, la religión y el humanitarismo. Tal como era el mundo, regían en él leyes más duras. Los mecanismos creados por una tradición secular para proteger al hombre del hombre, los tildaba de «estupideces de esos curas asquerosos». Esas cosas no eran debidas sólo al engaño o a la cobardía. Antes bien, venían a constituir el «pecado original» de la traición a la naturaleza. Tal contravención no significaba otra cosa que levantarse «contra un firmamento», aseguraba, y al final se eliminaba así «no la ley sino sólo a uno mismo». Acatando la «férrea ley de la lógica», él había renunciado a toda compasión y aplastado con el mayor rigor la resistencia en el interior y la pertinacia de los de «raza ajena». «Los monos, por ejemplo», explicaba el 14 de mayo de 1942 en el cuartel general del Führer, pisoteaban hasta matarlo a cualquier «extraño, ajeno a la comunidad. Y lo que vale para los monos, tiene que valer en mayor medida para los hombres». Ningún detentador del poder, en efecto, ha llegado nunca tan lejos en el camino de retroceso de todo pensamiento civilizatorio.

Desde la muerte de Hitler aún pasaron unos días hasta la capitulación política y militar completa e incondicional. No sólo hay que buscar la razón de ello en los combates que todavía continuaban en algunas zonas, sino que también era debido a que el gobierno de Dönitz había decidido demorar el curso de las cosas mediante capitulaciones parciales, para permitir así al mayor número posible de militares y civiles el paso a las zonas del país ocupadas por las potencias occidentales.

La capitulación total se firmó el 7 de mayo por la noche en el cuartel general del comandante en jefe norteamericano, general Eisenhower, en Reims, después de que tuviera lugar ya antes una capitulación parcial frente al ejército británico del mariscal Montgomery. El cese de las hostilidades fue fijado para el 8 de mayo a medianoche. Como Stalin exigía que se firmara la capitulación en presencia de sus generales, fue repetida la ceremonia en la sede del alto mando soviético, en Berlín-Karlshorst. Durante la negociación, la delegación alemana tuvo que esperar en una pieza contigua y sólo fue llamada para la firma del documento. Keitel se había presentado con el bastón

de mariscal y la Insignia de Oro del partido. Cuando en el curso del acto, que fue breve y formal, uno de sus acompañantes exhaló un suspiro, el mariscal le increpó: «¡Déjelo!».

Muy poco a poco, con ayuda de la administración militar soviética, volvía la vida a Berlín. Equipos de salvamento buscaban muertos en los inmensos campos de escombros y los transportaban en carros y en carretas de mano a las fosas comunes que habían sido abiertas por todas partes. Al lado, cuadrillas de desescombro removían el suelo en busca de las minas enterradas en el último instante. Otros sacaban enormes trozos de escombros de las calles, que no sólo estaban cubiertas de ruinas sino hundidas en parte en las bóvedas subterráneas, y las hacían mínimamente transitables. Hasta finales de junio flotaban en las aguas, día tras día, cadáveres de personas y de animales. Cuando Harry L. Hopkins, consejero de dos presidentes norteamericanos, llegó a Berlín en esos días y vio el grado de devastación, exclamó impresionado: «¡Esto es la nueva Cartago!».

La ciudad fue durante años el punto de atracción del Grand Tour de aquellos tiempos a los lugares destruidos.



El mariscal Georgi K. Zhúkov durante el desfile de la victoria en Berlín.

A principios de julio, como había sido acordado, entraron en Berlín los aliados occidentales. El 16 de ese mes, víspera del comienzo de la conferencia de Potsdam, Winston Churchill visitó la ciudad. Con fiero orgullo contempló la todavía imponente ruina de la cancillería y se hizo conducir por un guardia soviético a la salida al jardín, detrás del terreno donde había sido incinerado el cadáver de Hitler. A continuación quiso visitar el búnker profundo, donde Hitler había pasado los últimos meses. Descendió detrás del soldado un tramo de escalera, pero cuando supo que había dos más, se dio media vuelta

desanimado. Él no estaba hecho para vivir en una madriguera a muchos metros bajo tierra y ni siquiera quiso saber cómo había vivido allí la gente. Llegado a la superficie, mandó traer una silla y durante unos instantes quedó sumido en sus pensamientos antes de partir en silencio, con su médico personal, en dirección a Potsdam.

El Reich de Hitler termina con una caótica serie de sucesos, llenos, como apenas ninguna otra historia, de contradicción, ceguera y drama. El observador se encuentra con destinos personales terribles, incluso trágicos. Sin embargo le resulta difícil emplear la palabra tragedia. Para eso hubo en juego demasiada sumisión, demasiado ciego servilismo. A ninguno de los oficiales del búnker le pasó por la cabeza la idea de tomarle la palabra a Hitler durante la conferencia del 22 de abril cuando dijo que estaba perdida la guerra. Antes bien, los Keitel, Jodl, Krebs y otros se obstinaron en convencerlo para que continuara aquel combate absurdo. Asimismo, tras la muerte de Hitler ninguno de aquellos altos oficiales estuvo dispuesto a izar la bandera blanca. Muy al contrario, silenciaron la muerte del «Führer» para mantener la voluntad de resistencia unas horas más. Hasta tal punto que llegaron a informar a Zhúkov y a Stalin de la muerte del dictador antes que a Dönitz, el sucesor de Hitler.

Era un sometimiento más allá de toda razón y toda responsabilidad. No podía verse en él ningún principio. Lo que, en su lugar, predomina en toda la serie de escenas y causó innumerables víctimas fueron, por una parte una voluntad encerrada en su mundo demente y que no se detiene ante nada, y por otra un exceso de obsequiosidad amaestrada. Hubo excepciones, pero a éstas el curso de los acontecimientos sólo les deparó, no sin lógica, papeles secundarios. En primer plano había otros que recitaban siempre los mismos papeles serviles. Pero en las verdaderas tragedias no hay papel para los sirvientes. Tampoco en el escenario de la historia.

Siempre que se investiga a fondo el legado de Hitler, lo que hizo y lo que dijo, resalta el tono hondamente nihilista que impregnaba la totalidad de sus ideas. Casi exactamente tres años antes de su muerte en el búnker de Berlín, había conminado a sus compañeros de mesa del cuartel general a que consagrarán toda su energía a la victoria; no había que dejar escapar esa gran oportunidad. Con un ademán despectivo había añadido que «había que tener siempre en cuenta que de todos modos, si se perdía la guerra, todo se marchaba a hacer gárgaras». Sabía que había destruido los puentes que lo unían con el mundo. Pero convertía en mérito personal los *shocks*

inolvidables que él había causado. Las posibles consecuencias no le preocupaban.

Su entorno y muchos de los coetáneos al principio no pensaban de otro modo. En cualquier caso creyeron que, con su muerte, Hitler se había terminado. La noche del 30 de abril, cuando el cadáver había pasado a ser un montón de cenizas, Hermann Karnau, miembro del servicio de seguridad del Reich, volvió otra vez a la torre de la salida al jardín, detrás de la cancillería, donde hacía guardia el cabo de fila Erich Mansfeld. Lo llamó diciendo que su servicio había concluido, que bajara. Y añadió que «todo había terminado».



Trofeo de la victoria: un soldado del Ejército Rojo con una cabeza en bronce de Hitler a principios de mayo de 1945.

En realidad no había terminado nada. Antes bien, poco a poco se fue tomando conciencia de lo que, en el fondo, ya había desaparecido con el auge de Hitler y con su muerte quedó perdido para siempre. En cualquier caso, mucho más de lo que perciben los sentidos: los muertos, las montañas de escombros y las huellas de destrucción por todo el continente. Seguramente

todo un mundo. Del mismo modo que, en los verdaderos hundimientos, se pierde siempre más de lo que está ante la vista y es visible para todos.

BIBLIOGRAFÍA

Esta exposición carece de notas. Eso no significa, sin embargo, que no sea comprobable cada una de las citas, cada uno de los hechos. La no indicación de fuentes se debe más bien al caos indescriptible de los testimonios, en su mayor parte imposible de despejar. La fuente consignada tendría que ser confrontada con demasiada frecuencia con uno, en no pocos casos con varios y diferentes testimonios o descripciones de los hechos.

Ya se ha indicado en el prólogo que la tradición es muy contradictoria, incluso en un hecho tan importante y para los directamente implicados tan difícil de olvidar como el suicidio de Hitler. Ni siquiera concuerdan las opiniones en la cuestión de si, cuando el ayuda de cámara Heinz Linge y Martin Bormann, seguidos de cerca por el ayudante personal de Hitler, Otto Günsche, entraron en la tarde del 30 de abril de 1945 en la sala de estar del «Führer», encontraron a Hitler en el sofá, junto a Eva Braun, o en la butaca que había al lado. La confusión aumenta por la circunstancia de que en ocasiones las mismas personas, al informar sobre un hecho determinado, lo han descrito de modo diferente. Así por ejemplo, sigue sin saberse ni el lugar ni el desarrollo de los acontecimientos en la recepción celebrada en el 56 aniversario de Hitler y lo mismo ocurre con el orden exacto de los hechos en la tensa conferencia del 22 de abril, y otras cosas más. Las divergencias se refieren casi siempre a datos secundarios. Pero el cronista ha de tomarlas en cuenta y, si quiere ser exacto, consignar toda discrepancia, por pequeña que sea. Para no cargar la relación de los hechos con un desmesurado aparato de notas, se sigue aquí siempre la versión que procede del o de los testigos más dignos de crédito o con la versión más verosímil. Cuando, pese a todo, han surgido dudas en cuestiones de más relevancia, se ha dado cuenta de ello en el texto.

Siendo así las cosas, no deja de ser asombroso que desde que se publicó esta relación apenas haya habido objeciones dignas de mención por parte de los testigos que aún viven. Una carta aportó la corrección de que Göring no voló él mismo su pabellón de caza, Karinhall, sino que la voladura la llevó a cabo después una unidad que se quedó allí. La otra indicación vino de un

soldado que defendía en Berlín el edificio del Reichstag. Afirma el testigo que en su interior no tuvieron lugar aquellas luchas encarnizadas de que hablan unánimemente las fuentes soviéticas. No se puede excluir, en efecto, que los soldados del Ejército Rojo que participaron en la conquista del Reichstag se sintieran obligados a rendir tributo al mito de la dramática lucha por el «Kremlin alemán». Pero también se podría pensar que ese miembro de la Wehrmacht tuviese su puesto de combate, dentro de aquel gran edificio, en una parte que cayó en manos soviéticas casi sin lucha.

Sin duda servirá de orientación al lector anteponer algunas observaciones a los títulos que se citan en la bibliografía.

La primera publicación, que apareció ya en 1946 con el título *Los últimos días de Hitler*, es obra del historiador británico Hugh R. Trevor-Roper. Se basa en las declaraciones de numerosos testigos, interrogados por el propio autor en el verano y el otoño de 1945. En aquel tiempo, muchos informantes estaban ya prisioneros de los rusos; otros habían pasado a la clandestinidad, y a algunos de ellos los buscó y encontró el propio Trevor-Roper. Sin embargo, era inevitable que su exposición contuviera algunas lagunas o también, como en aquel entonces apenas era posible comparar con declaraciones de terceros, datos erróneos introducidos de manera consciente por los testigos en su declaración. Pero estas deficiencias del libro, relativamente pequeñas, están totalmente compensadas por la magnífica visión de conjunto del autor, su seguridad de criterio y la brillantez de su estilo.

Hasta unos veinte años después no apareció una serie de exposiciones generales que, a diferencia de la de Trevor-Roper, empezaban históricamente semanas o meses antes. Además, podían recurrir a gran cantidad de memorias y apuntes (G. Boldt, K. Koller, E. Kempka, E.-G. Schenck, H. Reitsch, etcétera), a los que Trevor-Roper aún no tuvo acceso en esa forma y que ampliaban el conjunto con detalles a veces significativos. En los años sesenta hubo tres publicistas con interés por la historia que sintieron el reto de un tema de tan extraordinario dramatismo.

El primero fue Erich Ruby, en 1965, con un libro que ya había sido publicado por entregas en una serie de *Der Spiegel* y que llevaba por título *Los rusos en Berlín, 1945*. Le siguió un año después el norteamericano Cornelius Ryan, que ya había llamado la atención antes con un reportaje de gran éxito sobre el desembarco en Normandía. Su obra se titulaba *El último combate*, y poco después apareció *Los últimos cien días*, de John Toland, un reportero norteamericano también conocido. Todas esas publicaciones, a las que se sumó finalmente Tony le Tissier con *Der Kampf um Berlín 1945. Von*

den Seelower Höhen zur Reichskanzlei [La batalla de Berlín, 1945. De las colinas de Seelow a la cancillería del Reich], se basaban no sólo en las memorias de que ya se disponía sino en abundantes testimonios directos.

La fácil lectura de esos libros corría pareja, en gran parte, con su falta de exactitud y sobre todo de profundización histórica. Mucho más consistente fue un libro basado en nuevas declaraciones de testigos supervivientes y publicado por Uwe Bahnsen y James P. O'Donnell a mediados de los años setenta con el título *Die Katakombe. Das Ende in der Reichskanzlei [Las catacumbas. El final en la cancillería del Reich]*, Esta publicación supera en plasticidad y densidad informativa a todos los títulos ya mencionados.

Como suele ocurrir, con el transcurso de los años habían ido penetrando en las descripciones de la fase final del Tercer Reich diversos errores que no pocas veces se transmitían de un libro a otro. En su mayor parte eran debidos a las respuestas, con frecuencia contradictorias, de los implicados. Con su libro *Hitlers Ende. Legenden und Dokumente [El final de Hitler. Leyendas y documentos]*, Anton Joachimsthaler ha logrado rectificar en la medida de lo posible esos datos inexactos. Con una minuciosidad extraordinaria, si bien un poco enojosa en ocasiones, comparó los diferentes datos, elaborando así como resultado lo que puede considerarse más o menos seguro. Pero su documentación se refiere sólo a la disposición del búnker de Hitler, a la muerte de éste y a la cuestión, todavía no aclarada en sus últimos detalles, del paradero del cadáver de Hitler y de su mujer.

Huelga decir que este texto, sobre todo en lo relativo a los hechos acaecidos en Berlín, incluye numerosas aportaciones de diarios y memorias. Algunas recopilaciones son especialmente dignas de elogio. Hay que mencionar ante todo *Der Kampf um Berlin 1945 in Augenzeugenberichten [El combate de Berlin de 1945 en testimonios directos]* de Peter Gosztony y *Der Totenkampf der Reichshauptstadt [La agonía de la capital del Reich]* de Bengt von zur Mühlen y otros. Algunas de las impresiones consignadas proceden además de las informaciones que el autor ha recibido de familiares y amigos que vivieron el final.

Andreas-Friedrich, Ruth, *Schauplatz Berlin. Ein deutsches Tagebuch*, Múnich, 1962.

Bahnsen, Uwe/O'Donnell, James P., *Die Katakombe. Das Ende in der Reichskanzlei*, Stuttgart, 1975.

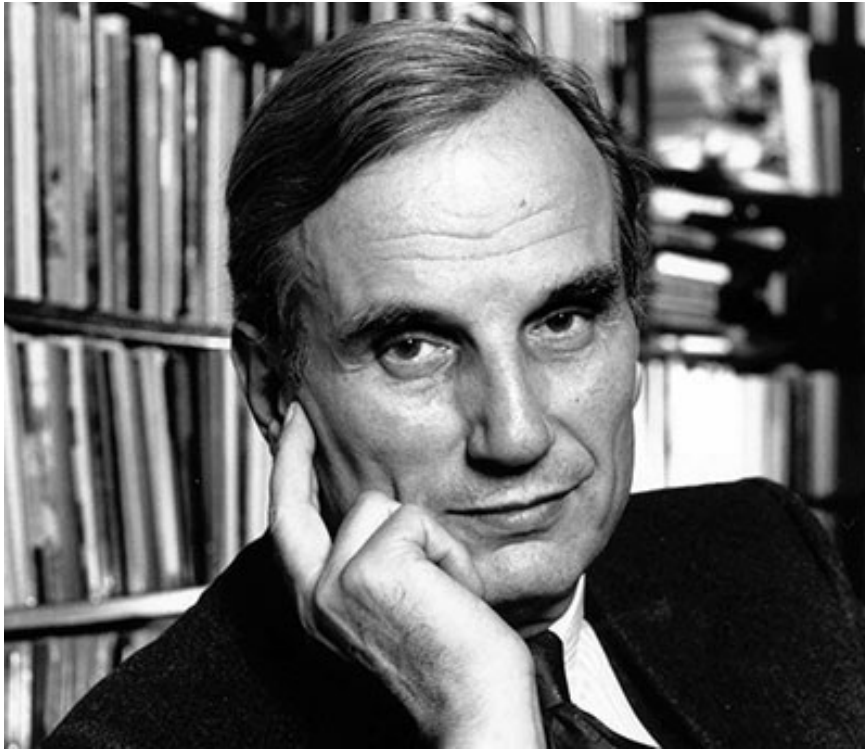
Baur, Hans, *Ich flog Mächtige der Erde*, Kempten, 1956.

Below, Nicolaus von, *Als Hitlers Adjutant 1937-45*, Maguncia, 1980.

Boldt, Gerhardt, *Die letzten Tage der Reichskanzlei*, Zúrich, 1947.

- Bormann, Martin, *The Bormann Letters. The Private Correspondence between Martin Bormann and his Wife from January 1943 to April 1945*, ed., H. R. Trevor-Roper, Londres, 1954.
- Bormann, Martin, *Le testament politique de Hitler*, ed., H. R. Trevor-Roper, Paris, 1959.
- Bourke-White, Margaret, *Deutschland, April 1945*, Múnich, 1979.
- Boveri, Margaret, *Tage des Überlebens*, Múnich, 1968.
- Gosztony, Peter, ed., *Der Kampf um Berlin 1945 in Augenzeugenberichten*, Düsseldorf, 1970.
- Joachimsthaler, Anton, *Hitlers Ende. Legenden und Dokumente*, Múnich, 1999.
- Kardorff, Ursula von, *Berliner Aufzeichnungen*, Múnich, 1964.
- Kempka, Erich, *Ich habe Adolf Hitler verbrannt*, Múnich, s. a.
- Koller, Karl, *Der letzte Monat. Die Tagebuchaufzeichnungen des ehemaligen Chefs des Generalstabes der deutschen Luftwaffe vom 14. April bis zum 27. Mai 1945*, Mannheim, 1949.
- Kuby, Erich, *Die Russen in Berlin 1945*, Múnich, 1965. [Hay trad. cast.: *Los rusos en Berlin*, Caralt Editores, Barcelona, 1966].
- Müller, Rolf-Dieter/Überschär, Gerd R., *Kriegsende 1945. Die Zerstörung des deutschen Reiches*, Fráncfort, 1994.
- Musmanno, Michael A., *In zehn Tagen kommt der Tod. Augenzeugen über das Ende Hitlers*, Múnich, 1950.
- Reitsch, Hanna, *Fliegen, mein Leben*, Stuttgart, 1951.
- Ruhl, Klaus-Jörg, *Deutschland 1945. Alltag zwischen Krieg und Frieden in Berichten, Dokumenten und Bildern*, Darmstadt/Neuwied, 1984.
- Ryan, Cornelius, *Der letzte Kampf*, Múnich/Zúrich, 1966.
- Schäfer, Hans-Dieter, *Berlin im Zweiten Weltkrieg. Der Untergang der Reichshauptstadt in Augenzeugenberichten*, Múnich, 1985.
- Schenck, Ernst-Günther, *Ich sah Berlin sterben. Als Arzt in der Reichskanzlei*, Herford, 1970.
- Schroeder, Christa, *Er war mein Chef. Aus dem Nachlass der Sekretärin von Adolf Hitler*, Múnich, 1985.
- Springler, Hildegard, *Es sprach Hans Fritzche. Nach Gesprächen, Briefen und Dokumenten*, Stuttgart, 1949.
- Steiner, Felix, *Die Armee der Geächteten*, Gotinga, 1943.
- Studnitz, Hans-Georg von, *Als Berlin brannte. Diarium der Jahre 1943 bis 1945*, Stuttgart, 1963.

- Tissier, Tony le, *Der Kampf um Berlin 1943. Von den Seelower Höhen zur Reichskanzlei*, Fráncfort/Berlín, 1991.
- Toland, John, *Das Finale. Die letzten hundert Tage*, Múnich/Zúrich, 1968.
[Hay trad. cast.: *Los últimos cien días*, Bruguera, Barcelona, 1978].
- Trampe, Gustav, ed., *Die Stunde Null. Erinnerungen an Kriegsende und Neuanfang*, Stuttgart, 1995.
- Trevor-Roper, Hugh R., *Hitlers letzte Tage*, Berlín, 1965. [Hay trad. cast.: *Los últimos días de Hitler*, Alba Editorial, Barcelona, 2000].
- Tschuikow, Wassili I., *Das Ende des Dritten Reiches*, Múnich, 1966.
- Völklein, Ulrich, ed., *Hitlers Tod. Die letzten Tage im Führerbunker*, Gotinga, 1998.
- zur Mühlen, Bengt von, ed., *Der Todeskampf der Reichshauptstadt*, Berlin, 1994.



JOACHIM FEST, nació el 8 de diciembre de 1926, en Berlín, Alemania, y falleció el 11 de septiembre de 2006, en Kronberg im Taunus, Alemania. Estudió leyes, historia, literatura alemana e historia del arte en Friburgo de Brisgovia, Fráncfort del Meno y Berlín. Fue periodista e historiador, crítico y editor, muy conocido por sus escritos y discursos sobre la Alemania nazi, incluyendo una importante biografía de Adolf Hitler y otros varios libros sobre Albert Speer y la resistencia alemana al nazismo.

Una vez graduado empezó a trabajar en la emisora de radio RIAS, donde desde 1954 hasta 1961 fue redactor de historia contemporánea. Durante este periodo realizó programas sobre personalidades históricas con gran influencia en Alemania, desde Bismarck hasta la Segunda Guerra Mundial, incluyendo personalidades del régimen nazi como Heinrich Himmler y Joseph Goebbels. Estos trabajos fueron más tarde publicados en su primer libro *La cara del tercer Reich: retratos de los líderes nazis*. En 1961 fue el redactor jefe de la Radiotelevisión de Alemania del Norte, Norddeutscher Rundfunk (NDR), donde también fue responsable de la revista política *Monitor*. Renunció al puesto por desacuerdos con personas de ideología de izquierdas que, eventualmente, llegaron a dominar la revista. Fue coeditor del diario *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (FAZ) entre 1973 y 1993.

Hitler. Una biografía, fue la obra que le lanzó a la fama como historiador. La siguiente más difundida y que fue llevada al cine con el título de *Der Untergang* en 2004, fue *El hundimiento. Hitler y el final del Tercer Reich*.

NOTAS

[1] *Volkssturm*, que significa literalmente «asalto popular», fue el nombre que recibieron los «grupos populares de asalto con todos los hombres de dieciséis a sesenta años capaces de llevar armas», según rezaba el decreto de Hitler del 25 de septiembre de 1944 relativo a la creación de dichos grupos. (*N. de la T.*). <<

[2] *Gauleiter*: alto cargo político durante el nacionalsocialismo, equivalente más o menos a «gobernador». (*N. de la T.*). <<

[3] Una de las dos secciones en que se dividían las SS (siglas de *Schutzstaffel*: «escuadras de protección»), organización nacionalsocialista fundada en 1925 para proteger a Hitler, a las órdenes de Himmler a partir de 1929. Las Waffen-SS eran auténticas unidades militares, frente a las Totenkopfverbände-SS, especie de policía política, encargada también de la vigilancia en los campos de concentración. (N. de la T.). <<

[4] *Vormärz*: literalmente «premarzo». En la historia de Alemania, el periodo entre el Congreso de Viena (1815) y la revolución de marzo de 1848, etapa pacífica pero llena de tensiones que desembocarían en la revolución de 1848. (N. de la T.). <<

[5] La frase es del emperador Guillermo II, que prometió a los alemanes, al iniciar su reinado, que él les depararía *herrliche Zeiten* («tiempos espléndidos»). (*N. de la T.*). <<

[6] *Kraft durch Freude* («fuerza a través de la alegría»): organización nacionalsocialista encargada de configurar, a precios módicos, el tiempo libre: excursiones, viajes, conciertos, deportes. El capital provenía en gran parte del dinero confiscado a los sindicatos obreros en 1933. (*N. de la T.*). <<

[7] GPU: siglas de la policía secreta estatal soviética. Llevó ese nombre hasta 1934. (*N. de la T.*). <<

[8] *Reichsmarschall*, mariscal del Reich, fue el título que recibió Göring el 19 de julio de 1940, después de los éxitos de la Luftwaffe en Polonia y en la lucha contra Inglaterra. (N. de la T.). <<

[9] La palabra alemana que se puede traducir como «signo misterioso», *Menetekel*, está tomada de la escena bíblica (Daniel 5, 2.5) en la que el rey Baltasar de Babilonia ve escritas en las paredes las misteriosas palabras «*Mene mene teqel ufarsin*», que le anuncian que sus días están contados. (*N. de la T.*). <<

[10] «Führer» significa «guía», «conductor». (*N. de la T.*). <<

[11] El verso de esta canción, uno de los primeros himnos nazis, decía exactamente: «Porque hoy nos escucha Alemania y mañana el mundo entero». (*N. de la T.*). <<

[12] Oficial de graduación media de las SS y de las SA. (*N. de la T.*). <<

[13] La frase, del escritor y publicista austríaco Karl Kraus (1874-1936), alude sarcásticamente a la completa ausencia de base intelectual en el «mensaje» de Hitler. (*N. de la T.*). <<